

Otilia Navarrete

# Retrato de mujer en blanco y negro



**OTILIA NAVARRETE (Lima).**

Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Alejada del quehacer literario durante varios años, reinició su acercamiento a ésta al fundar y dirigir los Talleres de Creación Literaria (narrativa y poesía) en el Museo de Arte de Lima, desde 1986 hasta 1992.

Fundó la Asociación Libro Abierto, donde se dieron cita muchos jóvenes que, posteriormente desplegaron su talento creativo.

A fines de 1990, editó y dirigió la revista Imaginario del Arte, dedicada a la difusión de los valores nacionales en los diversos campos del arte. Publicó 13 números.

En 1992, publicó el poemario "Oscuro cauce del agua", editado al conmemorar el Centenario del nacimiento del poeta César Vallejo.

En 1998, publicó su segundo poemario "El ojo de la lluvia", editado por Lluvia editores.

Sus poemas han aparecido en diversas revistas nacionales y extranjeras. Algunos de ellos han sido traducidos al francés en la revista Rimbaud.

Ha sido considerada en las siguientes antologías:

"Peruanas del Siglo XX" -1995-  
Cecilia Barcellos

"Alumbramiento verbal en los 90"  
-1999- Lady Rojas-Trempe

"Poesía Peruana Siglo XX" -2000-  
Ricardo González Vigil

# RETRATO DE MUJER EN BLANCO Y NEGRO





Otilia Navarrete

# Retrato de mujer en blanco y negro



Digitalizado por:  
Asociación por la Cultura y la Educación Digital  
ACUEDI - 2013





Primera edición, abril 2004

Otilia Navarrete / RETRATO DE MUJER EN BLANCO Y NEGRO

Diseño de Carátula: Angela Núñez

© Del autor

© De esta edición: Editorial Colmillo Blanco

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas y el contenido de este libro sin la autorización de los dueños del Copyright.

ISBN: 9972-9873-0-2

Hecho el Depósito Legal: 1501012004-1927

Impresión: Editorial MALZE S.A.

Jr. Washington 974 - Lima 1 - Tlf. 332-0829

Lima, otoño del 2004

## Cymbaline

El camino que recorres es estrecho y el descenso  
[es muy empinado.  
Los cuervos están vigilando desde una altura próxima  
Y una sensación de atrapado,  
Como si un tren recorriese tu columna vertebral.  
¿Llegará hasta el fin la cuerda floja?  
¿Rimaré la última estrofa?

Es el momento, Cymbaline  
Te lo ruego, despiértame.

Una mariposa con las alas rotas ha caído a tu lado.  
Los cuervos se acercan, no hay lugar donde esconderse.  
Tu *managery* tu agente están ocupados telefoneando  
Para vender fotografías en color a las revistas del país.

Es el momento, Cymbaline  
Te lo ruego, despiértame.

Las líneas convergen hacia donde tú estás, deben haber  
[movido la fotografía en blanco y negro.  
Las hojas pesan alrededor de tus pies.  
Oyes el estruendo del tren.  
De repente te das cuenta de que están a tu puerta  
Y el doctor extraño cambia continuamente de tamaño.

Es el momento, Cymbaline  
Te lo ruego, despiértame.

*Roger Waters. Pink Floyd*



## El viaje

Una enorme burbuja blanquecina estalla contra sus pupilas.

La mujer está de pie en el centro de la habitación.

La habitación es **grande y está pintada de un color blanco humo.**

El espacio la atrapa y ella se enreda entre los escasos muebles. Avanza lentamente y los roza con las yemas de los dedos en una caricia monocorde. Llama su atención una pequeña mesa que, cubierta con un mantel blanco, ostenta en su centro sólo un jarrón sin flores.

Se detiene unos instantes y cree reconocer ese lugar. Vacila. Da unos pasos, se quita el abrigo y lo cuelga en el armario. Un gran ventanal deja entrar al viento que juguetea con las cortinas, las eleva, las curva. Las cortinas también son blancas.

“Es sólo un sueño”, piensa.

Sin embargo se deja estar en ese mínimo espacio en el que la irrealidad cobra dimensiones ajenas a su voluntad. Ella sabe que sólo allí logrará asir esa fracción de vida que tantas veces se le escapó entre los dedos y la mirada. Su cuerpo se cobija sin dificultad entre los objetos.

Necesita crear su refugio, impregnarlo de su olor. Se sienta en uno de los sillones y enciende un cigarrillo.

“Al fin estoy aquí, he esperado tanto este momento...”.

***“Pues ahora no tienes excusas, ahora es el tiempo de hacer lo que tanto deseaste”.***



“Bueno, ahora deseo acostarme y pensar”.

*“Claro, tu pasatiempo favorito”.*

“Déjame en paz, mañana miraré este mundo, caminaré y caminaré entre rostros y calles desconocidas; me esperan las plazas, los mil ecos atrapados en las esquinas, en los muros. Sentiré la humedad de la lluvia como si fuese por vez primera”.

*“Espero que no tengas miedo”.*

“Sin miedo sí, y completamente sola, sin ti también. Éste es un encuentro que debo asumir en completa libertad”.

*Ya se habrán dado cuenta que se trata de una mujer, esos seres extraños y meticulosos expertos en crear problemas.*

*Nosotros hemos convivido en plena oscuridad, nadando sin prisa ni miedo. Sólo estábamos ahí, sin hacer nada; de vez en cuando escuchábamos algunos ruidos lejanos que no entendíamos, o ligeros estremecimientos que provenían de afuera. Después supimos que eran risas y también sollozos.*

*Ahora estamos unidos más allá de nuestras voluntades. A veces ella se cansa de mí, otras, yo de ella. Pero nada podemos hacer por separarnos. Si lo lográsemos, ambos moriríamos.*

*Nada de lo que hace o piensa me sorprende, conozco sus mínimos detalles, sus acciones y reacciones, y especialmente sus contradicciones, por eso sé que ahora se quedará allí, escrutando los rincones, buscando encontrar a alguien, y seguro creará reconocer ese lugar. Se mirará en el espejo alargado que cuelga sobre el tocador, auscultará su rostro, lo encuadrará en esa habitación extraña y, cual si fueran secuencias inconexas de algún sueño, lo irá armando, pausadamente, hasta darle vida.*

*Esto no hubiese pasado si el otro, el que tal vez iba a ser su gemelo, por algún motivo se fundió con ella, yo, el que*

*contradice, el que la coge por los hombros y trata de despejar sus inseguridades, déjate de idioteces, carajo, ya se acaba el tiempo. Sí, yo soy ese intruso nonato que camina con ella, habla con ella, a veces hasta la agredo para que reaccione. Mis palabras, mis gestos, no encajarían con la mujer que calza sus zapatos y que, a veces, sencillamente, flota en el aire.*

*Muchas veces la he observado parada frente al espejo, quizá preguntándose: ¿me gusto?, ¿me disgusto? Creo que en esos momentos es feliz, y es en uno de esos momentos luminosos y aterradores cuando preparó su maleta, aquella tantas veces deshecha. Quisiera burlarme de su nuevo intento, no tener piedad, hacerla reaccionar de una vez por todas, pero ella no me presta atención. Yo, sólo me preocupo.*

Ni siquiera se cepilla sus escrupulosos dientes, ni toma la pastilla para dormir. Se quita los zapatos y se arrebujá entre las colchas y frazadas, la habitación se oscurece poco a poco y una placentera somnolencia se va apoderando de ella. Afloja su cuerpo y siente que éste se va tornando liviano. Con una sonrisa, no tan triste, pero triste, se queda dormida.

No sabe cuántas horas ha dormido, siente su cuerpo ajeno a ella y en algún lugar de él, el cascabel tembloroso de su espíritu. A él sí lo reconoce.

Se levanta.

Ella sabe que la ropa que ha traído desentonará un poco con la que aquí se usa. Se pone un pantalón grueso, una chompa y su infaltable abrigo negro. Nada especial. ¡Ah sí! Sus aretes y su collar

hechos en su país. Ha llevado varios juegos. Son sus compañeros desde allá, ¿por qué no los habrían de ser acá?

*Le style c'est l'homme*, piensa en francés, para convencerse de que sí son elegantes.

El ruido de campanitas distantes que emiten, la traslada por el camino de los recuerdos. No quiere repetir las secuencias harto conocidas de sus evocaciones, y haciendo un gesto las aparta.

Caminará sin rumbo, esto es algo que siempre quiso hacer. No la dirección exacta que nunca encuentra, sólo caminar sin ruta fija, en ese serpentear de callejuelas desconocidas que siempre dan a alguna parte, cualquiera es lo mismo para ella. Es el tiempo propicio para dejar atrás las urgencias, las citas, las presiones invisibles de quienes creyeron podrían adueñarse de su destino. No, aquí no dejará que nadie la apremie.

Pero la conocida danza que disloca su presente y la lleva por el tiempo y la distancia, la atrapa.

Ahora piensa en su país y la emoción la transporta *inmisericordí* hacia allá. Evoca sus continuos viajes por la serranía, esa mezcla de sensaciones que se producían en ella, todas en su lugar exacto, el olor de la mínima brisa, de los sembríos, de la tierra húmeda; los sonidos que, aún en el mayor silencio, ella escuchaba al igual que ayes dolorosos que se escaparan de entre las quebradas, y los colores y el hechizo que emanaba de cada piedra, incrustándosele en el centro del pecho, en el mismo lugar en el que ahora un sonido acompasado se acelera en una extraña cadencia.

***“¿Es que has venido hasta acá, sólo para recordar? Ya, ya, olvídate de tu cielo y tus alturas, ahora sal y mira este otro mundo. ¡Benditas mujeres, nunca saben lo que quieren!”***

“No entiendo por qué tienes que estar todo el tiempo pendiente de mí, hurgando en mis pensamientos, al final creo que eres tú y sólo tú el culpable de todos mis problemas, tú eres mi problema”.

*“¡Ah, ahora resulta que soy tu problema! ¿Y con quién hablarías si no fuera conmigo? ¿Quién te seguiría por esos recovecos inconexos por los que va tu mente y tu corazón y tu...?”*

“Esos recovecos inconexos, por los que tú dices tránsito, son los lugares en los que habito y no podrían ser otros. La realidad que tú me señalas es sólo un compuesto mal enhebrado de situaciones que, la mayor parte de las veces, sólo te acarrea desdichas. Por eso estoy aquí, cumpliendo mi sueño, poniéndole ropajes que a nadie importen, más que a mí”.

*“¿No te digo?, esto es un engaño del cual saldrás muy mal parada, pero en fin... tú eres dueña de tu destino”.*

“Y exijo respeto para decidir sobre él”.

*“Después no te quejes”.*

“Cállate”.

Dos días antes, al otro lado del mar, alguien interroga a la mujer.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí.

—Luego no te lamentes.

—¿Cómo voy a lamentarme de algo que espero hace tanto tiempo?

—Bueno, creo que estás en todo tu derecho. Tú decide.

—Ya lo tengo decidido.

La mujer joven tiene la voz fuerte y aguda, la otra habla con cierto resquemor y en un tono más bajo. Ambas se sostienen la mirada en aquel punto donde, otras veces, ya se iniciaba la discusión. Pero ahora no pasa nada.

—Sí lo tengo decidido —repite para sí la mujer mayor, mientras una traviesa sonrisa le ilumina los ojos.

Ella siente que ha llegado el momento del silencio.

Ahora lo único que desea es escuchar sus propias palabras. No quiere volver a sentir su voz en un choque violento contra un espejo oscuro, donde sus gestos se transformaban en muecas que distorsionaban su rostro y que la tornaban en un ser irreconocible. No más pronunciar palabras que sólo eran movimiento de aire inerte, sin ninguna posibilidad de ser atendidas. Ahora desea escuchar el eco de su voz que no se dirige a nadie y que por lo mismo no espera respuesta. Esas paredes desconocidas le dan la certeza de ello.

La mujer mayor está convencida de esto y, con mucha claridad, enhebra su monólogo.

(¿Silencio, obediencia y castidad? Lo primero ya lo dije, sí, rotundamente, lo segundo, hoy menos que nunca y lo tercero, humm lo dudo. Puede que sí, puede que no, depende de las circunstancias, el personaje, el olor ¡ah!, sobre todo el olor, ése que presiento debe estar escondido en el hombro, en el pecho, en las axilas de un hombre. Un olor mezcla de heno, madera húmeda, rincones, ventanas abiertas y cortinas que se batan con el viento).

Además está convencida de que las palabras no son sólo sonido, hablará entonces en silencio hasta saciarse, se contará y recontará las historias vividas, y las no vividas también. Palabras que reptan, hormiguean en sus sienes, establecen diálogos, contradicciones, a veces la acarician, la acurrucan. Sí, se siente bien con ellas.

¡Cuántas palabras intentando dar forma a su vida! Palabras obsequiosas, complacientes, hirientes, dolidas, agresivas, cariñosas. Cientos de miles de millones, bueno, así dice ella.

Le gusta cantar, necesita escuchar su voz. Canciones de la madre de su madre, de la abuela de su abuela. Su madre también cantaba.



No sabe de qué lugar lejano ni de qué fecha provienen esas canciones, pero al menos le dan la certeza de que no son de su tiempo, es la coartada perfecta para no situarse en el momento preciso en que vino a este mundo. Sólo son canciones antiguas —dice.

No acepta ningún placebo psicológico al respecto.

Ella sencillamente no quiere llegar a la vejez, y por esto, sin lógica ni argumentos, se enfrentó varias veces a algunos expertos de la mente cuando éstos trataron de convencerla de que lo saludable es aceptarse, que a qué le tienes miedo. Y sí, seguro que él o ella esperaba que le dijese que a la muerte, porque, lógicamente, ése es el punto final al que todos han de enfrentarse.

También por esto desecha los objetos viejos, siente lástima por ellos. En todo caso prefiere romperlos, destrozarnos y que su muerte llegue así por un acto fortuito, en el que aún se distingan algunos rasgos de juventud y belleza.

Así quiere recordarlos y así los trae hasta el presente, frescos y lozanos tal cual fueron vividos.

Juega con sus pasos, los hace cortos, largos, dirige con frecuencia sus ojos a la derecha y arriba, al igual que se hace cuando se mira por el espejo retrovisor de un auto. A lo lejos ve una pequeña sombra. Aminora el paso, lo detiene, la sombra crece, va cobrando forma y se acerca a ella; pero no, no se acopla, la trasvasa, quiere alcanzarla pero no puede, la sombra pasa rauda a su lado. Ahora avanza, no ve sus pies ni sus manos, el camino es un serpentín de subidas y bajadas; a veces es un tronco musgoso sobre el que camina con dificultad, otras es húmeda arena, por la que resbala en forma incesante; pero siempre hay un punto desde el que no sabe adónde seguir. En ese momento vuelve los ojos y mira hacia la realidad. Apenas unos segundos, luego, una nueva toma de la misma película: divisa a alguien que viene desde lejos, espera su cercanía, su paso se repliega y así pasan y pasan a su lado. **A veces un leve roce, un aroma, un suave eco.** Nada más.

Entonces cual caracol, se esconde buscando protección dentro de sí, inmóvil, mimetizada consigo misma.

¿Es que algún día alguien se detendrá a su lado?

Al fin llega la lluvia, su entrañable lluvia.

Busca un café a su gusto, nada de mesas céntricas, siempre las ha detestado, tiene que ser un rincón en donde sus espaldas estén cubiertas y desde donde mire a los demás en ciento ochenta grados, así estará y no estará entre el ir y venir de la gente.

No le es difícil encontrarla, aquí hay para todos los gustos, podrá mirar a su antojo y ella no será vista, además, es un lugar de tertulia desde donde no será despedida por algún impertinente mozo.

“¡Vaya, qué diferencial! Los mozos parecen estrellas de cine, ojos, pelo, uñas —de una mirada los evalúa—, claro que no son mi tipo”.

*“Y si lo fueran, ¿harías algo?”.*

“No empieces... ”.

El lugar es alegre e informal, no la informalidad de su lejana ciudad, tan postiza, tan forzosamente casual.

Allá, entre la variopinta multitud, hombres y mujeres pugnan por ser diferentes unos de otros, sin embargo, las estrategias que urden son demasiado evidentes y a casi nadie convencen.

Claro que no todos son así, también existen los otros, los que han encontrado la libertad y no renuncian a ella por convencionalismos ni conveniencias. Los ojos de esos seres tienen un brillo especial bien en el fondo, lucecitas que brillan a pesar de sus aspectos melancólicos. Se les distingue aún desempeñando labores totalmente ajenas a su espíritu, porque allá, en mi país, el medio no permite ser artista a tiempo completo. Allá el artista, el intelectual por muy talentoso que sea, tiene que trabajar en lo que encuentre, en el mejor de los casos es profesor en alguna universidad, de lo contrario tiene que hacer

cualquier cosa, ni sueña con vivir de su arte y así pasa a ser vendedor de seguros, corrector de libros, administrador de algún negocio en el que no tengan reparos en emplearlos porque, para cojudos los bomberos y para ociosos los artistas, piensa la gran mayoría de empresarios.

Y aquellas actividades tan pedestres se van impregnando en la piel, en el habla, en la ropa, en el gesto; los sueños arrinconados, destruido el impulso que no entiende nada de FMI, ni de PBI, ni de Club de París, ni de otras sutilezas por el estilo. Y la luz en el fondo de sus ojos ¿quiénes la ven? No hay tiempo para eso, deben pararse con firmeza y enfrentar a la vida al igual que lo hace cualquier hijo de vecino, ¿qué se habrán creído?

Trabajar para subsistir decorosamente es la consigna, lo demás son mariconadas (es cierto, así se piensa allá), y entonces, a los dueños de aquellas lucecitas en los ojos no les queda otra que aceptar rumiando los mandatos de la sapientísima humanidad. ¿Cómo desprenderse luego de esas ocho, nueve o diez horas del hálito desabrido que deja el trabajo no deseado?

Allá, son muy pocos los que han logrado un trabajo acorde con sus inquietudes. Y sólo estoy pensando en la gente de la costa, que pudo estudiar, leer, conversar; para el resto todo está vedado, todo se limita a conseguir el sustento diario, el día muere temprano, porque amanece muy temprano también, y el cansancio y la carencia y la miseria y esa especie de inaguantable espera que los va convenciendo que nada pueden hacer, '¡así es pues señor!', y el olvido y la tristeza los va transformando en seres huraños, taciturnos, silenciosos. ¡Sólo Dios sabe cuánto podrían decir y hacer! Pero no, esas son las reglas del juego y a quien se atreve a protestar, vaya uno a saber lo que le puede pasar.

El miedo crece entre los cactus, a las orillas de los ríos, en los cerros, en los sombreros de los hombres, en las amplias polleras de

las mujeres. El miedo hace desbordar los ríos que corren apresurados buscando el cobijo del mar, empuja las piedras por los cerros, estremece con furor los poblados, el miedo que ha cogido sus huesos y su sangre y que los hace soportar, pero no resignarse, a ‘esta vida de perros, señor, no hay nada que comer, pues, las cosechas se han malogrado con tantísima lluvia’, y bajan la cabeza y miran hacia el suelo de costadito, con un movimiento peculiar, levantando un poquito los hombros las mujeres, los hombres quitándose los viejos sombreros, girándolos entre sus manos cuarteadas y entonando una especie de cancioncilla triste: ‘¡qué le vamos a hacer, pues!’ y miran de reojo a ese su país sin esperanzas, convencidos de que así es la vida, y los niños maduran antes de tiempo, y hombres y mujeres envejecen a los 40, encogidos, metidos dentro de sus ponchos y su miseria.

***Ya comenzaste con tus eternas letanías sobre tu país, eres realmente insoportable cuando hablas de él y de sus habitantes que, no puedes negarlo, bien haraganes que son.***

La mujer observa desde su mesa a una muchacha, linda ella, con unos dientes perfectos, que se ríe de algo que le cuenta su compañero. Su risa es suave y cálida como la felicidad; sacude levemente los hombros mientras echa la cabeza hacia atrás y arquea su cuello de paloma.

(¿Influirá el idioma en la risa? ¿Y en el llanto? Yo creo que sí.

Nosotros lloramos por todas las amargas que día a día nos acosan, lloramos en voz baja y con palabrotas; lloramos de hambre, de frío, de impotencia, de rabia, también de tristeza, aunque pensándolo bien, si llorásemos de tristeza lo estaríamos haciendo todo el día, porque nosotros somos tristes por naturaleza, es algo casi genético, quizá hasta tengamos un gen extra, melancólico todo él.

De la risa no me acuerdo. Creo que hay poco por qué reír, en todo caso inventamos sonrisas).

*“¿No podrías olvidarte, aunque sea por unos días, de lo que pasa allá?”*

“No, no podría”.

Muy lejos, alguien evoca a la mujer mayor.

Hubiera apostado que no dejaría pasar dos días sin escribirnos, contándonos las incidencias de su viaje. Sólo ha llamado al día siguiente que se fue: *‘Llegué bien. ¿Cómo están?... me alegro’*. Irreconociblemente parca.

Ya escribirá. Serán páginas de páginas en las que contará, hasta el cansancio, todo lo que le sucedió. Mitad verdades, mitad mentiras, o mejor dicho, historias que inventa según su estado de ánimo. *‘Cuando no se puede vivir, se inventa’*, sentencia convencida de ello. Ya estamos acostumbrados a sus exageraciones.

Hace mucho tiempo que anunciaba este viaje; más de la mitad de mi vida me la pasé escuchándola: *‘Todos mis viajes se truncan, es una verdadera maldición, recuerdo que...’* y comenzaba con la historia de su frustrado viaje cuando tenía 20 años, y el otro que no pudo hacer porque descubrió que estaba embarazada y otro y otro.

Nadie dice nada en casa, creo que todos esperábamos esta especie de ‘escape’. Le daremos una tregua, o ella misma se la dará, no creo que aguante mucho el silencio de sus historias.

Ahora que está lejos, pienso en ella. Creo que con su presencia, me era imposible hacerlo. ¿La conozco bien? No lo sé. La vi desde siempre en sus trajines, en su afán infatigable de hacer cosas. Creo que si alguna vez dejase de hacerlas, se volvería loca.

¿Quién la entendía? Cuando tenía tiempo de descansar, no lo hacía. Dormía mal. Siempre pensando, sacando conclusiones, sin detenerse, perfeccionista hasta abrumarse y abrumarnos a todos.

No sé por qué hablo en pasado, ¿acaso creo que está muerta?



¿Qué estará haciendo ella tan desorientada tan tímida aunque muchos crean lo contrario?

Me la imagino, allá es invierno, no hubiese viajado en otra estación. Ha llevado su abrigo negro, *'va con mi carácter'*, dijo teatralmente. Estoy segura que estará metida en su habitación, sola, en una ciudad extraña cumpliendo su sueño deshecho tantas veces *'para no llevarlo en mi maleta a la otra vida'*.

Cómo le gustaba sentenciar, imaginaba cosas, las volteaba al revés y al derecho y ya, asunto acabado. Muchas veces confundía la realidad con algo que había leído o visto y entonces se convertía en protagonista de variados sucesos. Soñaba despierta, armaba su fantasía y gozaba o sufría con ella. Más lo último, por supuesto.

Qué de romances imaginarios que vivió, Margarita, Beatriz, La Maga, Teresa, Julieta, Armanda..., todas las grandes protagonistas de amor de la historia literaria. Sí, ahora que lo pienso, sólo literarias, nunca fue una Cleopatra o una María Antonieta o una Micaela o una Juana de Arco, eso hubiese sido usurpar un lugar en la historia; ellas fueron mujeres de carne y hueso. Y ella, casi no lo era, huía de todo aquello que descubriera su imperfección, trataba de organizar al mundo quitándole las aristas y, claro, con el correr de los años, se dio cuenta de que esto era imposible y se fue convirtiendo en un ser contradictorio y obsesivo.

La casa está tranquila, o mejor dicho, normal. Cada cual hace sus cosas, hay un poco de barullo y de desorden, pero así está bien. Nadie se enferma o se muere por eso. La única que está inquieta o tal vez enojada es Sofía. Sofía es su gata, se pasea por toda la casa, husmea los rincones, ha usurpado el sitio en el que ella se sentaba y no hay quien la saque de allí, nos mira con sus ojos redondos un poco húmedos como si nos preguntara algo. La veo y le encuentro una cierta expresión parecida a la de ella: mansa y suave a veces, otras encrespada, las uñas curvas saliendo de sus pequeños dedos, dispuestas

al ataque. Pero ahora que lo pienso, esto sólo sucede cuando alguien la molesta o la ataca.

—Instinto básico de defensa, nada más que instinto tienen los animales —opinaba yo.

—*Hay algo más* —agregaba ella—, recuerdo que cuando murió mi papá, su perro, al que sólo él cuidaba, en pleno velorio se sentó de cara a la pared con los ojos llenos de lágrimas. A los dos meses murió él también. ¿Cómo explicas eso?

—Coincidencia, nadie lo cuidaría y se murió de hambre.

No le dejaba oportunidad de seguir sentando cátedra, me había dado cuenta de que era fácil cortar su perorata, bastaba con mirar a otro lado, hacer algún gesto de aburrimiento y ella, que era un radar para captar las intenciones y sentimientos ajenos, se replegaba y callaba.

No sé por qué pienso en estas cosas, la verdad es que cuando ella estaba aquí, sentía su voz saliendo de todos los rincones de la casa, aunque estuviese callada. Una madre-pulpo-gallina-ratón, que a veces reclamaba, consentía o se encerraba en un mutismo agresivo, pero todos sabíamos que en un par de días volvía a las andadas. Por eso creo que ella tuvo la culpa de lo que le sucedió, cuando no supo defender lo que quería, cuando no se tomó un tiempo para ella, cuando aceptó todo sumisamente, ‘con responsabilidad’, agregaba ella.

—*El año en que ingresé a la universidad, a los 17, mi mundo infantil quedó atrás y una inmensa ventana se abrió ante mí. En ese momento supe lo que significaba ser adulto y traté con todas mis fuerzas de no enceguecerme ante los guiños que me hacía la vida. Comenzó entonces a bullir, dentro de mí, la necesidad de encontrar ese lado inquietante y tranquilizador, a la vez que ordenara el caos que ya sentía amenazar mi existencia. Por fortuna, no sé de dónde, surgió una especie de hechizo que hizo desbordar los estrechos límites de mis días y sentí que algo deslumbrante salía por las yemas de mis dedos, por mis ojos, por mi piel, a la vez que todo mi cuerpo se impregnaba de voces y presencias que se fundían conmigo en una aleación perfecta.*

—Es deprimente lo que dices. Y ¿a eso le llamas haber vivido?

—*No lo sé y tampoco deseo averiguarlo.*

—Es ridículo que a tu edad digas eso. Se supone que las dudas y búsquedas son propias de la juventud. ¿Encontraste o no encontraste lo que querías?

Era otra forma de detenerla, había que acorralarla en sus propias palabras, no dejarla que siguiera tejiendo argumentos que iban y venían del pasado al presente. Estaba cansada de sus historias, de sus *mea culpa*, de sus análisis escrupulosos, de sus erráticas conclusiones”.

Desde su mesa, la mujer mayor ve una cortina de agua que se desliza cadenciosa detrás del vidrio de la ventana. La gente camina con lentitud por las pistas y veredas. Todos miran al suelo cuidando no resbalar, sus pasos menudos semejan los de pequeños títeres tirados por infinidad de hilos que se entrecruzan, se distancian, se enredan, caen.

La lluvia borra los colores. Parece una película en blanco y negro.

A tres mesas de distancia, dos mujeres conversan.

Una, muy joven, tiene aspecto latino, su cara trigueña y perfilada posee una cierta tristeza que trata de disimular con una sonrisa chiquita, su cabello es oscuro y nervioso al igual que sus manos que no encuentran sosiego. La otra, es una mujer mayor, segura, espontánea, de facciones fuertes, bien definidas, el cabello rubio y los ojos azules. La más joven ha volteado varias veces para mirarla con disimulo, hasta ha esbozado una leve sonrisa. Con cierta timidez le ha correspondido.

Un poco más lejos, cuatro hombres, con caras de empresarios toman café y fuman.

La lluvia sigue tarareando su canción de invierno. Su olor entra sin pedir permiso, se trepa por las paredes, ensaya extrañas piruetas entre los comensales, coquetea limpia y serena.

Cómoda tibieza la que experimenta la mujer, siente que **unas manos atentas la arropan, acomodan su cuerpo.**

No quiere pensar, no quiere alejarse de esa sensación tan placentera que no recuerda cuándo comenzó; sólo llegan hasta ella palabras que se entrecruzan con aromas lluviosos, con el cuerpo mullido de Sofía.

Paga la cuenta y sale. No quiere preocuparse por el regreso, así es que camina en desorden. Por allá ve una plaza rodeada de tiendas y restaurantes.

Con paso lento se dirige a una gran librería que desde lejos la tiente, traspasa el umbral; los libros la llaman desde todos los rincones, desde las estanterías, desde las mesas centrales, todo en perfecto orden. Aspira con fruición el olor que se desprende de las páginas, de la tinta, de las palabras. Acaricia las tapas de los libros, desliza los dedos sobre los títulos y los autores sintiendo que los reconoce, que regresa a aquel tiempo en el que la vida fue apresada en ellos, en toda su maravilla.

**Llueve.**

El tiempo se ha convertido en una obsesión para la mujer, lo siente cada vez más corto, más amenazador, es **una voz que resuena dentro de ella en una cuenta regresiva** y que, sólo a veces, le deja un respiro, un pequeño regalo al descuido. Pero luego, otra vez, allí está, celebrando el conteo con un ruido uniforme, igual al sonido de su corazón.

Bueno, la vida no es una receta de cocina, ni mucho menos una fiesta, dice ella, pero aún así, insiste.

(¿A todas las personas les pasará lo mismo? Tengo parientes que pasean orondos sus... y picos de años, alardean: miren qué bien estoy y se vuelven gordos y mofletudos, dicen que son felices. Yo no les creo).

A ella no le pasa así. Siente una profunda tristeza cuando observa sus manos con la piel tan delgada, las venas resaltando en ellas; está segura de que se dará cuenta el día, la hora precisa en que aparezca la primera manchita, la primera flor de sepulcro.

Muchas veces, frente al espejo, ha mirado con curiosidad su rostro, las arrugas no la preocupan tanto por ser líneas que afean su rostro, es el motivo que las originó el que la angustia, entonces se siente una simple caricatura, un *collage* mal armado de situaciones alegres y tristes, cada marca en su lugar exacto, en la dimensión precisa de la intensidad con que se formó. Y entonces esa piel labrada que es la memoria de lo vivido, pierde concordancia con la otra, la que es su verdadero ser y que se rebela porque no quiere admitir que esa vida fue vivida ¡con tantos errores! Allí radica su conflicto, el cuerpo contradice a la mente y ésta al espíritu. Los tres luchan por imponerse.

(Díganme si no es verdad, pregunta al vacío, yo sé que a muchos de ustedes les pasa, lo que sucede es que no se atreven a confesarlo, pero yo sé que es así. Claro que algunos optarán por corregir la superficie, pero, diablos, la marca fue hecha y un sedimento oscuro quedó nadando en ellas, tal vez un simple guiño irónico).

Será por eso que ella observa su rostro con detenimiento y allí lo deja, sin intentar restaurarlo. En el fondo, aunque ella lo niegue, hay una especie de complacencia en ello, siente que una mano fantasmal va apagando una a una las luces del escenario de un teatro, primero las más brillantes, las de colores, al final sólo un círculo blanco que la copa y se va estrechando sobre ella, angostándola, tragándola. Los espectadores, cobijados en la penumbra, indiferentes, observan cómo el pequeño haz de luz desaparece llevándosela con él.

(¡Y los ojos!, piensa. ¿Qué es lo que cambia en ellos? ¿Adónde se va la luz que en otros tiempos alumbró los rincones prohibidos de los amantes, los instantes pudorosos del amor? Los ojos enceguecen, porque su luz se ha ido perdiendo, de a pocos, prendida en la luz de



otros ojos o en las cosas amables o violentas que encontró a su paso. Frescura, lozanía, asombro, todo huyó sin ocasión de retorno, sustituyó su propia arquitectura, retratando, en una infinitesimal parte de la pupila, todo aquello que venía de afuera. Y el dolor, la alegría, la tristeza que recibieron se incrustó en el fondo de ellos. Por esto hay ojos tristes a los que cantan los poetas, ojos alegres que invitan a la picardía, ojos soñadores que aseguran increíbles caminos, ojos interrogantes, serenos, seductores. Ojos con miradas agazapadas que no se atreven).

*Nunca le perdonaré al destino haberme ligado así a esta mujer. ¿Por qué cuando tuvo que elegir entre los dos, la escogió a ella?*

*De seguro que tiró una moneda al aire o sólo dijo: el primero que dé un grito, se queda. Y claro, ella gritó tan fuerte, que todo el hospital se remeció.*

*No, tratando de recordar ese desdichado momento, creo que fue mi buena educación la que me obligó a cederle el paso, pero nunca pensé que yo sería esa parte no visible de ella, ser sólo una sombra que no decide su andar. Es el peor castigo que cualquier hombre puede recibir. Bueno, el hombre que pude ser.*

*Ya debería estar acá. No sé por qué me preocupo tanto por ella, cuando me ha ofendido con aquello de que soy el culpable de todo.*

*¿Qué sería de ella sin mí y, bueno, de mí sin ella? Aunque la moleste, sé que soy su freno, le doy la voz de alerta cuando su pensamiento rueda y rueda, se detiene en lo más diminuto, lo sobredimensiona, para luego empequeñecer, casi desaparecer con él. Ya oscurece y me preocupa que esté caminando sin*

*rumbo por estas calles desconocidas, que sus ojos se hechicen por las luces, por el misterio de la noche que tanto ama y aborrece a la vez.*

*Sí, nunca pude comprender sus sentimientos contradictorios por algo o por alguien, atracción y rechazo funcionan en ella cual si fueran caras de una misma moneda, con la que juega terca. ¿Quién comprende a las mujeres, especialmente a ésta? Sería tan fácil ser feliz. Pero, ¿en qué radica la felicidad para ella? No lo sé, creo que ni ella lo sabe.*

*La dejaré en paz, hoy debe venir con los ojos más cansados.*

Pasos leves, niña escabulléndose del aula escolar, adolescente volviendo tarde a casa, esposa caminando despacito para no molestar la lectura del marido, madre tratando de no despertar a sus pequeños, amiga, escuchando las cuitas de sus amigos o familiares, mujer red, mujer cobijo. Ella expuesta al viento, a la lluvia o al sol, sólo una mujer.

¿Era ésta la clase de mujer que ella ansiaba ser? Y, en todo caso, ¿de qué le sirvió “ser mujer” con sus puntos y sus íes, si su propio universo se estrechaba cada vez más hasta asfixiarla? Un universo que se negaba a sucumbir ante miedos y errores y que buscaba a gritos aquel lugar apacible donde poder volar a plenitud. ¿Adónde esconde sus alas que se empeñan en desplegar y arrastrarla en su vuelo?

Quizá el dolor que experimenta su cuerpo sea el esfuerzo por soportar el repliegue de esas alas que ella mantiene heridas e incómodas a sus costados.

Quizá sea por ello que ha emprendido este viaje.

Sus aretes y su collar producen un tintineo entre risueño y

cómplice, apenas perceptible. Ingresa a la habitación a oscuras, tantea la dirección a la cama y se deja caer en ella.

Y el recuerdo recurrente, aún en sueños regresando a ella. Miles de veces, las 8:00 p.m., hora de cenar, aunque no tenga ganas. Llegan los hijos, el marido, el maullido de Sofía. Hora terrible.

Todo anuncia la congregación de la familia y haga usted las venias y el, ¿cómo te fue hoy? ¡Qué bien! Y al poco rato, ella está contando lo que hizo hoy. Los demás la miran de reojo, con un gesto que bien podría decir: cállate o prosigue, eres entretenida.

Ella se da cuenta y entonces, a propósito, asume lo segundo. De allí provienen sus historias que ella adorna para no sentir las tan insípidas. ¿Le creen? No importa, lo que importa es pasar ese momento, sacar de la heladera la conversación, tragar algún bocado sin que los demás se den cuenta de que se está ahogando.

Uno a uno va llegando el resto de comensales, se instalan, comienza el bullicio, los cortes abruptos en la conversación, la mente buscando un refugio, **nadando sin saber nadar**, cruzando mares, sacando apenas la cabeza un instante para buscar algo de oxígeno que no encuentra, o lo encuentra pero enrarecido con no sabe qué sustancias que hacen lagrimear los ojos. Nadie se da cuenta de ello. Es un asunto trivial, es estarse muriendo de a pocos, como se van muriendo todos con la única diferencia que su muerte duele, con dolores perennes y punzantes. Es el dolor que ocasiona un cactus apretado entre la mano por error.

(¡Qué diferencia con las cenas en la casa vieja!, piensa a menudo. Allí era otro el bullicio, hasta el hambre adquiría otras dimensiones, otros olores. Los hermanos mayores, las inmensas ollas, la madre, vayan a sentarse, y comenzaba por el padre haciendo milagros con el reparto entre el murmullo propio de las tantas bocas que esperaban

el alimento. Yo, la más chiquita, al frente del padre, mirada cómplice, engreimiento. ¿De qué hablaban? No lo recuerdo, sólo viene a mi memoria la apacible merienda, los suaves regaños, la sonrisa dulce de la madre cuando alguien aprobaba la comida, una cierta tristeza cuando alguno hacía un comentario impertinente. Nada más. Luego, la mayor parte de las veces, los hermanos se dispersaban, la madre y las hermanas mayores a la cocina a lavar el servicio. Yo corría a refugiarme en las historias que papá contaba, siempre algo nuevo, del presente o del pasado, realidad o fantasía, pero siempre estaba allí, con sus rasgos angulosos, sus manos largas y huesudas. Siempre tenía algo que contar o, de lo contrario, durante largos minutos afinaba su guitarra para luego entonar alguna vieja canción de su época, de la de sus padres o de sus abuelos. A veces mi madre se incorporaba e ingresaba a la melodía con su voz finita y triste.

¿Todas las personas añorarán así los tiempos idos? Quizá. El presente gigantesco con sus millones de tenazas no deja lugar-tiempo para los recuerdos. Y los jóvenes, aún menos, todo es presente goloso, ansioso, tan cerca que tienen una categoría diferente, son apenas ayer. Será después, mucho después, cuando los agujones comiencen a penetrar en la carne, cuando ésta ya no sea tan joven y se torne vulnerable a los recuerdos).

*Hoy creo que está más animada, por lo menos la he visto sonreír cuando ha abierto los ojos. Su mirada se detiene en la ventana, en la luz lechosa que ingresa por ella y que ondula las cortinas formando, para mi gusto, horribles figuras en movimiento; ‘son fantasmas amigables’, dice ella.*

*No sé qué de especial le puede encontrar a esto, pero la he visto muchas veces, extasiada frente a cuadros, a iglesias, a personas brumosas. Es posible que así sean sus sueños y*

*pretenda que su vida sea una prolongación de ellos. ¿Cómo es posible que no disfrute del sol, de la luz, de la gente alegre y animosa? Si yo hubiese nacido en lugar de ella, ése sería mi mundo, pero qué le voy a hacer, aun así he de cuidarla, su vida significa la mía, estamos trenzados en una sola madeja llena de contradicciones que se entrecruzan.*

*Ahora se está desmereciendo, igual que Sofía. Siempre mirando hacia la ventana, abraza su almohada y ahora ¿qué hace? No lo puedo creer, no se levanta, se acurruca y vuelve a dormirse.*

Pero no, no duerme. Ella piensa en su casa, en ese retazo de espacio llamado hogar.

A veces se le confunden los recuerdos, las palabras con las que pretende darles forma se le hacen un ovillo en la garganta y en el corazón y, al querer expresarlas, salen envueltas en humores calientes que confunden el amor con la rabia y la impotencia. Apela entonces a escribirlos.

Sin embargo cuando trata de recordar a su país no atina ni a lo uno ni a lo otro. Sólo siente que lo ama en blanco y negro y que sus hermosos colores son cubiertos por el horror y la impotencia.

Viene a su memoria la fotografía de Kevin Carter, aquella escena monstruosa del niño a punto de ser devorado por un buitres.

No, eso no hará, ella aprendió a ver lo que ocultan los ángulos no revelados de las fotos.

(Desde aquí veo a mi país como en un mapa escolar, no importa dónde está la capital, puedo verlo todo, el mar, las cordilleras, los vallecitos que cobijan a tanta gente, polleras de colores que se mueven al andar de las lugareñas, los sombreros viejos y empolvados de los hombres, y los niños ¡ah los niños!, pequeños bultos que se columpian

en las espaldas de las mujeres.

Y el guiño cómplice que intercambian entre risas y tragos los que todo lo tienen. “Toda la vida fue así, es el destino de cada cual, dicen tratando de justificarse, convéncete, nada se puede hacer”.

¿Destino? Infelices).

Los recuerdos se agudizan, se agolpan en su cabeza produciéndole una sensación de agobio insufrible. Necesita una ducha y un café.

Y otra vez las calles y el misterio.

Sus pasos la guían al restaurante de la noche anterior, a la misma mesa. De pronto a sus espaldas escucha una voz tímida.

—Hola, eres de Sudamérica ¿verdad? —Voltea y ve a la chica trigüeña, aquella de los cabellos oscuros. Ahora la mira de cerca, es bonita en su tipo latino.

—Sí —contesta, y se siente totalmente idiota.

Ella, una mujer mayor que se cree segura de sus actos, se siente ridícula sin saber qué agregar.

—¿Y tú?

—También —replica la chica—, ¿puedo sentarme contigo?

Más ridícula aún, porque quiere decir que la muchacha se ha dado cuenta de que no espera a nadie.

—Claro —murmura, y le señala la silla contigua.

Ha pasado poquísimo tiempo y ya saben mucho acerca de sus vidas. La chica es espontánea y sencilla y la ha motivado a compartir algunos detalles, que ella cree intrascendentes. Se han contado lo que hacen, los porqué están allí, una beca, dice la chica, los ahorros de toda mi vida, dice ella. Ambas ríen.

—Hoy tengo el día libre —agrega la chica con voz cantarina.

—Y yo también.

Pagan la cuenta y salen.

***“Buen par que se han encontrado, dos tímidas tratando de vivir. Tercermundistas usurpando otra realidad. En fin, buena suerte”.***

“Cállate aguafiestas”.

Han caminado largo rato, al fin y al cabo la chica no era tan tímida. En pocas cuadras le ha contado que estudia antropología y, ya sabes, aunque en mi país, y más en el tuyo que está tan cerca, habría mucho por hacer, no se dan oportunidades. Aquí he ingresado a una maestría que quizá no me sirva para mucho, pero tú ya conoces a nuestra gente, basta que hayas estado en el extranjero, para que crean que ya sabes mucho más que los que nunca salieron.

(Es verdad, piensa la mujer mayor, si yo hubiese viajado cuando terminé mis estudios, otro sería el cantar).

—Además —continúa la joven—, estaba harta de mi casa, haz esto, no hagas lo otro. Aún eres joven, qué apuro tienes, dijo mi madre con lágrimas en los ojos; locuras de juventud, dijo mi padre; déjenla que haga lo que quiera con su vida, dijeron mis hermanos, con mal disimulada envidia y un ojalá le vaya mal a esta idiota.

—Pero viajaste y eso es lo que importa, ahora estamos acá, tú para estudiar, yo para no hacer nada, sólo pasear, conocer, respirar otros aires.

—Si quieres uno de estos días vas conmigo a la universidad.

—¿Se podrá?

—Claro que sí, entras con mi carné de la biblioteca y casi ni lo miran, adentro ya nadie te dice nada y en el aula, menos. Uno de los profesores es bien buena gente, es de tu país, dicen que vino a los 21, con una beca, estudió, luego le ofrecieron trabajo y se fue quedando y...

—Bueno, sí, quiero ir.

Se despiden cuando ya cae la noche. La mujer regresa tratando

de recordar el camino.

“Linda chica, se debe sentir muy sola cuando me ha buscado, porque amigos de su edad no le faltarán, es posible que extrañe a su madre y...”.

***“¿No te digo? Ya comenzaste. ¿Y acaso no pudo buscarte porque le caíste bien o porque te vio la cara de asustada que tienes?”***

“¿Conque ahora me vas a decir que le di lástima? Eso es lo que quieres decir ¿no?”.

***“No, no es lástima lo que inspiras, más bien unas ganas tremendas de acompañarte y de saber qué puede estar haciendo una mujer como tú, aquí, tan lejos”***.

“Y tan sola, ¿por qué no lo dices?”.

***“Sí, también, y no lo dije porque te conozco y sé que eres capaz de echarlo todo a perder”***.

“Bueno, ya no me hables, nunca podrás comprender lo que pensamos las mujeres y menos aún lo que sentimos. Crees que nosotras tenemos que estar siempre apoyadas en el brazo de un hombre y que solas no resolvemos nada. Sin embargo, mírate tú, ahora mismo estás escondido dentro de mí y no te atreves a dar la cara. Y ya deja de hablarme, que no reconozco esta calle y tu conversación me perturba”.

Antes de ingresar a la casa, ha decidido tomar algo. Por ahí ve un café. Apurada, ingresa y toma un vaso de leche tibia, paga y sale. Sube corriendo la escalera que la lleva hasta su habitación. Las maderas de los peldaños crujen lastimeramente. Su corazón se acelera, ansía llegar, cerrar bien la puerta, acostarse, enredarse entre las sábanas, sentir su contacto y sumergirse en sus eternos sueños, repetitivos y anómalos.

(¿Será verdad que tengo miedo?, se pregunta, ¿miedo de qué? Miedo, sí, ¿por qué no admitirlo?).



Las sábanas envuelven su cuerpo en una caricia tersa y los sueños descienden sobre ella.

**El camino que recorres es estrecho y el descenso  
[es muy empinado.  
Los cuervos están vigilando desde una altura próxima...**

Es de noche, al otro lado del mar.

La chica que no se hace problemas por nadie está en su cuarto, se acurruca y se prepara a dormir. Tiene un gran dominio sobre lo que quiere hacer, ahora quiere sumergirse en el sueño. Sus sueños siempre fueron el deleite de cuantos los escucharon. ¿Qué se esconde en ese subconsciente, en apariencia tan sin problemas?

¡Qué raro! Siempre duermo cuando quiero y ahora surgen por ahí tonterías que me distraen. ¿Será así el insomnio del que tanto hablaba ella?

(Un ovillo, apretado y suave, descansa a su lado)

No tiene miedo, es un capullo con un olor conocido, se inclina hacia él y descubre sus ojos cerrados.

Tengo tantas cosas que hacer pero qué estoy pensando eso dice ella escucho su voz me he metido en un enredo de proyectos que me fatigan y me señalan cada uno el supuesto camino el verdadero pequeñas señas que al cabo de un tiempo no conducen a nada por aquí una flecha por allá otra en fin tengo todo el tiempo del mundo no debo apurarme debo apareció la odiosa palabreja quiero borrarla de mi vida ella la dice con frecuencia creo que la dijo toda su vida y adónde la llevó en su búsqueda de la felicidad me refiero en otros aspectos le fue bien trabajo oportunidades qué buscaba qué busca no lo sé nadie lo sabe es tan confusa tan

complicada no no es complicada más bien tiene una simpleza impropia de su edad pero cuál es la fórmula para ser feliz por qué ninguno de los sabios que ha tenido la humanidad la ha podido encontrar y de qué nos sirve todo lo que aprendemos en el colegio o en la universidad y Euclídes y Einstein y la física cuántica y tanta vaina que nos enreda la vida lo que yo deseo es construir mi vida a mi propio estilo es cierto que aún no sé cuál es con frecuencia me dejo llevar si todo está ya trazado para qué esforzarse en torcer el rumbo de los acontecimientos.

A veces me siento un búho mis ojos crecen y crecen en la oscuridad miran en todas direcciones mis ojos son una lente gigante que no logra focalizar lo que quiere o que luego cuando en mi cuarto oscuro trato de revelar sólo arroja imágenes distorsionadas otras veces me siento un cachorro de dóberman con mi pelo negro y brillante y mi aspecto atemorizante ya me han crecido los dientes y sé que la gente me teme es bravo desconoce hasta a sus amos, dicen la verdad es que no los desconozco los huelo bien los veo bien sólo que no quiero que se sientan mis amos no dejaré que existan en mi vida.

Anoche tuve un sueño mejor dicho la repetición de un sueño que es la repetición de otro y de otro así como la vida igual de aburrido.

Bueno camino y camino sobre la arena mis pies se hunden en cada paso y luego me cuesta trabajo sacarlos de la huella para dar el siguiente hace calor cada vez la huella es más honda me duelen mucho los pies creo que sangran siento la humedad del fondo succionándome hacia abajo ya se ha hecho un hueco bastante grande e intenta tragarme bueno no tanto creo que grito aunque no recuerdo mi voz sólo el sonido del mar pero no lo veo el ruido es cada vez más fuerte el dolor también unas aves picudas sobrevuelan mi cabeza yo las espanto con las manos pero no no son mis manos

son las de ella ella es la que se hunde sí porque yo la estoy mirando.

Me despierto llorando.

Estoy cansada, el sueño de anoche me ha preocupado. ¿Cómo estará? Necesito escuchar algo de música para relajarme. Sólo los estúpidos se complican la existencia. Cerraré mi puerta, maravillosa puerta ¿Qué cassette pongo? Humm, aquí está, Mike Oldfield.

Ella danza. Levanta los brazos y con los ojos cerrados gira y gira, la melodía la transporta hacia otro lugar. Sonríe ante sus visiones.

Está en un campo abierto sin límites el terreno es suave y tibio un penetrante aroma a flores y yerbas silvestres entra por su piel no sólo percibe su olor son voces que la acarician las sensaciones se entrecruzan ella toca esas voces cual si fueran pétalos de colores o quizá una fina garúa que resbala por su cuerpo. Todo es parte de ella. Se le ve feliz. Clac, suena su vieja *cassettera*.

Adiós Mike, gracias Mike, dice con su vocecita aguda, casi infantil.

Con el aspecto que tiene de intelectual no le es difícil a la mujer mayor entrar a la universidad. Siente el tintineo que hacen sus aretes y su collar hechos por los artesanos en su país. **Otra vez el soroche**, pero se sobrepone estirándose y respirando hondo. Busca el aula y se sienta al final. A los pocos minutos ingresa el profesor, apenas lo mira, tiene miedo de ser descubierta, pero sí, claro que es de su país. Tiene barba y el pelo un poco alborotado. Nada más ha percibido, ¡ah sí, hay algo más!... un olor conocido se esparce en toda el aula, un olor a madera, a rincones. El olor de su país.

Después de varios intentos descubre a la chica de los cabellos oscuros, en una carpeta, adelante. Se tranquiliza pero pronto ve, muy a su pesar, que el aula está a medio llenar, esto es, ella queda aislada

del grupo llamando la atención del profesor.

—Señora, sí, usted, pase más adelante, por favor —dice el profesor, en su afrancesado español.

Uno, dos, tres... cien, trata de mostrarse natural. El tema es interesante y de pronto se da cuenta de que ha regresado cientos de años a sus tiempos de universitaria. Se siente bien, nadie le pregunta nada, excepto a la salida.

—¿Y?, ¿qué te pareció? —los ojos de la chica brillan en su piel morena—, ¿viste que no pasó nada?

—¿Nada?, si casi muero de pánico.

—¡Qué exagerada que eres!

Le ha dicho la palabra tantas veces escuchada, allá, al otro lado del mar. No le responde, sabe que al fin y al cabo no volverá.

—¿Vendrás el jueves?

—Oye, ¿no crees que ya estuvo bien? Qué papelón sería que la próxima el profesor me diga: señora, ¿es usted alumna regular del curso?, ¿yo qué le diría? Seguro me salgo corriendo, o me pongo a llorar o me desmayo o me muero, quién sabe lo que haría. No, no voy a pasar ese trance.

Pero volvió, tres, seis, ocho, diez veces; hasta llegó a hacer una monografía, que no estuvo nada mal. Sin embargo no dejaba de darse cuenta que todo se descubriría cuando el profesor corrija los trabajos, busque su nombre, su código en la relación de alumnos y no lo encuentre. Pero decidió, ayudada por su amiga, llevar adelante esa “inocente broma”, que estaba segura, el profesor comprendería.

—Señora, por favor, ¿se queda un momento después de clase?

Ahora sí, había llegado la hora de la verdad. Pensó miles de cosas: ¿y si me escapo antes de que termine la clase? ¿Y si digo que ha sido un error de aula? ¿Y si...? No, nada funcionaría y el ridículo sería mayor. Afrontaría la situación con dignidad.

“¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?”.

“Sí, juro”.

Se imaginó al profesor convertido en el Gran Juez, ella, la delincuente que aceptaría cualquier castigo, y a su amiga, su única defensora. Hasta veía los titulares de los periódicos del día siguiente: *Madame Sudaméricaine présumée terroriste s'infiltré dans l'université*, o algo por estilo. ¡Con la fama que tenemos..!

**“¡Ah! Otra vez jugando, me quedaré junto a ti para ver cómo sales de ésta”.**

“Ssssssss”.

Pero no pasó nada, o mejor dicho, nada de lo imaginado. Por supuesto que la pregunta llegó, pero las palabras del profesor no la hicieron sentir una delincuente sino sólo una mujer que tenía ganas de escuchar unas clases en una universidad extranjera. Y el profesor rió de buena gana, hasta creyó verlo halagado, pero, claro, aquí no hay tutías que valgan, éste no es su país, donde hasta títulos falsos se pueden obtener en pleno centro de la capital.

Entonces creyó que allí terminaba la historia, sin cárcel de por vida, ni suculenta suma de fianza, ni regreso a su país, nada. Pero sí hubo algo que la mujer sintió que era un castigo: no podría volver a clases. Y además hubo algo que la sobresaltó aún más.

Cuando quedó a solas con el profesor, cuando éste se acercó, cuando se dirigió sólo a ella, un tumulto de sensaciones la sobrecogió, la tornó mínima y sintió que el aula, el pizarrón, las carpetas, todo se impregnaba del olor de su tierra, fuerte, cada vez más fuerte, mientras **los ojos del profesor, tras de los lentes, se hacían chiquitos** y, en el fondo de ellos, cuando se atrevió a mirarlo de frente, esa luz que no todos tienen.

“Debo irme, ya, ahora mismo, del aula, de la universidad, de este país. Debo huir aunque tenga que cruzar a nado el océano”.

*“¿No te dije? Llegó la hora. Anda, corre, toda la vida has corrido y yo que creí...”.*

“No me interesa lo que creas”.

Le contó la historia a la chica, claro sin el olor ni las luces en el fondo de los ojos del profesor, porque ella es muy joven y no lo entendería, además, qué saco con tejer y destejer historias. Esto es sólo un juego al que entro y salgo sin ninguna vergüenza, me meto por unos momentos en el ecran y soy la protagonista. Nada más. En cambio la mayor parte de la gente es concreta, objetiva, ha cerrado las puertas a la fantasía, se ha olvidado de soñar.

La chica se alberga en una residencia para estudiantes, la mujer mayor en un hospedaje, nada lujoso pero sí cómodo, varias habitaciones se distribuyen a lo largo del pasadizo. Al final, la escalera. A ella le han asignado una habitación en el segundo piso, mejor, piensa, menos ruido. En el primer piso, a la derecha se encuentra la habitación de la casera que la ha recibido, le ha indicado algunas de las normas del hospedaje, también le ha dicho que hay un teléfono que puede usar sólo en casos de emergencia, nada de llamadas a larga distancia y si recibe alguna, si no estoy muy ocupada, se la pasaré.

La portera es una mujer latina, delgada y seria pero que, desde la primera mirada, le ha demostrado simpatía. Sus ojos están siempre húmedos. Sin embargo es fuerte y realiza sus tareas con esmero. Ella ha notado su mirada cuando se cruzan en el pasillo, la mira y le sonrío. Apoya las dos manos sobre la parte superior de la escoba y sobre ellas el mentón. Se le nota cansada, muy cansada.

**La ventana de su habitación da a un gran jardín.**

Ahora es invierno y los árboles lucen sus ramas secas, tampoco hay flores, pero ella mira ese paisaje y lo siente copiosamente irreal,

es una postal que por momentos cobra vida al ser cruzada por algunos transeúntes, una postal que a veces se humedece cuando llueve y otras permanece envuelta en una tenue neblina.

Ha colocado el sofá frente a la ventana y allí se sienta cuando los recuerdos la cercan.

Varias tardes se ha encontrado con la chica antropóloga, han tomado café o han cenado juntas. También han ido al cine, a un museo y al ballet. Nunca aceptó ir a alguna de sus reuniones. La otra no comprendió su negativa. Si eres una mujer tan expresiva, además vienes de un país que no lo conozco, pero dicen que es bellissimo...

(Sí, mi país es increíble, mi tierra, ahora tan lejana y a la que pertenezco cual si fuera un árbol o una montaña o aunque sea un riachuelo. El país de las eternas promesas...).

— ¿Cómo podemos vivir así en mi maravilloso país?

Se dirige en voz alta a la chica de los cabellos oscuros, que no oculta su nerviosismo ante la inesperada pregunta.

—¿Sabes de lo que te hablo?

—No —responde la chica un poco atemorizada—. Bueno, bueno, si no quieres no vayas, eres muy contradictoria.

**“¿No te lo dije? La chica es muy lista y ya te está conociendo”.**

“Y ¿qué con ello?”.

**“¿Qué? Para ella nada. Pero tú, ¡ah querida! Estoy por creer que eres un caso perdido. Te simpatiza, le simpatizas, podrían ser buenas amigas, pero tú te empeñas en hacer las cosas a tu modo, no cedes un milímetro. Yo debería estar en tu lugar y actuaría como lo hacen los hombres. Nos equivocamos al nacer. No sé cómo has llegado hasta aquí, no me lo explico y además esas fantasías tuyas...”.**

“No son fantasías, además, eso de como actúan los hombres, lo he escuchado un millón de veces y vaya uno a verlos, cortados por la

misma tijera, convencidos de su inmensa importancia y a la hora de la hora convirtiéndose en avestruces, ¿no lo estás tú así ahora?”.

*“Testaruda, además. Lo que pasa es que me crees estúpido”.*

“No, sólo eres un hombre”.

Con letra irregular, la mujer mayor intenta unas líneas en un papel de carta, hace tiempo que no escribe a mano. Allá, al otro lado del mar, se había comprado una computadora, de ésas que odiaba al comienzo y que luego aprendió a querer, o mejor dicho a necesitar, que no es lo mismo, en la cual escribe desde entonces todo lo que se le antoja. Ahora no está con ella y en uno de sus eternos rituales, coge el lapicero, lo acaricia con los dedos y lo desliza sin prisa sobre el papel.

Le tiembla la mano, ¿a quién la dirigirá? Será para todos.

Holas (quiere ser juguetona) ¿Cómo están? ¿Todo bien? Sí, yo también (parece que estuviera hablando por teléfono). ¿Han ido a la playa?, ¿cómo está Sofía? Aquí llueve con frecuencia, he ido a la universidad, no, ya no voy, pero he leído tres libros, camino, paseo y... (¿qué más les cuento?, ¿de mi joven amiga, del profesor con olor a tierra húmeda?, no, mejor no).

Escribe frases un tanto inconexas, conforme las va pensando, ellos me entenderán mejor así, piensa, creo que siempre les hablé en borrador; se despide con abrazos y besos a distancia, éso que quisiera tanto darles y que ellos nunca admitieron porque son *‘arrumacos y tonterías de hijitos de mamá’*. Cierra el sobre. Mañana lo depositará en el correo. ¿Dónde quedará? ¿Llegarán las cartas?

Su pensamiento comienza a corretear por los pasillos a media luz de los recuerdos.



Los carteros con sus mochilas a cuestas ejercieron, siempre, una misteriosa fascinación sobre ella.

Todos los carteros portan secretos y misterios, piensa enfática.

Cuando ella recién se casó y tenía un hijo chiquito, pasaba por la puerta de su casa un joven, menudo y frágil, con una inmensa mochila en la espalda.

—Hey, cartero, ¿y mi carta?

Entonces él, muy educado, buscaba en su mochila (sabiendo que no iba a encontrar nada para ella) y le contestaba, poniéndose la mano sobre la frente, a modo de visera:

—Caramba, creo que la he olvidado, mañana se la traigo, señora.

Y mañana le decía algo similar. Ambos sabían que era un juego, pero de seguro que él se daba cuenta de la absoluta necesidad de esa mujer de recibir aunque sea una carta, no importaba de quién.

Hasta que un día, eran las vísperas de la Navidad, alguien tocó a su puerta y ante su sorpresa estaba el hombre de la mochila, con una sonrisa cómplice.

—Señora, carta para usted.

—¡Al fin! —dijo o pensó.

Firmó el cargo. Buscó, antes que nada, al remitente. No aparecía. La abrió y era una hermosa tarjeta de Navidad en la que estaban escritos unos renglones suaves y cariñosos... sin firma.

A partir de entonces, se sucedieron las misivas, pequeñas cartas con la misma letra de la tarjeta de Navidad. Palabras precisas, en las que siempre le decían algo oportuno para el momento que estaba viviendo. Parecía que el remitente conociera su vida, siguiera sus pasos, pero de la firma, nada. No le hacía ninguna pregunta al hombre de la mochila, sólo se sonreían, ella firmaba y él se iba, en el mismo silencio en que había venido.

Ya no le reclamaba: “Hey, cartero ¿y mi carta?”. ¿Para qué si estaba recibiendo, por lo menos una carta mensual? No pensó en que él estuviese esperando la pregunta y él tampoco parecía esperarla. Las cartas llegaban, una tras otra, breves, amables, dejándole una extraña sensación.

Pasaron muchos meses y muchas cartas. Unas breves, casi sólo un saludo; otras, con palabras que invitaban a la confianza, apenas un susurro dicho al oído.

A veces entablaban un pequeño diálogo:

—Hace mucho calor, ¿verdad?

—Sí señora, mucho —respondía él, siempre en el mismo tono correctísimo de voz.

—¿Le falta aún mucho por repartir?

—Oh sí, recién comienzo.

Nunca ni una palabra acerca de, “¿ahora sí tiene usted quien le escribe?” o “¿no sabe usted quién puede ser el remitente?”. Nada, ni el uno ni el otro mencionaban el asunto.

Una vez, durante dos meses, no apareció por la cuadra; ella lo buscaba desde su ventana creyendo verlo asomarse por alguna esquina, con su gran mochila y su exagerada seriedad. Durante esos dos meses no recibió su esperada carta, hasta que un día...

—Buenos días, señora, aquí tiene usted; son dos cartas.

—Pero... —intentó decir algo—, él no le dio tiempo y mientras le señalaba el lugar donde debía firmar, le contó, que había estado enfermo, es este peso en la espalda, ya no soy joven. Y mientras ella miraba emocionada sus cartas, él se alejó con un hasta el próximo mes.

Lo vio envejecer, aunque su rostro era aún joven. Delgado, pálido, la espalda encorvándosele cada día más. Un día le preguntó por su salud. Más o menos señora, además cada día hay menos cartas, no sé por qué la gente ya no escribe, hasta el próximo mes.

Ella sí lo sabía. Era la tecnología avanzando con sus mil bocas y sus mil ojos. ¿Para qué cartero? Yo me comunico por *e-mail*, le habían dicho sus amigos. ¿Y qué es eso? Luego lo supo.

Un día de invierno en el que, cosa extraña en su ciudad, caía una tenaz garúa, lo vio llegar. En Correos le habían dado una gruesa chaqueta, pero aún así se le notaba cansado y lleno de humedad. Le invito un café, para el frío, le dijo. Él titubeó, la miró con una mirada que en ese momento no sabía qué significaba, y aceptó. Sus niños estaban en el colegio, de manera que lo atendió con esmero.

—¿Fuma usted?

—Oh no, de joven lo hacía, pero ahora no, no podría.

Hablaron de muchas cosas, él parecía no tener su acostumbrado apuro. Vivía con su madre muy anciana, pero ahora no se sentía bien de salud, dijo, y cambió con rapidez la conversación preguntándole por sus niños.

Había pasado más o menos media hora, él miró su reloj y se puso de pie muy nervioso.

—Gracias, es usted muy amable, nunca me voy a olvidar de la señora que siempre esperaba cartas, gracias —y se dirigió apresurado hacia la puerta.

Ni él, ni ella, dijeron ni una palabra acerca de las misteriosas cartas.

Se fue aquella mañana lluviosa y nunca más lo volvió a ver. Pasaron dos meses, tres, cuatro. ¡Dios mío!, que no le haya pasado nada, exclamaba para sus adentros, mientras sus ojos hurgaban la calle en busca de su menuda silueta. Nada, nunca más hubo cartero tocando a su puerta, ni él ni otro, las hermosas cartas que recibía se habían ido con él. Por supuesto que averiguó en la oficina de Correos, pero... no sabía ni su nombre, lo describió, dijo la zona a la que iba y por ahí alguien dijo.

—Ah, el pobre, hace tiempo que estaba enfermo, señora, pero él no hacía caso, seguía y seguía con su tremenda mochila en la espalda, no sé para qué y claro, al final ocurrió lo que todos le decíamos, te vas a morir, pero él nada, por porfiado se murió —y con desgano continuó su trabajo.

Salió de allí y sin importarle la hora, caminó y caminó, despacio, contando los pasos, luego las cuadras, pensando en el hombre de la mochila, en el único café que había tomado con él.

Ésa fue la despedida de aquel fiel cartero y también de las anónimas cartas.

Por esto ella sigue pensando en la magia que encierran los carteros. Hasta el instante de abrir las cartas se convertía en un ritual para ella, cartas que leía y releía degustando el sonido de las palabras, saboreando sus significados.

Ahora se recibe *e-mails* o a un mensajero malhumorado que extiende una invitación o cualquier otra misiva en un silencio aburrido.

Llegó carta, llegó carta, con voz de ronda infantil dice la chica que no se hace problemas por nadie, a la vez que salta de un lado para otro.

Están todos en casa, el eco de un tiempo distante invade los rincones. (¿Dónde está Sofía?).

—Holas —comienza ella en voz alta—, se le fue la ese —levanta una ceja y sonrío. Continúa leyendo y saltándose las palabras, busca algo en especial.

—¿Esto es todo? Voltea el papel, buscando no sabe qué, ¿nada más?

—¿Y qué más querías? —dice el duro de gesto y de palabra.

¿Qué más queremos?

La música es dueña absoluta de ese espacio donde alguien falta, por allí un maullido se integra a la gran banda.

Los pensamientos de cada cual se pierden en lejanos vericuetos, imposible seguirlos, avanzan en diferentes direcciones con más o menos prisa, sus ojos no dejan traslucir el más mínimo sentimiento. Son duros, son de la generación “des”: despreocupados, desamorados, desorientados, desarraigados, desavenidos, desintoxicados de todo lo que signifique la rémora del pasado. Ellos viven su presente que algún día serán sus recuerdos y su experiencia, y también la rémora de sus hijos. Eso es lo triste y no se dan cuenta.

Tiempo al tiempo, distancia que no se advierte pero que separa insensible a pesar del amor, o quizá por él mismo, por las cien mil ráfagas que se entrecruzan al darlo y recibirlo.

Allí, entre el maullido de Sofía, el sonido de la gran banda y el silencio que habla más fuerte que las palabras, se siente el amor, en un estilo diferente, pero amor al fin. Sólo falta una voz que intentaba, muchas veces en vano, unificar y traducir ese sentimiento.

—Ahora no te negarás a ir conmigo —dice la chica de los cabellos oscuros, mientras mira con un poco de resquemor a la mujer mayor—. Mañana haremos una fiesta en casa de una amiga francesa, es por el día de la Facultad ¿sabes? Al día siguiente no hay clases, más bien continúa la fiesta con exposición de libros y esas cosas. No te niegues, será muy a tu gusto, poco ruido, conversación, un vinito y mucha cercanía.

(¿Por qué habrá dicho mucha cercanía?, ¿sabe que la necesito?).

—Y, ¿de qué hablaré yo con ustedes? Por Dios, no me pongas en apuros.

—¡Qué apuros ni qué nada! Dime que sí, ahora es diferente.

La chica sonrío con malicia, está segura de convencerla y lo logra.

—Bueno, bueno, sólo por darte gusto y que no me creas una lunática.

Han convenido la hora, ella pasará a recogerla, porque ya me he dado cuenta de que eres medio despistada.

Ella atribuye a las pastillas que toma para dormir la sucesión inconexa de sus sueños y la abrumadora angustia que experimenta en ellos. Son temas recurrentes que se engarzan en sus puntos más agudos. Casas viejas, herrumbrosas, desorden, y ella buscando entre las habitaciones no sabe qué, el tiempo apremia, siempre es tarde en sus sueños, un sinnúmero de tareas la acosan, los problemas se entrecruzan y ella trata en vano de subsanarlos. Siempre el tiempo ganándole a su prisa, sensación de extravío, de no encontrar lo que busca, casas, calles desconocidas, y ella tratando de orientarse.

Esta noche se ha visto caminando por un largo sendero que no tiene fin, siente el olor del mar pero no lo ve, sólo peñascos arrugados y negros que le cortan el paso, los sorteas, en algunos momentos tropieza, tiene la sensación de estar atascada sin poder retroceder ni avanzar. Más allá un grupo de niños, vestidos de blanco, juegan tomados de la mano, en círculo. Dan pequeños brincos al compás de una música que se siente lejana, es una melodía monocorde ejecutada con tambores o instrumentos de percusión que no conoce. Se acerca con dificultad y al mirar a los niños nota que todos están llorando, con lágrimas oscuras que resbalan por sus mejillas, les cubren las caras, caen al suelo, las lágrimas se juntan y forman una acequia que crece, ahora es un río, para luego ser el mar. Suena **la sirena de un barco, pero no, no es un barco, es un tren** que, cual si fuera de juguete, traquetea su esqueleto sobre los peñascos. Los niños corren hacia él, suben y le hacen adiós con las manos.

No sabe cómo, ahora está en el mar, el agua es oscura pero ella se baña sin ningún temor, danza en esa negrura, mira hacia el fondo buscando sus pies, pero no logra verlos. Sin embargo divisa en el fondo, con toda claridad, unas diminutas estrellas de mar, gira y gira hasta ser una con el agua que se eleva, para luego caer en un círculo perfecto de brillantes esquivas que se expanden.

**Pequeños pinchazos se introducen en su piel.** Alguien arropa su cuerpo con suavidad. Otra vez la bruma.

Despierta de bruces sobre la cama de sábanas blancas, el cuarto, las cortinas, todo es tan blanco, que logra perturbarla.

**Y una sensación de atrapado,  
Como si un tren recorriese tu columna vertebral...**

La mujer mayor prepara su atuendo. No tiene mucho de dónde escoger así es que opta por vestirse con una falda larga, una blusa con bordados y calados que alguien le trajo no sabe de qué parte, todo suelto, amplio, sus sandalias bajas y ¡oh estreno!, el collar y aretes nuevos que compró la víspera de viajar, donde su amigo, el que se gana la vida haciendo pendientes, aretes y collares artesanales, después de haber estudiado filosofía.

Se ahueca el cabello tratando de darle soltura, pero nada, esto no tiene remedio, trae hacia la frente un diminuto flequillo, se pinta los labios con esmero y ensaya una sonrisa tristonera.

*“Mira, hace tiempo que no me meto en tus cosas, pero esta noche es especial, qué tal un poquito de maquillaje en los ojos y de rubor en las mejillas, a los hombres nos gustan las mujeres bien arregladas, coquetas...”*

“¡Ah! ¿Apareciste? Y, ¿qué decías?, ¿que debo arreglarme para agradar a los hombres? Cuándo no, apareció el centro del universo. Tú, que dices conocerme, sabes que sólo ansío vivir mi libertad sin intentar agradar a nadie en especial. ¿Te es tan difícil entenderlo?”.

***“¿Ves?, siempre fuiste así, vengo aconsejándote desde que eras una adolescente y tú, testaruda pidiéndole rosas al desierto. Bueno, has lo que quieras, pero eso sí, allá, me voy a desconectar de ti. No me pidas ayuda ni salgas corriendo. Convéncete, aquí no tienes apuro, ni nadie que te espere, ni...”***

(Nadie que te espere, nadie que te espere, martillea la frase en el cerebro de la mujer).

“Ya, asunto acabado, alguien está tocando a la puerta, seguro que es ella, ¿vienes conmigo?”.

**“No”.**

“Tú te lo pierdes”.

Linda, lozana, ingresa la chica.

—¿Ya estás lista? ¡Qué bien! Es bueno llegar temprano, así no hay que saludar a todos y por allí se te pasa algo interesante. Mejor es que se acerquen a saludarte y mirar a uno por uno.

—Oye, creo que vas en plan de conquista...

—No es eso, sólo que a veces me entra un poco de timidez, ya quisiera ser como tú, tan segura, tan en lo tuyo.

—Pero, ¿qué dices? ¿Yo segura? Si estoy que me muero de miedo. Sí, la mujer siente que puede morir de miedo ante lo desconocido.

(Al fin y al cabo la muerte es la eterna desconocida y cualquier camino puede llevarnos hacia ella. Nos pasamos la vida esperándola, aunque lo neguemos. Unos lo hacen trabajando en forma incesante para lograr el éxito, otros estudiando para correr hacia el mismo fin, los hay quienes la esperan tranquilos; es sólo una cita que no se puede cancelar. Exagerando un poco (perdón pero no lo puedo evitar), cada quien la espera haciendo aquello que más le guste; haciendo el amor,



por ejemplo, o bailando o cantando o haciéndose (las mujeres), su mejor maquillaje. Creo que pocos la esperan orando. Todos son preparativos, después no hay nadie que nos cuente lo que en realidad pasó. Pero, sin duda, es allí donde radica el misterio, y el misterio nos atrae sin posibilidad de escape).

Un nuevo abrazo, intercambio de sonrisas y salen, no sin antes mirar que todo quede en orden, ventanas cerradas, una luz prendida, por si acaso, dice la mujer mayor, aquí no es necesario, dice la chica.

Salen.

Sólo hay cuatro personas cuando llegan, incluyendo a la dueña de casa.

—¡Pero si es la mujer con la que estabas en el café aquella tarde!

—Cierto, tú ya la conoces y ella también a ti. Esa tarde fue ella la que primero te vio, mira, me dijo, creo que es de tu tierra.

—Pero si ni siquiera me miró.

—Eso es lo tú crees. Hola, hola. Ella es mi amiga.

—Hola —dice la mujer francesa, con una voz alta y segura, y en perfecto castellano—. Estás en tu casa, espero que te diviertas.

—Gracias —acierta a responder, mientras un confuso suspiro se escapa de sus labios.

La francesa sonríe con frecuencia derrochando encanto a su paso, su vestido es un tanto llamativo al igual que el color con que resalta sus labios prominentes y sensuales. Es alta y se le nota dueña absoluta de la situación; su perfume, aunque muy fino, sin duda ha sido aplicado en abundancia.

Sirven una copa de vino que la mujer bebe a pequeños sorbos. Siempre le había gustado el vino, era el único licor al que le atribuía características de ritual. Le gustaban los rituales.

Van llegando varios chicos y chicas, más o menos de la edad de su amiga. Todos son amables, se interesan en qué haces, cómo es tu país y otras cosas por el estilo. La mujer francesa mira a todos sonriendo sin detener sus ojos en nadie.

La sala está arreglada con esmero, no es muy grande pero colinda con un patio, lo cual permite el libre fluir de las personas. Unos conversan, otros beben o se sirven un bocadillo. Hay libertad para hacer cualquier cosa y ella trata de adaptarse a ese ritmo.

(Suéltate cuerpo, afloja las manos, respira pausado, con ritmo, sonríe).

Una chica de hermoso cabello caoba le dice algo de su país, arrastrando la inconfundible zeta española, habla de la magia, de la energía de sus restos arqueológicos. ¡Por Dios, si sólo aquello fuera mi país!

Se siente bien, la hacen sentir bien, especialmente la chica de los cabellos oscuros. La mujer francesa es una excelente anfitriona, no olvida ningún detalle. Derrama sonrisas a diestra y siniestra.

Siguen los brindis, la mujer mayor simula beber pero lo hace con cautela, (qué le voy a hacer, soy consciente de la frágil cabeza que tengo para los tragos y no, no quiero hacer un papelón y terminar la fiesta llorando sobre algún piadoso hombro).

Pero vuelve a probar el vino, esta vez dos o tres tragos seguidos. La mujer francesa está atenta a cuando se vacía su copa, entonces se acerca y la vuelve a llenar.

—Qué, ¿no te gusta?

—No es eso, al contrario, pero no tengo buena cabeza para el licor y...

La francesa ríe sacudiendo el cabello hacia atrás, su perfume se le incrusta en las fosas nasales y comienza, no sabe por qué, a detestarlo, por muy francés que sea.

De pronto sintió que la escena quedaba congelada, incluso podía verse a sí misma detenida en sus gestos y hasta en su respiración. Sólo percibió una especie de corriente de aire que ingresaba por la puerta con un fuerte olor a madera recién cortada. La música se detuvo, las luces brillaron con más intensidad para luego hacerse tenues, muy tenues hasta oscurecerse por completo; el olor de su país ingresaba anulando las colonias de las chicas jóvenes y el perfume de la mujer francesa. Detrás del olor o junto con él, ingresó el profesor, su mirada, su calma. Estaba allí, parado cerca de la puerta. Parecía un tanto desconcertado. Detrás de los lentes, sus ojos se hicieron chiquitos, al igual que hacen los miopes para mirar mejor. Saludó con gentileza a uno por uno y cuando llegó hasta ella, hizo una profunda reverencia.

—Pero, ¡si es mi compatriota!

No supo qué responder, sólo intentó sonreír, con esa sonrisa que a veces la sentía más una mueca.

**Algo como una rueda comenzó a girar y girar dentro de ella**, despacito, la cogió por los hombros, se extendió por todo su cuerpo hasta sólo percibir el engranaje confuso que se situaba en el centro de su pecho. Luego un ruido sordo confundió sus pensamientos, cada vez más fuerte hasta arrastrar con él a la música, las personas, las luces. ¿Sería el vino? ¿O sería aquel olor tan añorado que comenzaba a meterse dentro de ella?

El profesor caminaba lentamente entre los alumnos, pasaba de un grupo a otro, hasta que de pronto se detuvo a su lado.

—Está usted muy callada. ¿No le gusta la reunión?

—Nada de eso, al contrario. Estoy bien, muy bien.

—Pues no lo parece. A ver déjeme adivinar de qué parte de nuestro país es usted. De la costa sin duda, pero, a ver, sí, es de la capital, no cabe duda —agregó.

—Sí, ¿y usted? Ya sé que somos compatriotas, pero de qué parte del país.

Trató de mirarlo a los ojos, pero la mirada resbaló por su barba, su pelo, volvió a su sonrisa que trataba de ser alegre, pero que a ella se le antojó muy triste.

—¿También es usted de la capital?

(Vaya pregunta idiota)

—No sé, adivine —bromeó él.

—Es muy difícil, podría ser de tantos lugares.

—Pero soy solo de uno.

—Claro, de dónde, de dónde...

—Si no acierta, al final de la fiesta se lo diré.

Alguien lo cogió del brazo y le susurró unas palabras al oído. Él se excusó y se dirigió hacia donde lo requerían. La mujer francesa lo esperaba con una copa de vino y una sonrisa amplia y hermosa. Él, serio, prendió un cigarrillo.

La mujer los observa, está segura de que hay un vínculo entre ellos, una especie de puente que los acerca y los separa a la vez. No puede dejar de mirar los inmensos ojos azules de la francesa. ¿Qué hombre podría resistir sucumbir ante esos pozos misteriosos que invitan, atraen cual si fuesen imanes?

—¿No te dije?, todo es muy sencillo. ¿Te sientes bien?

—Sí, sí, no te preocupes por mí, anda donde tus amigos.

—Es que da la casualidad que estoy con una, y una muy querida. Anda anímate, quiero verte alegre.

—Lo estoy, te lo aseguro.

La música es suave y melodiosa. Es una cadencia lánguida que se diluye en finas hebras multicolores, vaga por las habitaciones, se acurruca en los rincones. Los chicos se le acercan, ella sigue tomando vino a sorbos pequeños y haciendo un gran esfuerzo por no desentonar en ese espacio, que le recuerda aquellos otros vividos en su juventud, con sus amigos.

¿Fue el vino o aquel olor que se había apoderado de su cuerpo, el que hizo que de allí en adelante sólo recordara susurros, rostros, instantes?

Su amiga se acercó:

—Estás en otro mundo, mujer, ven vamos.

Y cogiéndola de la mano la llevó donde un grupo de estudiantes que conversaban despreocupados. Allí también estaban el profesor y la mujer francesa, quien la recibió con una cordialidad exagerada para su estado de ánimo. Se insertó todo lo que pudo en la conversación, más bien trató de responder algunas preguntas, siempre sobre su país.

—El profesor también es de allá, ¿por qué no le preguntan a él? (Escuchó su voz y se reconoció en esos momentos donde olvidaba la prudencia).

La que contestó fue la mujer francesa.

—Él hace mucho tiempo que vive aquí, claro que está al día con las noticias que logra recibir, pero no es lo mismo, tú acabas de llegar.

Sonrisa amplia, otra copa de vino, todo más borroso.

La chica de los cabellos oscuros había desaparecido y ella se sentía buscando el último bote que la salvara de aquel naufragio.

(¿Dónde está mi amiga?)

Alguien cogió su brazo y la condujo a un asiento. Desapareció todo ante sus ojos.

—Pobre —dijo una voz por allí—, le ha chocado el vino.

(Papelón, dijo una voz dentro de ella.)

El ecran se oscureció.

Una mano hace girar la llave en la cerradura, ella respira hondo, sigue el trayecto de aquella mano, luego el brazo, el hombro, la barba, la sonrisa, los ojos. La puerta se abre.

—Un vaso de agua le vendrá bien, ¿quiere que le alcance uno?

—Sí, gracias.

—Pero, está usted temblando, ¿tiene frío?

—Debe ser la presión, que tiende a bajárseme.

—Entonces será preferible algo caliente, quizá un té o un café.

—Té nunca tomo y el café, tan tarde, me quita el sueño. Prefiero una taza de leche. Allí.

Le señala la pequeña refrigeradora instalada en el compartimiento que hace de cocina.

—Por favor, y discúlpeme.

—Pero qué es eso, somos amigos, ¿o no?

No contesta, se limita a mirarlo mientras él, con manos seguras calienta la leche. Se le nota acostumbrado a esos menesteres.

—¿Y usted? Lo siento, no tengo nada que invitarle.

—No es necesario, sólo quiero que se sienta mejor y luego me iré.

En pocos segundos le alcanza la taza. Otra vez se siente inadecuada y estúpida.

(¿Que pensará de mí? Una mujer mayor, sola, tomando una taza de leche caliente, sencillamente ridícula).

La mirada de él, entre alegre y preocupada, la observa. Le gusta que lo haga, hasta puede seguir mirándolo por encima de la taza inclinada, mientras toma el líquido blanco y reconfortante.

—Así está bien —dice él recibiendo la taza vacía.

Se queda de pie siempre mirándola, algo en ella le trae lejanos recuerdos.

—Bueno, ahora debe usted acostarse y abrigarse bien. Mañana de seguro nos veremos.

—¿Mañana?

—Sí, mañana, buenas noches.

—Gracias, buenas noches —contesta.

Él se dirige hacia la puerta y desde allí levanta la mano, la mueve de izquierda a derecha, sonrío y sale.

Amanece vestida.

El recuerdo de un apacible sueño llega hasta ella.

Está en una feria infantil o quizá sólo sea la sensación de una feria infantil atardece y un frescor perfumado se extiende por el aire varios juegos mecánicos giran y giran solitarios no escucha ningún sonido se siente que está metida en una película muda trata de recordar ve las luces parpadeando en cámara lenta de pronto **allí en lo alto de la rueda giratoria está ella** puede aún experimentar la sensación del vacío del descenso el piso sobre el que se dibujan extraños arabescos atrayéndola algo semejante a un hondo suspiro se apodera de su corazón de su estómago pero es una sensación agradable una caída en la que tiene la convicción de no herirse no tiene miedo sólo un ligero temblor estremece su cuerpo

Permanece en la cama evocando, apartando todo lo que obstruye aquel recuerdo. El vacío recogióndola y una juguetona mezcla de temor y de ansia, poseyéndola entre las sábanas que ahora arropan su cuerpo.

Llegan las preguntas. ¿Adónde se iría su amiga? ¿Por qué la dejó sola? ¿Cómo salió de la casa? ¿Por qué la trajo el profesor? ¿Cómo sabía su dirección?

El soliloquio es interrumpido por unos leves golpes en la puerta, su pensamiento se fracciona, se enreda entre palabras e imágenes.

Abre la puerta.

Es la chica, en cuyo cabello brillan unas cuantas gotas de lluvia.

—Hola, ¿está lloviendo?

—Sí, ¿qué tal dormiste?

—¡Ah!, muy bien, ¿qué hora será? Ni siquiera me he duchado y tengo mucha hambre y...

—Aguarda —le dice la chica, con una diminuta sonrisa—. Todavía es temprano, a ver, son las diez. Lo que pasa es que me

desperté y en la primera persona que pensé fue en ti. Por eso vine, —dice a modo de disculpa.

—Está bien, me ducho en un instante y salimos, o ¿prefieres que preparemos café aquí?

—Lo segundo, porque está lloviendo, ya sé lo mucho que a ti te gusta, pero déjame estar aquí... ahhh, aquí está tan tibio y tenemos tanto de qué hablar. Anda tranquila, yo voy preparando algo.

—Ahorita vuelvo.

El agua de la ducha es escasa, pero aún así la siente rodar por todo su cuerpo, son pequeñas manos que se ondulan en su trayecto. Cierra los ojos y gira ayudando a la caricia. Enjabona su cuello, sus hombros, su cintura y avanza con cuidado por toda la piel que, anhelante, se impregna de suavidad y fresco perfume. Levanta la cara y siente el golpeteo liviano del agua sobre sus ojos, su boca. No puede evitar el recuerdo de la lluvia abarcándola, transmitiéndole su fragante humedad.

Seca sus cabellos y su cuerpo y colocándose una bata de felpa blanca sale donde su amiga, quien ya ha dispuesto las tazas y está pasando el café; “como a ti te gusta, amiga cafetera”, le ha dicho.

Ambas desean hablar pero cada una espera que sea la otra la que inicie la conversación. La mujer mayor no puede contenerse.

—¿Adónde te fuiste anoche? ¿Cómo fue posible que me dejaras entre tanta gente desconocida si habíamos quedado en regresar juntas?

Las palabras reprochan, pero el tono de voz y los gestos son amorosos. La chica le pasa un brazo por los hombros y se dirigen hacia los dos únicos sillones que rodean la mesa, aquella del mantel blanco y el florero, que ahora ostenta unas coloridas flores.

—Es una historia larga, comencemos en orden. Yo no sé por qué, de buenas a primeras, sentí un sueño increíble, te vi conversando con unos compañeros y decidí recostarme un rato en la cama de la francesa. Pues luego, no sentí nada, sólo caí en un profundo sueño



del que apenas desperté cuando ella se acostó, pero yo seguí durmiendo, hasta hoy a las ocho. Aunque no lo creas, es la primera vez que me sucede, ¡qué raro!, ¿no?

—Sí, bien raro. Yo también me sentí algo extraña, no había bebido gran cosa y de pronto todo se confundió y me sentí laxa, incapaz de valerme por mí misma hasta que alguien se apiadó de mí y...

—De eso hablaremos luego, pero oye, ¿no tendría algo el vino?, porque esa francesa tiene unos trucos...

—No me digas, ¿antes había pasado algo así?

—No igual, pero ella siempre saca algo de debajo de la manga.

—¿Y por qué no me advertiste?

—Pero qué te podía advertir, si nunca se sabe lo que ella puede hacer.

—¿Tan extraña es?

—Bueno, creo que mejor te contaré su historia, es decir, la que repiten todos. Tiene algo o mucho que ver con el profesor, que parece... bueno, mejor te cuento la historia.

Hace muchos años (es como si estuviera contando un cuento de *Las Mil y una Noches*), dicen que llegó el profesor, era muy joven y se dedicó a estudiar, no sabes cuánto. Al cabo de un tiempo se enamoró y se casó con una extranjera, tuvieron una niña. Cuando ella tendría unos diez años, la muy zamarra se fue con otro hombre. Dicen que él sufrió mucho, cuidaba de su hija, dictaba clases, seguía estudiando y quién sabe qué cosas más. Tú ya lo conoces, él es un poco huraño, tiene poquísimos amigos. Tampoco se supo que tuviese ninguna pareja durante muchos años.

Cuando la niña era ya una adolescente, un mal día apareció por ahí, radiante y conquistadora, la flamante francesa.

Bueno, tú los has visto, creo que no hacen muy buena pareja; él tan callado y sensato y ella tan expresiva y coqueta; en fin, creo que le debió costar bastante trabajo pero logró conquistarlo. Tú sabes cómo son los hombres, se dejan seducir de la manera más idiota, en este punto no se salva ni uno.

Dicen que al principio todo iba bien, eso sí, ella era muy celosa, tenía un auto blanco y aunque el profesor se lo tenía prohibido cuentan que se estacionaba a unas cuadras de la universidad para esperarlo y no permitir que se fuera a algún otro lado. A él también se le veía enamorado, pero a su manera, sin grandes aspavientos, creo que, para su gusto, ella producía mucho ruido, muchas miradas indiscretas y a él, más bien le gustaba el pasar desapercibido. Hasta allí, todo parecía ir bien, pero...

La chica se detiene preocupada ante la cara de asombro de la mujer.

—¿Tomamos el café?

—No, sigue, sigue.

—Los que cuentan la historia dicen que había algo raro en esa relación. La niña tenía una mirada huidiza y pocas veces se le veía con amigas, siempre en compañía de su papá, ¿raro no? Una adolescente que parecía estar en otro mundo. Lógicamente se habían ido los tres a vivir juntos. Durante los días laborables, en el departamento que él tiene aquí, y los fines de semana se iban a la casa del profesor, que queda en las afueras de la ciudad. Él regresaba los lunes y algunas veces ellas se quedaban allá, o la francesa regresaba y la niña, que seguía buscando su soledad, permanecía en esa casa al cuidado de una mujer.

Poco a poco el profesor fue recuperando su sonrisa, ¿lo has visto sonreír? Seguro que no (sí, piensa ella), pero cuando se quedaban solas las dos mujeres, dicen que la casa se convertía en un infierno. A la francesa le gusta la buena vida, levantarse tarde, tomar sus tragos y

salir con amigos por los caminos de Dios. A la pobre chica le obstaculizó todo cuanto pudo sus estudios, quería tenerla recluida en casa, la trataba muy mal, le llenó la cabeza de tonterías: *eres igual a tu madre, algún día te irás con el primero que pase, entonces ¿para qué voy a perder el tiempo contigo?* O de lo contrario, *estás enferma, no debes salir sola*, cuentan que le decía.

A veces la chica se animaba un poco y salía a caminar por ahí, se acercaba miedosa a la universidad, quizá esperando a su papá. Entonces ella la buscaba hasta encontrarla y le hacía tremendas escenas delante de sus pocos amigos, todo, por supuesto, con el pretexto de cuidarla.

Claro que cuando llegaba el profesor a casa la situación cambiaba, se convertía en una madre amorosa y por esto mismo a él le era imposible creer lo que le contaba su hija, que en el fondo era muy débil y no se atrevía a protestar con firmeza.

Las pocas personas que lograban hablar con ella, dicen que la chica siempre hablaba de sus sueños, que la perseguían, que alguien quería su mal, aun estando despierta. Creo que estaba un tanto paranoica, la pobre. Una idea fija se fue grabando en la mente de la muchacha: *soy igual a mi madre, y ella se fue, abandonó a papá, soy mala, soy mala*, dicen que varios la oyeron repetir.

Poco a poco la salud de la chica desmejoró y aunque su padre la llevó a los mejores médicos, nadie descubría el porqué de su tristeza, sus miedos y su total abandono. No hablaba casi con nadie, no comía, sólo fue sumiéndose en un silencio sepulcral, en una especie de evasión del mundo, parecía que estuviese muerta.

La francesa decía que eran cosas de su edad y se las ingeniaba para minimizar el estado de la chica, que yo calculo ya tendría unos veinte años, el caso es que adelgazó y se fue quedando allí, como un mueble o un jarrón que sólo cobraba vida, un poquito siquiera, cuando volvía el papá. Éste se encerraba largas horas en su estudio con ella,

le hablaba, la alentaba, hasta la llevó algunas veces a la universidad a ver si se animaba a estudiar algo, pero todo fue en vano. La chica no respondía ante ningún estímulo.

Hasta que sucedió lo inevitable.

Un día, de los tantos que la chica pasaba sola, ellos regresaron y encontraron una escena que de sólo imaginarla se me eriza la piel.

La chica yacía postrada en su cama, las sábanas regadas de manchas rojas y ella en el centro, como un pajarito herido de muerte.

Vanos fueron los esfuerzos. La chica había partido por el camino del que no se regresa, las venas abiertas por profundos tajos, con furia, con toda la violencia que había reprimido durante tantos años.

—Espera, espera, ¿cómo fue posible que su padre no se diera cuenta de lo que estaba pasando?

—¿No te digo que la francesa tiene muchos trucos? Dicen los compañeros de la universidad, los mayores, que durante el sepelio de la chica ella demostró un sufrimiento inigualable, una congoja mayor que si hubiese sido su propia madre. Hasta se olvidó de su maquillaje y sus vestidos. Fue en esos momentos, cuando ella se acercó a la gente de la universidad, cuando comenzó a hacerse amiga de muchos; todos los que sabían o intuían la historia llegaron a sentir piedad por ella, porque vivía en un estado lamentable, parecía un fantasma expiando su culpa.

—Y el profesor, ¿qué hizo?

—De él no se habló, todos lo querían, lo queremos mucho. Pero sí, él se desmoronó, se ausentó de la universidad. Dicen por ahí que pasaba los días solo, refugiado en cualquier cafetín de mala muerte, bebiendo. Luego, pidió una licencia en su trabajo y se fue, nadie supo adónde.

—¿Y la francesa?

—Durante largo tiempo no se supo nada de ella, pero... oye, tomemos el café, ya debe de estar frío —dijo resuelta, y se acercó a la cocina.

Sirvió dos tazas y volvió con ellas a la mesa.

Sí, la mujer también necesitaba un café, dos cafés, cien cafés y cien cigarrillos.

Un nervioso silencio se instaló en la pieza. A la chica se le notaba conmovida ante el recuerdo de esta historia, que de seguro había escuchado multitud de veces. La mujer no salía de su asombro, el día se había ensombrecido de tal forma que ya no se sabía la hora que era. Tampoco les importaba. Sólo venía a sus mentes, en forma recurrente, la imagen de una mujer joven, una niña indefensa con las venas abiertas, pequeños volcanes escupiendo su débil fuego.

Afuera, la lluvia arreciaba. Una tonada triste se escuchaba desde muy lejos. La mujer mayor prendió un cigarrillo y se acercó a la ventana que, cubierta de menudas gotas, no dejaba ver hacia el exterior.

¿Cómo era posible que esa monstruosidad hubiese ocurrido, cómo perdonar, cómo olvidar, cómo estar alegre?

Pasó la mano por el vidrio y creyó ver y sentir un rostro húmedo impregnado de tristeza, sintió el aborrecible perfume de la francesa y el otro, el olor de cañas, madera, tierra húmeda.

—Pero, ven, aún no termina la historia —dijo la chica, con una seriedad desconocida en ella.

Dicen que pasó más de un año, entonces él volvió.

La universidad lo acogió de regreso porque siempre fue uno de los profesores predilectos. De esto hará tres años, yo sólo puedo dar fe del último.

Bueno, al igual que una telaraña, la francesa fue dejándose ver. Al principio ni se acercaba al profesor, pero había logrado atrapar al grupo de estudiantes que, seguro, ya iban olvidando el desgraciado suceso. Los invitaba a su casa y mostraba su mejor lado, parecía estar pidiendo perdón con frecuencia. Pero tú sabes, ella no podía cambiar del todo, así es que, ahí la tienes, es la de antes, con su sonrisa eterna en los labios, su atención exagerada y tratando de atrapar otra vez al

profesor. No sabemos si él la ha perdonado, aunque a decir verdad no creo que le guarde rencor. Él es así, debe ser su corazón bueno el que no le permite odiarla. Sólo la observa y ya ves, hasta ha ido a su casa anoche.

—Y ¿han vuelto a estar juntos?

—No. Él se va los fines de semana a su casa de fuera, la semana la pasa entre la biblioteca y su departamento, que me lo imagino chiquito, igual que éste. No recibe a nadie, excepto a algún alumno por asuntos de estudios.

Ésta es la historia que tanto te interesaba, ahora cuéntame cómo fue que él terminó trayéndote anoche, porque la francesa ya se encargó de decírmelo: tu amiga se puso mal y él tuvo que acompañarla. Estaba un poco molesta, creo.

¿Qué podía contarle a su amiga? Todo era tan incierto, tan brumoso, había tantos cabos sueltos, tantos instantes en blanco, que no sabía cómo hilvanar las frases para darles coherencia. Tardó algunos minutos en responder, quería quitarle importancia al asunto, contarle de manera que sólo apareciese el gesto de amabilidad del profesor que, claro, era sólo eso, amabilidad.

Pero ¿qué sentía, qué pasaba en el fondo de su alma? Debía ser fiel con su amiga y contarle todo aquel asunto, la sensación que había experimentado al conocer al profesor, el olor que sentía él llevaba impregnado en su cuerpo, la forma cómo modulaba sus palabras cuando se dirigía a ella y la inquietante perturbación que sentía ante su sola presencia, pero ¿por dónde empezar?

Se dirigió a la cocina y calentó el café.

—¿Quieres otro?

—Sí.

Llevó las dos tazas a la mesa, encendió otro cigarrillo, necesitaba recomponer su espíritu y no lo lograba. La chica fue en su ayuda.

—Si no quieres contármelo no lo hagas, pero creo que te haría bien. Y, por favor, perdóname, no podía prever lo que iba a suceder —dijo, haciendo un gesto de niña acongojada.

—Lo que quieres que te diga es nada, comparado con la tragedia que tú acabas de contarme. Pero en fin, ya te dije que no sé cómo ni por qué me sentí tan mal, mejor dicho, no era dueña de mi cuerpo, me sentía liviana, sin peso, sólo recuerdo cuando el profesor me hizo sentar en una silla y luego cuando abría mi puerta e ingresábamos aquí. Su actitud fue la de un viejo amigo o la de un hermano que se preocupa por una mujer que de pronto ha perdido el libreto y no sabe qué hacer ni qué decir. Calentó leche para mí, y esperó unos minutos hasta que me sentí mejor, luego se marchó.

—Y, ¿eso es todo?

—Creo que sí.

Había dado marcha atrás en su decisión de contarle algo acerca de lo que sentía, pudor, vergüenza, inseguridad, todo era un solo compuesto, enredado, sin pies ni cabeza.

—¿Crees?, entonces ¿no estás segura?

—Amiga, tú eres muy joven y hay ciertas cosas que sólo se llegan a comprender más tarde, cuando ya no se puede desandar lo andado. No me jacto de ser muy madura, al contrario, madurez es lo que me falta.

—¡Cómo me gusta esa manera que tienes de sentenciar! Pero a decir verdad, no creo que tú puedas ser juez y parte de ningún asunto, y menos de las cosas que te conciernen, ¿por qué no me das un poquito de tu confianza y me cuentas qué está pasando dentro de ti?

Aún lo dudó unos instantes, ¿cómo desenredar este revoltijo de

sentimientos contradictorios y traducirlos a un lenguaje llano y entendible por esta chica tan tierna?

Sintió frío y se arrebujó en uno de los sillones.

Se la veía indefensa.

La chica interpretó muy bien su gesto, se acercó y le rodeó los hombros con ternura, a la vez que besaba sus mejillas.

—Muy a lo francés —dijo la mujer mayor, queriendo parecer risueña.

—No, bien a lo hondo de tu corazón y desde el fondo del mío. ¡Qué deslumbrante sensación la abarcó en ese momento!

Una gratitud inmensa se apoderó de ella, estaba recibiendo lo que tanto mendigó, allá, al otro lado del mar, *arrumacos y tonterías de hijito de mamá*, sí, y por qué no, había momentos en los que **se sentía como un perro o un gato ansioso de que le pasen la mano por el lomo**; ahora esta chica, una extraña, la acariciaba con sus palabras y su abrazo.

La miró a los ojos y entonces ya no dudó, había cesado de llover y la tensión ocasionada por la trágica historia recién contada iba disipándose.

Una sensación de paz la invitó a la confianza.

Así, sin darse cuenta, la hizo partícipe de sus recientes inquietudes (las de su vida anterior no venían al caso). Una emoción desconocida la invitaba a ser más y más sincera, le habló de la lucha que se había desatado en su interior cuando se permitió partir, la necesidad urgente que tenía de separarse de aquello que había sido su mundo, lo que había sentido al llegar a este país tan lejano, el conocerla, y al final, atrapándolo todo, la presencia, el olor, los ojos del profesor, desde la tarde de la clase aquella, y esa especie de inocente juego iniciado la noche anterior y que hoy adquiriría otras proporciones. No sabía aún cuáles ni en qué dirección, pero no podía dejar de admitir una especie de crispación que desbordaba sus más prudentes límites.



La chica escuchaba con atención, parecía una niña que escuchaba un cuento narrado por mamá y que al final pregunta: ¿y después? Entonces la mamá inventa un final feliz para no defraudar a la pequeña.

Pero aquí no había final, el cuento quedaba abierto, lleno de interrogantes.

—Yo lo sabía —dijo con un aire docto—. Lo supe desde la primera vez que fuiste a la universidad. No es sólo el hecho de que los dos sean del mismo lugar, hay algo más que los acerca, los confunde y estoy segura de que él también se ha dado cuenta de ello.

—Pero, ¿de qué hablas, chiquilla?

—No lo sé, no te lo puedo describir con palabras.

Se quedaron en silencio, ahora eran cómplices de una situación no buscada pero que estaba allí, a la distancia de unas palabras, de un gesto.

La mujer buscó unas prendas gruesas y se dirigió al baño.

—Creo que debemos salir, busquemos algún lugar donde almorzar.

La chica asintió con una sonrisa preocupada. A los pocos minutos salieron.

En medio de su seriedad, la muchacha no demostraba el más mínimo asombro, daba la impresión que ya esperaba aquella confianza.

La mujer mayor había sido injusta en su apreciación, recién ahora se daba cuenta, la madurez de los jóvenes cuando llegaba era más perentoria, más aguda que la de los mayores, su sensibilidad era una piel de durazno.

—Hoy no hay clases, se inaugura una exposición de libros, hay recitales, es una fiesta de la universidad, ¿quieres ir? Es aquí cerca.

Le daba lo mismo ir a cualquier sitio.

Se dirigieron hacia allá y buscaron un lugar tranquilo.

—Sí, ya sé, que tus espaldas estén cubiertas —la chica pasó su brazo encima de sus hombros y le cedió la silla más cobijada del lugar.

Pidieron algo ligero, ninguna de las dos tenía hambre, sólo era un pretexto para permanecer juntas.

En el mismo lugar se encontraban dos muchachos que, la noche anterior, habían estado en casa de la francesa. Las saludaron entre sonrisas y la mujer creyó percibir cierto aire malicioso en sus miradas.

(Ideas más).

Al otro lado del mar, el habitual ritmo de todas las noches. La empleada pone la mesa, calienta la comida, uno a uno llegan los ángeles de ese espacio, aletean alrededor de los platos ya dispuestos, (¿dónde está Sofía?). Llega el hombre hombre, extiende sus alas y cobija a los ángeles, éstos se resisten, se entabla una desigual batalla, pero si lo hago por tu bien, dice el hombre, ya no somos niños dicen ellos. Estoico, él dice unas palabras de disculpas. Todos lo quieren, es tan tierno, nunca un reproche, todo está bien, muy bien.

La feria tiene el clásico carácter estudiantil, por todos sitios los muchachos están agrupados, consultando algún libro o sólo pasándola bien.

Ellos no recuerdan o no quieren recordar nada que perturbe esos momentos de ocio y recreación. Sólo la chica y la mujer mayor caminan con cautela, muy cerca una de la otra con un inexplicable temor de ser atacadas. Mientras no se había producido la confianza, la joven parecía una más entre los estudiantes, pero ahora no, ahora es una mujer que ha compartido con otra sentimientos ocultos para los ojos y el juicio de los profanos. Un silencio respetuoso las envuelve en una actitud que acompaña.

(Mañana nos veremos, había dicho él, ¿sería éste el sitio al que se refería?).

La mujer mayor comenzó a buscarlo entre la multitud, necesitaba verlo, sí, ¿por qué habría de negarlo? Un acompasado golpeteo en el pecho le decía que estaba cerca. Deseo y miedo luchando dentro de ella.

Y sí, en sentido contrario, caminando muy despacio, venía aquel hombre que había vivido una historia increíble. Dos chicas jóvenes e inquietas le mostraban un libro, él contestaba con cortesía, mientras intentaba continuar su camino. El cruzarse era inevitable, la chica la tomó del brazo e hizo una leve presión en él. Las estudiantes se despidieron del profesor, quien les respondió con un gesto amistoso.

—Sabía que ustedes estarían por aquí —dijo con una sonrisa cada vez más cercana.

—¡Qué bueno encontrarlo, profesor!, ya casi es de noche..

—¡Oh no!, aún es temprano, ¡hola! —se dirigió a la mujer mayor, mientras estrechaba su mano.

—Estábamos paseando...

—La tarde está hermosa ¿verdad?

—Sí, muy hermosa, sólo debemos pasear y olvidarnos de todo. (No supo por qué dijo eso).

Él se situó a su lado y caminaron sin rumbo entre los anaqueles repletos de libros.

A veces se detenían y entonces **ella podía sentir su cercanía, su inconfundible olor por encima de sus hombros, como un brazo rodeándola.**

Tuvo el impulso de acercarse a él y decirle que sabía su historia, que le dolía su pena, que... no, no podía decirle eso. ¿Quién era ella para ingresar así en su vida? De seguro rechazaría su comprensión, mejor dicho no le importaría. El impulso fue disimulado y sus manos tocaron con suavidad la bufanda del hombre a la vez que hacía un comentario ligero sobre su procedencia. Él sintió un sobresalto y no pudo dejar de mirar las pequeñas manos de la mujer que ya huían presurosas.

—Les invito un café, hace un poco de frío. ¿Cómo va la presión?  
—dijo, y con esta simple frase estableció un vínculo secreto entre ellos.

La chica miró a la mujer, no sabía nada acerca de su presión, ¿cómo él lo sabía?

—Bien, bien, un café sí, si tiene tiempo.

—Tengo toda la tarde libre, vayamos por allá. Creo que les gustará, me han dicho que sirven el mejor café de la feria.

Se dirigieron a un pequeño salón de estilo rústico. En una mesa cercana, un joven de aspecto extranjero tomaba una cerveza.

Al ver a la chica se puso de pie y, resuelto, se dirigió a ella.

—¡Qué suerte encontrarte! Te estuve buscando en la mañana. Tengo algo para ti, —dijo, en un mascado castellano.

Buscó en su cartapacio un libro que enseñó a la chica.

—Pero sólo te lo daré si aceptas acompañarme unos minutos.

Con un gesto, un tanto altanero se dirigió a ellos.

—¿Me permiten unos momentos?

La chica se puso de pie y pidiendo disculpas se dirigió hacia la mesa del muchacho.

Quedaron solos, aún no traían el café y ella se entretuvo mirando las manos del hombre, eran grandes y fuertes, no las imaginaba deslizándose sobre la tiza sobre el pizarrón o indicando una tarea en algún libro. Más bien parecían las manos de un trabajador manual, **quizá un escultor o un ceramista**. Él pareció darse cuenta de la dirección de su mirada pues, con cierto nerviosismo, se arregló la bufanda que llevaba alrededor del cuello.

—Fuma ¿verdad?

Le alcanzó un cigarrillo.

—Sí.

—Y, bueno, al fin puedo preguntarle cómo se siente, temí ser indiscreto delante de su amiga.

—¡Oh! no, de ninguna manera, ella sabe que me sentí mal anoche. En realidad no sé lo que me pasó. Hice un papelón ¿verdad?

—Nada de eso. Hacía mucho tiempo que no veía a una mujer tan indefensa. Aquí las mujeres son diferentes, pero tú, perdón usted...

—Está bien, está bien, creo que podríamos hablarnos de tú, al fin y al cabo no soy tu alumna, me echaste ¿lo recuerdas?

—No hubiera querido hacerlo por nada del mundo. Créemelo. Pero la mayor parte del tiempo nos pasamos haciendo cosas que no queremos hacer, haciendo sólo lo que debemos hacer. Pero olvídate de eso, ¿qué importancia tiene? Seremos amigos de todas maneras.

Hablaba con una gran seguridad, como quien lee la mano y va diciendo lo que ve.

¿Cómo? ¿Por qué? No daba explicaciones. El tú se había incorporado entre ellos de manera natural, sin que ninguno de los dos demostrara la más leve reticencia. Un río manso se deslizaba entre sus palabras y las de ella sin perturbarlos, no había preguntas ni respuestas pendientes, sólo deseaban estar allí, apenas resguardados del frío de afuera, frente a sendas y humeantes tazas de café.

Ella no podía creer lo que estaba pasando, no quería pensarlo tampoco. Muchas veces sus pensamientos la llevaban por caminos contrarios al momento que estaba viviendo y, entre dudas y cuestionamientos, perdía los mejores instantes. Esto le había sucedido con mucha frecuencia, no dejaría que volviese a ocurrir.

(Sujétense pensamientos, no avancen ni retrocedan, quédense tranquilos, liberen mi mente, dejen que estos instantes sean sólo míos).

**¿Llegará hasta el fin la cuerda floja?**

**¿Rimaré la última estrofa?**

Algo fuera de su control ocurrió en ese instante. Los espíritus de la tarde acudieron benévolos a su llamado y de pronto, ella, la que no podía permanecer un instante sin tejer y destejer augurios y demás dilemas, quedó totalmente limpia de ellos. Un gran espacio se abrió en su interior, mullido, lleno de una luz indefinible. La reconocía, era aquella luz que siempre iluminaba sus sueños. Pero no estaba soñando. ¿O sí?

—Anoche no me llegaste a decir de dónde eres.

—No tuvimos tiempo, pero ahora lo tenemos y tendremos aún más. Te contaré. Mi padre era de la capital, había estudiado medicina y tenía un prestigio ganado, después de viajar por varios países se instaló en una hermosa ciudad de la sierra nuestra, allí conoció a la que sería mi madre, una mujer tradicional y bastante humilde. Yo nací allí. Bueno, a los diez años, fuimos a vivir a la capital, estudié en varios colegios y luego ingresé a la universidad. Cuando terminé obtuve una beca y vine aquí; al principio iba a ser sólo dos años, el tiempo para hacer una maestría, pero conseguí trabajo y me fui quedando, sin darme cuenta. He regresado a nuestro país en varias oportunidades, por ejemplo cuando murieron mis padres, después ya nadie me necesitaba por allá.

Por su edad, por la de él, dedujo que fue el mismo año en que ella se quedó con un pie en el avión y el otro en sus responsabilidades asumidas en forma tan obsesiva, quizá hubieran viajado en el mismo vuelo, quizá se hubiesen sentado cerca. Pero, claro, el avión partió sin ella.

Quería preguntarle por sus padres, su familia, sus amores, su vida entera, pero calló. Él la miró, quizá un poco extrañado por la ausencia de preguntas o quizá creyó que no le interesaba su vida.

—¿Quieres saber algo más? —preguntó sonriente.

—Millones de cosas —se escuchó diciendo y arrepintiéndose al segundo.

—¿Millones de cosas?, ¿cómo cuáles?

—Las que quieras contarme.

Él se apoyó contra el respaldar de la silla y miró hacia el cielo que se insinuaba por una de las ventanas. Su mirada se perdió entre alejados vericuetos, se hizo tierna, dura, alternativamente sus ojos oscurecían y aclaraban. Ella creía seguirlo por sus recuerdos, trataba de adivinar en qué momento se encontraba, pero los cambios eran tan súbitos que se perdía en el intento.

De pronto sus ojos regresaron hacia ella, sacudió un tanto la cabeza tratando de alejar algún recuerdo que, obsesivo, lo seguía, retrocedieron, se hicieron chiquitos y extendiendo la mano, dijo:

—Mira, comenzó a llover de nuevo. Me gusta mucho la lluvia, desde que vivía allá, en nuestro país. Lo que más recuerdo es la lluvia en mi pueblo. La gente guareciéndose debajo de sus ponchos y yo, niño aún, jugueteando en los charcos que se formaban en los desniveles de las calles. El ruido de la lluvia sobre los techos de tejas, el olor que dejaba en las calles al irse y esa humedad que se metía dentro de uno. ¡Ah, cómo la recuerdo! Y a ti, **¿te gusta la lluvia?**

Ella sintió un poco de vergüenza al responder que sí, porque podría ser que fuera no, y que por quedar bien dijese lo contrario, pero es que era verdad, su lluvia, su entrañable lluvia que invocaba y añoraba allá en la capital donde ella había nacido, donde se hacía esperar tanto y cuando llegaba era tan pasajera, lluvia de sierra le decían cuando eran gruesas gotas, casi chaparrones pero de corta duración. En cambio la lluvia propia de la capital era una especie de garúa, finísima, sólo **un apacible llanto**, sin estruendo, una larga tristeza que humedecía los ojos, mientras todo iba adquiriendo una apariencia nocturnal.

—Sí —repitió, con énfasis—, no sabes cómo la amo.

—Yo sé que es así. Eres una mujer lluviosa.

Pero, ¿quién era este hombre que parecía conocerla y con el que sólo había compartido unos cuantos momentos de tertulia? Sus preguntas no lo eran, más bien eran afirmaciones que dejaban muy poco qué explicar.

**Suavemente había inquirido algo sobre la vida de ella, algo muy ligero como quien entra a hurtadillas en un recinto oscuro y toma todas las precauciones para no tropezar.**

No había presiones, sonreía sin esforzarse y ella le correspondía de igual forma, a la manera que hacen los niños cuando comparten un secreto o intentan una travesura.

¡Cuántos años que no experimentaba una sensación tan plácida, tan confiada y libre!

La tarde ya declinaba y descendía silenciosa sobre ellos. Ella creía escuchar hasta la respiración del hombre, sentir su olor a heno y a madera con una intensidad apremiante que llenaba todo el pequeño salón. Tomaron el café, él comentó algo acerca del buen café de nuestra tierra. La lluvia, allá afuera, continuaba redonda y abundante. Los pocos estudiantes que aún paseaban comenzaron a dispersarse. Él con un gesto amistoso colocó su mano sobre la de ella que, empuñada, se dejó cobijar en ese cuenco húmedo que apenas rozó su piel.

—Creo que debemos regresar, de seguro que la lluvia va a arreciar aún más.

—¿Y mi amiga?

—¿Cuál amiga?

Era cierto, la chica no estaba, ¿en qué momento se había ido?

—Se repite la historia de anoche ¿verdad? No sabes la cara de niña extraviada que tenías. ¡Ah! Me hiciste recordar tantas cosas.

—Niña extraviada durante una larga vida y que no supo encontrarse.



—Es mejor que no te encuentres, sigue siendo así.

Dejó unas monedas en la mesa, la tomó con suavidad del brazo y salieron.

Ella levantó la cara hacia el cielo y dejó que la lluvia resbalase por su rostro, en completa libertad.

Sus sensaciones se exacerbaron, cada milímetro de su piel quedó atrapado en esa fresca caricia que descendía sin miramientos sobre su cuerpo.

La lluvia es misteriosa, está llena de magia y sorpresas, pensó por centésima vez.

La humedad brillantaba la calzada y la lluvia parecía dotarla de movimiento, dunas oscuras y brillantes recogían sus pasos nerviosos.

De manera natural, tan natural que no admitía réplicas, él la tomó de la mano y, tendremos que correr, dijo. Cruzaron la calle buscando los aleros de algunas casas.

—Y ahora, ¿te gusta igual la lluvia? —murmuró, mientras la miraba entre conmovido y alegre.

—Creo que ahora más, mucho más —agregó ella, en medio de la respiración entrecortada por la carrera.

Se detuvieron bajo el toldo de una tienda; una inmensa laxitud la cogió por los hombros y de nuevo la caída, la sensación de vacío en el centro del pecho y en el estómago, el vértigo del descenso, la emoción del peligro, el miedo y el deseo operando dentro de ella, fuerzas antagónicas y complementarias pugnando por imponerse.

Pero no, ahora era diferente, ahora había algo más, una mirada cuidadosa, recibéndola.

Siguieron la carrera y de pronto la mujer, en un súbito impulso, se detuvo y cogiéndole la otra mano, mira, le dijo, los charcos de tu pueblo, y sin importarle lo infantil de su actitud, lo obligó a chapotear

sobre un hoyo en el que se había detenido la lluvia. Él se dejó llevar en ese juego repentino y placentero. Retrocedieron muchos años y rieron con un gozo casi olvidado que ahora invadía sus vidas sin ningún permiso.

El hospedaje de la mujer mayor no quedaba muy lejos y pronto, demasiado pronto, se hallaron frente a la casa.

Ella buscó las llaves en uno de los bolsillos de su abrigo y con mano temblorosa abrió la puerta principal. A pocos pasos, la mujer delgada y triste que hacía las veces de portera, les salió al encuentro.

—Pero miren cómo vienen, están empapados, necesitarán abrigarse bien para no coger un resfriado —dijo.

Ellos se miraron, la miraron con ternura.

—Sí —sonrió él—, la lluvia ha llegado de improviso.

—Gracias, señora, gracias.

La mujer los miró con inocente preocupación.

—Si necesitan algo, me avisan —alcanzaron a escuchar, mientras subían la escalera.

*¿Dónde estarás en estos momentos, princesa? Seguro que metiéndote en algún problema, porque si estuvieras divirtiéndote... pero no, ni siquiera sabes hacerlo, toda tu vida la viviste así, qué manía la que tienes de exagerar y por lo mismo, gozar o sufrir por cosas sin importancia. Allá tú y tus enredos, lo que es conmigo no cuentes, estoy harto de compartir tus angustias, desproporcionadas para cualquier persona normal.*

*Sin embargo, no puedo dejar de pensar en tí y en tu vida que complicas sin motivos.*

*Y siempre fue así, no sé por qué me extraño.*

*Por ejemplo, nunca olvidaré que cuando tenías 17 años e ingresaste a la universidad, creíste enamorarte por primera vez.*

*Él era un muchacho alto y alegre, significó la novedad, el primer roce de la mano de un hombre.*

*Por esos días fuiste al cine a ver La Princesa que quería vivir, aquella con Audrey Hepburn y Gregory Peck, una princesa nada menos... Pero, claro, al poco tiempo miraste a tu pareja y comprobaste con mucha tristeza que en nada se parecía al galán de la película. Te vi llorar, traté de consolarte, te decía, sólo tienes 17 años, pero nada. Tu sueño se vino abajo, lo único que deseabas era morirte, así sin dar explicaciones, como deben morir las princesas.*

*Lo que pasaba era que tú perseguías ideales, una extraña mezcla de ángeles y demonios, ¡ah!, porque a veces me decías, con toda seriedad, que el paraíso y el infierno estaban más cerca de lo que yo creía, ¿recuerdas? Yo, por supuesto, no entendía de qué me hablabas. Si pudiese enamorarme no me haría problemas, una mujer que sepa ser una mujer en cualquier terreno y punto, una buena ama de casa que me espere todas las tardes con el ánimo bien dispuesto. Nada más.*

*Pero tú, ¡bah! Nunca te hubiese elegido por pareja.*

*Por esas fechas conociste a otro muchacho, más bien tímido y reservado. ¿Te das cuenta? El opuesto del primero. Perteneía al Frente Estudiantil Revolucionario de la universidad y congregaba a una gran cantidad de compañeros a su alrededor cuando hablaba de la lucha revolucionaria y la reivindicación de los derechos de los trabajadores. Quedaste fascinada, prendada de sus ojos, sus palabras, sus manos que enérgicas se movían y levantaban con el puño cerrado. Por supuesto, te enamoraste como una demente y te convertiste en su sombra.*

*Al principio, él no demostraba nada especial hacia ti, compartían lecturas en la biblioteca, te hablaba de lo que significaba la lucha del proletariado, de las grandes hazañas*

*libradas por los defensores del pueblo. Tú, en un trance de amor y justicia, leías y leías, lo mirabas y admirabas en su imperturbable seriedad y en sus nobles propósitos libertarios, de seguro ya te veías convertida en la heroína de una gran gesta revolucionaria.*

*Más tarde, cuando tu vida ya había tomado otros rumbos, pasarían la película Reds y tú recordarías este romance, y ya que el tiempo no tenía ninguna importancia en tu calenturienta imaginación, en 120 minutos te convertiste en la protagonista, hasta te vestías parecido a ella, claro con la minúscula diferencia que llevabas un niño en brazos y que tu esposo nada tenía que ver con Warren Beatty.*

#### *Colapso en la familia.*

*Volviendo a la época de tu delirio revolucionario, te jurabas estar dispuesta a atravesar todo el país, de norte a sur y de este a oeste movilizándolo a los trabajadores, predicando sus derechos, luchando junto con ellos y entregando la vida si fuese necesario, pero tú querías algo más, y el revolucionario, el amado luchador de las justas causas no parecía tener tiempo para eso, no, más bien “el amor es un estorbo cuando se trata de entregar hasta la vida por la revolución”, decía. Sin embargo, terca en tus 18 ó 19 años, jurabas hacerlo cambiar.*

*Claro que yo te hice ver tu error, no puedes pretender un idílico amor sazonado con lánguidas miradas y trinar de pájaros y a la vez dar tumbos por ahí, tratando de arreglar el caos de tu país. Pero nada, tu corazón y tu cerebro no armonizaban en lo más mínimo.*

*Un día, de improviso, el revolucionario, marcialmente, a la manera que se imparte una orden o se inicia una sesión política, te dijo que eras la compañera que había estado buscando largo tiempo, que juntos lucharemos, te presentaré a varios dirigentes,*

*las sesiones son los miércoles a las seis, espero que tomes esto con toda la seriedad del caso.*

*Tú comprendías muy bien eso, lo que no comprendías era por qué el amor no podía estar allí presente. Con cautela fuiste cavando una fosa entre los dos, allí cabrían los sueños de ambos que, por más esfuerzos que hacías no encajaban, sus registros eran diferentes, sólo eso. En pocos meses enterraste lo que quedaba de aquel hechizo, lo cubriste con bellos recuerdos, elevados propósitos y le dijiste adiós.*

*Ésas son debilidades que no me puedo permitir —dijo él.*

*Tú secaste tus lágrimas y caminaste en sentido contrario.*

*Él no te detuvo.*

*Uno tras otro los inocentes romances que viviste y que atribuías a la magia del amor se fueron desvaneciendo, mejor dicho yo creo que nunca existieron o por lo menos eran amores pasajeros, deleznable, tan frágiles que ninguno de ellos podía ser El Amor que tú anhelas. Y así fuiste pasando de ilusión en ilusión, buscando esa luz que intuías debían expandir los grandes amores. Lo que no te dabas cuenta era que habías perseguido luces de amores ajenos, que ninguna era tu propia luz, simplemente no encontrabas el interruptor apropiado.*

*Conociste entonces al padre de tus hijos.*

*Formal, parco, boda, parientes, vestidito blanco, Danubio Azul, pastel, abrazos, luna de miel y cuanto detalle se estilaba por esas épocas. Un amor sereno, pensáste. Claro, ésta era una partecita de tu sueño, pero no todo el sueño completo.*

*¿Cuál era tu sueño, princesa?*

*Te recuerdo preparando tu maleta para el viaje. Sí, esto debe ser el amor, dijiste, me dijiste, pegando tu rostro al espejo y dejándolo deslizarse sobre él.*

*A veces hasta a mí me confundías, no te cansabas de aprender, de hurgar en los mínimos rincones de tu sensibilidad, de exponerte a miles de situaciones, a cuál más insólita y de las que salías con la misma expresión con la que habías entrado. Sí, porque esto es algo que nunca pude comprender, nada parecía alterarte. ¿Llorabas? No lo sé. Sólo estabas allí, atenta a cuanto se produjese en tu entorno, multiplicándote y mostrando hacia el mundo, sólo aquello que querías mostrar.*

*Cuando se acabó el espectáculo y el qué bonita estás y qué guapo es el novio, la boda ha estado preciosa y otras zalamerías que nadie deja de repetir en estas ocasiones, te miraste en el espejo, te deshiciste el peinado, te quitaste el maquillaje y te pusiste el vestido de la mejor esposa del mundo. Rotundamente enfermiza, te calificaría yo.*

*Vinieron entonces los hijos. ¡Demonios! Aquí la cosa cobró dimensiones inimaginables, te olvidabas del día y de la noche, confundías las fechas, los nombres, te perdías por las calles, el mundo entero se detuvo para presenciar ese amor tan hondo, tan alegre, tan triste, tan hermoso, tan cruel. Era más de lo que podías resistir, entonces te enfermabas, pero aun así, seguías alimentando ese sentimiento, unas veces posesivo, otras suplicante, otras agresivo. Por supuesto tus hijos nunca supieron a qué atenerse, tenían varias madres en una.*

*Ya no tenías tiempo para ir al cine, entonces en las tardes te sentabas con ellos frente al televisor y veían La Familia Ingalls, la idílica familia de la casita en la pradera; aprendiste entonces a hacer pan y a coser en un burdo remedo de Carolyn, a la cual, por supuesto, no te parecías en nada; a veces me daba risa y otras tristeza el ver tus esfuerzos por ser la protagonista de una hermosa historia. ¿Por qué no fabricabas la tuya propia?*

*Bueno, por lo menos yo lo hubiera hecho.*

*No me canso de preguntarme por qué serán así las mujeres, tú en particular.*

*Obsesiva, delirante te sentías la única mujer en el mundo que tenía hijos y que los amabas más que ninguna otra madre. Construías historias alrededor de ellos, fantaseabas, pretendías armar un rompecabezas de un millón de piezas, en una habitación a oscuras.*

*Claro, es que no podías admitir ser una mujer más, no, tú eras diferente y todo tenía que ser diferente. Bueno, nunca supe si lo eras, a mí no me lo parece, al fin de cuentas todas las mujeres son iguales.*

*Muy pronto te convenciste de lo estéril de tu lucha y te fuiste hundiendo en la trampa que tú misma habías preparado; endureciste tu caparazón, las contradicciones hicieron de las tuyas en tu vida, por momentos eras una mujer tierna y complaciente y otras, agresiva y violenta; el estado del tiempo influía en descomunales proporciones en tu ánimo, el sol te irritaba, la lluvia te calmaba, te alterabas ante los ruidos y los colores estridentes, te aburrías con la gente saludable y alegre, te deleitabas con largas conversaciones con melancólicos tristonos, buscabas la soledad y el silencio y era en esos momentos cuando yo aprovechaba para dialogar contigo ¿te acuerdas?*

*A pesar de todo me divertías, ¡salías con cada cosa, a cuál más descabellada! Creo que fue en esa época cuando nuestra amistad se hizo más fuerte. ¿Verdad princesa?*

*Pero, y ¿el gran amor que buscabas? ¿Y la gran historia que querías vivir?*

*Cuando se es joven, es el cuerpo el que ordena, me decías en esos eternos diálogos que sosteníamos. El amor se escribe con minúsculas, es un juego de los sentidos, viene de afuera e impacta sólo en la piel sin comprometer las vísceras. Las*

*sensaciones son efímeras aunque en su momento parezcan intensas, pero no, ahora lo sé, no dejan huellas, son fuegos artificiales de indudable belleza pero que se desvanecen en el aire y no dejan rastro de su paso. Por lo menos eso fue lo que me pasó a mí. Tampoco es justo que generalice (a veces te dabas cuenta de tus exageraciones), quizá habrá de los otros, quizá habrá grandes amores juveniles.*

*Creo que igual que ocurre con la adolescencia, continuabas, existe otro tiempo sin nombre entre la edad adulta y la vejez, es un tránsito que quizá ocupa algo más de tiempo que la adolescencia. ¿De dónde proviene entonces esa claroscuro edad? ¿Sale por los ojos, vía miradas, por la piel, vía olores, por la boca, vía palabras?*

*¡Ah, mi pobre princesa! ¿Hasta cuándo seguirías tratando de componer al mundo?*

*Un día te paraste frente al espejo y observaste sobresaltada que tu piel ya no era tan tersa, que tus cabellos no ostentaban la abundancia ni la brillantez de otros tiempos. Entablaste entonces una lucha a muerte contra esa imagen fraccionada en la que no te reconocías y que más bien parecía burlarse de ti.*

*Pero, te pregunté muchas veces, ¿qué es lo que esperas?, ¿qué es lo que espera una mujer que ha dejado atrás varias decenas de años, en los que perdió la risa y hasta el propio deseo se acurrucó maltrecho e incomprendido en el más escondido rincón de su cuerpo?*

*(Te darás cuenta de que cuando quiero puedo hablar con compostura, ¿no?)*

*Además existe en ti algo que no he podido descubrir. No, allí has colocado un gran cartel: prohibido el paso (yo diría más bien: cuidado, el perro muerde). Sé que hay algo que te impide reír pero, ¿qué es?*



*Yo nunca me he cuestionado así la existencia, será porque soy hombre y a nosotros, unos años más o unos años menos, no nos hacen mella, y en cuanto a la felicidad, que cada cual la encuentre a su modo, al fin y al cabo es sólo asunto de sacar partido a las situaciones que se presenten y no estar buscando dilemas por quítame estas pajas.*

*¡Y esa manía que tienes por defender causas ajenas y, muchas veces, perdidas!*

*Que mataron a gente inocente, que los niños se están muriendo de hambre, que esos malditos cómo arrasan con las pobres viviendas de los que no pueden defenderse. No entiendes que cada uno tiene lo que merece. ¿Por qué demonios tanta gente se va a la capital, en lugar de quedarse a cultivar sus chacras y a cuidar sus animales? Allí podrían vivir muy bien y dejarse de estar invadiendo lugares que no les corresponden, que se queden en sus pueblos, con sus cabras y sus carneros y se dejen de estar molestando a la gente, será por algo que les tocó nacer allí.*

*Ésta es una de las cosas que más te exaltan y entonces yo aprovecho y te provocho porque a mí me gusta verte reaccionar, vital y combativa.*

*Estúpidos, dices, y arremetes contra todos aquellos que estén a tu lado que, por supuesto, son juiciosos y no se dejan impresionar por esos aprovechados.*

*Además, ¿qué sacas con oponerte? ¿Es que puedes hacer algo en un país donde la mayor parte de personas dice un hágase tu voluntad a la autoridad, al poder o a quien mierda lo represente? Pero claro, siempre tienes que estar dando la contra.*

*Yo me divierto cuando esto sucede.*

*Sólo me asusté una noche en que pareciste volverte loca, pues luego de arrojar un florero contra el televisor (que*

*transmitía un desalajo normal y corriente de gente viva que dice no tiene dónde vivir, pero que estoy seguro, es propietaria de grandes casas y negocios) y hacerlo trizas, comenzaste a llorar sin ningún control y hubo que llevarte al hospital.*

*—Un ataque de histeria —dijo el médico—, ¿llora con frecuencia?*

*—Cada tres años —respondió el marido.*

*—¡Ah! Entonces es algo que comió y le cayó mal.*

*¿Se habrá dado cuenta el profesor de la clase de mujer que tiene a su lado, tiritando de frío y que busca a tientas la cerradura de su habitación y el interruptor de la luz?*

*(Pido una nueva tregua a mis pensamientos, la necesito con urgencia).*

Un hombre y una mujer, empapados por la lluvia, cruzan el umbral de la habitación buscando un refugio para el frío, ese frío que a ambos se les nota en la delicada torpeza de sus gestos. Ella ha prendido la luz y él se ha quedado de pie junto a la puerta.

Cada quien ayuda al otro a quitarse el abrigo. Todo es tan irreal, tan fuera del tiempo, que más parecen las escenas de un sueño. Ella ha buscado dos colgadores en el armario, él la ayuda y colocan en ellos los abrigos, luego se dirigen al baño y los cuelgan en el brazo de la ducha

Regresan a la habitación y ella busca algo, nuevamente en el armario, lo encuentra; son dos batas de baño blancas.

No podría decirse cuál de los dos está más confuso. Ella le alisa el cuello de la bata en una actitud íntima y un tanto avergonzada. Él le sujeta las manos a la altura de su cuello y luego besa sus palmas

que, húmedas, se humedecen aún más con el roce de su barba lluviosa. Un largo escalofrío recorre cada centímetro de su cuerpo, el impulso de ella es quedarse allí, atrapar entre sus manos esa mirada, esa humedad, pero no, se aleja unos pasos en dirección a la ventana, abre las cortinas, apoya su frente sobre el vidrio transpirado.

Él avanza hacia ella y roza sus cabellos.

Ella ha girado despacio hasta estar frente a él. En un gesto sincronizado al milímetro, ambos se funden en un abrazo lento, tan lento que el tiempo se estira atrapado entre sus cuerpos.

Se separan, se miran, ella va a decir algo pero él se lo impide poniéndole la mano sobre los labios. Ella obedece, cede y opta por sonreír, con cierta candidez.

—Te prepararé un café bien caliente y para mí un vaso de leche.

—Eres increíble —balbucea él.

Ambos se sientan en el sofá que mira a la ventana; tras de ella, el jardín descuidado y triste se humedece cada vez más hasta borrar las siluetas de los árboles, de las bancas, de las últimas aves que buscan un rincón en la penumbra. A lo lejos, una mujer entona una canción triste, la voz penetra en la habitación y los envuelve en su melodía, ella siente que la canción brota de su garganta, pero no, ella está en silencio.

No se miran, sólo sienten la cercanía de sus cuerpos adultos. Él la atrae hacia sí pasando un brazo sobre sus hombros, ella se acurruca y aspira con deleite el olor dejado por la lluvia en el cuerpo de aquel hombre. No piensa, sólo siente estar cayendo en un espacio que la invita sin presiones, que la acoge sin palabras y que no da ni pide explicaciones.

Afuera las sombras han cubierto en su totalidad el parque; en la habitación, en penumbras, un hombre y una mujer permanecen

refugiados uno al lado del otro, atrapados en el espasmo sorprendido que se detiene en el umbral del deseo, sabiendo que allí, muy cerca, está aquello que tantas veces se inventó y no se pudo asir, aquello que quizá es sólo un sueño y que podría quebrarse al intentar tocarlo.

Es el mediodía del día siguiente. La mujer no ha salido de su habitación, ahora intenta leer un libro sentada frente al jardín. Permanece serena mientras fuma un cigarrillo. De rato en rato desvía la mirada del libro y la dirige a las volutas de humo que, en un suave espiral, ascienden hasta el cielo raso, diluyéndose en su mínimo trayecto.

Sólo ha tomado una taza de café y se ha refugiado en sus pensamientos que tratan de ser coherentes, sin conseguirlo.

¿Qué hago aquí?, se pregunta incansable.

Unos toques ligeros a la puerta la vuelven a la realidad. Abre y se encuentra con la mujer delgada y triste.

—Señora, tiene una llamada, dicen que es urgente.

El corazón se acelera dentro de su pecho. Busca las llaves y sale corriendo.

—Gracias —le dice, mientras coloca una mano sobre el hombro de la casera.

Una voz extraña le habla en francés, apenas le entiende, le dice de una chica, un accidente, el nombre de un hospital, todo confuso. Cuando cuelga, la mujer delgada está a su lado y la mira con ternura. Indaga por el hospital, la otra le da las señas, no entiende nada. Decide cambiarse y salir a buscar la dirección. Apenas ha ingresado a su habitación cuando vuelven a tocar a la puerta.

—Señora, otra llamada —le dice la portera.

—Gracias —y en un gesto impulsivo la abraza.

Quien llama ahora es una voz conocida.

—Lo siento —le dice el profesor—, anoche nuestra amiga ha sufrido un accidente, me imagino que deseas ir a verla, si quieres paso por ti, el hospital está un poco lejos y no creo que des con él.

—Gracias, sí, sí, ven, por favor.

A los pocos segundos, la mujer baja las escaleras.

Lo esperará en la puerta. Llegan juntos a ella.

Él trata de ocultar su preocupación.

—Cálmate, por favor, no ha de ser nada grave —le susurra mientras besa su mejilla y la rodea con su abrazo.

Él está con un auto a la puerta, suben y parten a toda prisa. Las palabras sobran, apenas le cuenta lo que sabe.

—Anoche nuestra amiga estuvo paseando con el joven aquel con quien salió del café; él había bebido unas cervezas, no sé, el caso es que tuvieron un accidente, los dos están en el mismo hospital.

—Y, ¿cómo está ella?

—Ten confianza, se recuperará.

El camino es largo y apenas cruzan unas cuantas palabras; él ha deslizado su mano sobre la de ella repetidas veces. Ella juega con los recuerdos, otras manos, las de sus padres, las del esposo, las de sus hijos, manos y manos intentando acoplarse a las suyas. Pero la mayor parte de las veces eran sus manos las que protegían, las que sostenían. Se mira las manos, las nota frágiles, ¿cómo hizo para que en ellas hubiese refugio para tantas otras? Pero ahora, por primera vez, siente que estas manos no piden nada, sólo detienen las suyas en su nerviosismo, en su afán de solucionar conflictos.

Al fin llegan.

Es un hospital en las afueras de la ciudad.

Al ingresar, un flash potentísimo proveniente del blanco de las paredes, de los uniformes de los médicos y las enfermeras, la enceguece.

Ingresan apresurados y piden el número del cuarto en el que está la chica.

(Este hospital yo lo conozco estoy en una camilla los pasillos son largos los médicos y enfermeras corren de un lugar para otro y el blanco cómo duelen los ojos pero no no es el mismo ésta es otra historia porque yo yo estoy caminando y este hombre a mi costado a quién buscamos no puedo hablar quiero gritar pero no puedo).

### **Es el momento, Cymbaline Te lo ruego, despiértame...**

Han dado orden de dejarlos pasar y lo hacen sin dificultades. Allí está la chica postrada en la cama, una pierna enyesada, varios tubos en la nariz y en la boca, en el brazo izquierdo le han colocado suero. La enfermera les dice que se acerquen y le hablen.

—Querida, soy yo.

La chica abre los ojos e intenta una sonrisa. La enfermera le acerca una tabla con un papel y un lapicero.

—Mira lo que me ha pasado —escribe con letra irregular—, pero creo que no me voy a morir ¿no?

—Tontita, no digas eso ni jugando.

La vuelve a besar.

El profesor se ha acercado por el otro lado y le acaricia la mano.

—Aquí estamos, para acompañarte y luego llevarte a casa. Saldrás pronto de esto, ya lo verás.

A la chica se le nota cansada y anhelante, busca algo en los ojos de ellos. El hombre y la mujer entienden ese ruego y le devuelven la mirada, se acercan mucho a ella, la cobijan.

La chica cierra los ojos y se queda dormida.

Han pasado toda la tarde a su lado, apenas si él ha salido para traer café, no tengo hambre, le ha dicho ella.

Han averiguado sobre el estado de la chica.

—Pudo ser peor, se recuperará, por ahora tendrá que permanecer en el hospital unos días, luego la podrán llevar a casa. ¿Son ustedes sus padres? —pregunta un médico joven que está de guardia.

Claro, los tres tienen el mismo tipo latino; los dos se miran, sí, podría ser nuestra hija, pero no, no lo es, responden.

La mía está muy lejos, al otro lado del mar, piensa la mujer; y la mía partió para no volver, piensa él.

A ambos les conmueve el estado de la chica, pero es a él a quien se le ha ensombrecido la expresión, los recuerdos se agolpan en su mente, ve a su única hija tendida en una cama, partiendo sin haberse despedido, un manojo de años que se cansó de vivir y, sin hacer ruido, emprendió el viaje a la eternidad.

La mujer mayor, que sólo conoce un retazo de su historia, intuye lo que está sintiendo, se acerca donde él y sin pudor, ese pudor sin sentido que fue su dueño durante tantos años, lo abraza y en ese momento siente que ellos son los padres de la chica.

El joven que guiaba el auto está muy mal, se ha roto varias costillas, tiene múltiples contusiones, el brazo izquierdo hecho astillas y un ojo en observación y que tendrá que ser intervenido porque corre el peligro de perderlo, les ha explicado el médico.

Ambos lamentan lo que le pasa al muchacho, pero no se puede comparar con lo que sienten por la chica; ella con su gracia, su juventud y esa su manera de ser, entre juguetona y reflexiva a la vez, les ha

conquistado el corazón. Además, de alguna forma es por ella que se han conocido, es casi una cómplice ¿de qué?

Cuando intentan responderse algunas preguntas, un temor agazapado se apodera de ellos, ambos lo han sentido pero no quieren enfrentarlo. Sólo vivir el día a la manera en que lo viven los jóvenes, despreocupándose del mañana y sus inminentes amenazas.

La mujer mayor se ha quedado toda la noche cuidándola, él se ha retirado a descansar un rato pues debe ir, al siguiente día muy temprano a la universidad para pedir una licencia y recoger unos trabajos de los alumnos. Al otro día regresa trayendo un refrigerio para la mujer, a la chica le han quitado los tubos, aunque le han dicho que hable con moderación.

—No sé si deba comunicarle esto a mis padres, me atrasaré en algún curso.

—¿Para qué vas a preocuparlos? Dentro de pocos días estarás restablecida. A lo lejos, las noticias cobran otras dimensiones, ¡sí no lo sabré yo!

La chica asiente.

El profesor observa la escena y un recuerdo oscuro lo atrapa.

Ahora son las 4 de la tarde, la chica dormita; el hombre y la mujer mayores, sentados en sillas contiguas, conversan muy quedo en un susurro que sólo ellos entienden.

De pronto bulliciosos y despreocupados un grupo de compañeros de la chica irrumpen en la habitación. Diez segundos antes, la mujer ha percibido un fuerte perfume acercándose, una pantera en celo paseando la certeza de su belleza. La respiración se le acelera, él le coge una mano con firmeza. Así los encuentran los jóvenes y así los encuentra la francesa, destacando entre todos con su alta estatura y su penetrante perfume. La mujer se serena, el hombre permanece inmutable.



Los muchachos sólo han dicho un hola apresurado, luego se dirigen a la chica que, ante el ruido, ha abierto los ojos.

Todos le dicen algo.

Palabras de consuelo, alusiones irónicas aunque bien intencionadas, la chica les contesta con cierta dificultad y una mezcla de alegría por tenerlos allí y de tristeza por lo que le ha pasado.

Esto me ha sucedido por confiada, que les sirva de experiencia, aunque sea ajena, les ha dicho a las chicas.

El profesor y la mujer mayor se han puesto de pie, pero él no le ha soltado la mano, así se acercan un tanto a la cama. Unos ojos inmensos, llenos de asombro y de furia iluminan de un intenso color azul, la habitación. Todo ha desaparecido, sólo están ellos y esa mirada y ese perfume arremetiéndolo contra todo.

Las preguntas se entrecruzan, pero la de la mujer francesa viene directa a ellos, cuándo fue, cómo fue, por qué no me avisaron.

—¿Para qué? Ella estaba con nosotros, —ha dicho con toda serenidad el profesor.

—¿Con nosotros? ¿Son muy amigos los tres?

—Sí —responde—, somos muy amigos.

Luego se inclina hacia la chica y, vamos a tomar un café, ya volvemos, te dejamos bien acompañada.

¿Qué habrá pasado cuando salieron? ¿Cómo habrá reaccionado la francesa? ¿Qué pasará luego?

Los pensamientos van y vienen buscando una salida pero al instante se aquietan cuando se miran, él le pasa un brazo por los hombros y la encamina al café del hospital, aunque pensándolo bien, mejor salgamos a respirar un poco de aire, debes de estar muy cansada, le dice.

No hacen ninguna alusión a la presencia y a las preguntas de la francesa, pero ambos saben de su ira contenida a duras penas, de la arrogancia que se desbordaba de su piel ante la sorpresa de haberlos encontrado juntos.

Ella va a decir algo, pero él le hace un gesto cariñoso sobre los labios impidiéndole hablar.

—Déjalo así, luego, en algún momento, yo te contaré algo y entonces comprenderás.

(Claro que te comprendo, es más, ya lo sé todo, pero quiero que tú me lo digas, necesito tus palabras, por favor, amor, repiquetean sus pensamientos).

Hablan de la chica, de cómo pudo sucederle esto, de qué haremos con ella, cómo la cuidaremos.

—No te preocupes por nada, yo la cuidaré, las cuidaré a ambas.

Otra vez el cobijo, la protección, ¿por qué habrías de cuidarme? Tiene ganas de preguntar, pero no lo hace, teme destruir esto hermoso que está viviendo y entonces, calla.

En el silencio en que muchas veces se sumen, aparecen esos códigos secretos con los que se comunican, y que deben haber sido aprendidos en un tiempo que viene desde muy lejos. Un tiempo que escapa a toda realidad, sin embargo ella sabe que no son imaginaciones suyas, ésas que allá, al otro lado del mar, la asaltaban con frecuencia y la convertían en el centro de la burla de su familia. Esto es real, tan real que puede tocarlo y sentir ese olor profundo que se escapa por los recovecos de la barba del hombre.

**A veces ella teme estar inventando esta historia**, entonces se acerca lo más posible a él y aspira su aroma.

En los sueños no se reconocen los aromas, piensa convencida de ello.

Es una sensación inédita para ella y quiere grabarla bien en el fondo de su ser, donde nadie pueda llegar a maltratarla, donde nadie, sólo ella, llegue con el asombro intacto. No importa cuánto dure.

El hombre siente aún las huellas del dolor inexpresable que lo llevó por el camino de la desesperación. Él creyó haber llegado al límite, había renegado de su existencia, se consideraba un error de Dios para, finalmente, casi llegar a la conclusión de que Dios era el error y que el hombre estaba ferozmente solo, enjaulado entre los miles de errores de su presunto creador, aquél que no podía o no quería controlar su imperfecta hechura.

Fueron años lentos y abrumadores en los que se había convertido en un simple espectador de la vida, por eso pensaba que este país no era bueno para él y añoraba cada vez más el suyo, cargado de simplezas y limitaciones.

¿Fue esto lo que lo impulsó a acercarse a aquella mujer, compatriota suya, con esa mirada incierta que parecía deslizarse sobre las personas y objetos, detenerse, tornarse aguda, para luego ausentarse y huir por Dios sabe qué caminos?

Porque la verdad, él tampoco sabía gran cosa de ella, sólo pinceladas que no le permitían ver el cuadro concluido.

Él había conocido muchas mujeres de diversos países, estudiantes o turistas, mujeres hermosas, inteligentes, seductoras, pero en ninguna había encontrado esa extraña mezcla de infantil ternura, conjugándose con instantes de serena reflexión y una inexplicable actitud que parecía evadirla y a la vez fundirla, con la vida y sus avatares.

Él reconocía sus frecuentes deslumbramientos ante bellas mujeres que habían trastocado su vida, pero no, ahora no se trataba de algo así y esta certeza lo inquietaba aún más. Trataba de comprender de dónde procedía este confuso sentimiento hacia la mujer que tiene a su lado, hebras finísimas de un tejido que parecían romperse ante la más leve presión.

Cuando vuelven a la habitación, ya se han ido los amigos. La chica está animada y les dice algunas palabras intrascendentes, y que por qué no se van a descansar, que han estado todo el día, que ella estará bien, que los quiere, a la vez que besa a ambos en las mejillas.

Él alterna su tiempo entre la universidad y el hospital. Ella pasa largas horas junto a la chica.

Mientras ésta duerme, lee o aprovecha en escribir, que una carta, que algo que la sobresaltó, todo lo va dejando impreso, con letra temblorosa en el cuaderno que con frecuencia lleva consigo.

Él pasa a recogerla cada tarde, toman café, fuman, caminan, pero aún permanecen indescifrables sus vidas, sus quiénes somos, sus qué estamos haciendo.

Son dos personas que han tomado un tren sin saber cuál es el destino final. Saben que su encuentro no fue fortuito, fueron muchos elementos engrazándose, la exacta coincidencia, el engranaje perfecto. Ambos temen al momento que al fin de cuentas llegará, al instante aquel en que cada uno despertando en diferentes lugares, creerán al otro parte de un sueño. Él por su cuenta, retrocede años y la ve a ella esperándolo juguetona en la universidad; ella, escucha CORTEN y cambiándose de ropa, sale del *set* y se dirige a su casa vieja, la de los innumerables recuerdos.

La joven accidentada se va recuperando, sólo la pierna ha de permanecer enyesada por unas semanas, las otras heridas y contusiones son superficiales y no hay problemas mayores. Ahora deberá irse a casa y permanecer en absoluto reposo durante un par de días, luego aprenderá a usar las multeras.

—A casa —dice la chica—, ¿a cuál?

—A la mía —responde con rapidez la mujer mayor—, yo dormiré en el sofá y tú en mi cama.

—Pero, ¿por qué han de estar tan incómodas? Mi casa está vacía, allí pueden quedarse todo el tiempo que quieran.

—¿Dónde queda tu casa?

—En las afueras, para la otra dirección. Yo las llevaré, pero primero deberemos pasar por la residencia universitaria y por tu departamento para que recojan las cosas que necesiten. Mañana yo debo dictar clases, ya he faltado tres días y debo justificar mi ausencia. Mientras consigo un reemplazo me quedaré en el departamento que tengo, cerca de la universidad.

Las dos se miran y no encuentran opción a réplica.

Los tres están en el auto. Llegan al hospedaje de la mujer mayor. Ella desciende.

—No me demoro nada.

—¿No quieres que te ayude?

—No, es poco lo que llevaré.

La mujer baja del auto y se dirige a su habitación, recoge lo mínimo necesario y lo coloca en un maletín, al salir se encuentra con la mujer delgada y seria, cansada muy cansada. A pesar del apuro le cuenta en pocas palabras lo que ha sucedido, que regreso el domingo o el lunes, usted comprende, no puedo abandonarla, que por favor le dé una mirada a su habitación.

La mujer cansada, muy cansada, claro que la comprendo señora, vaya usted tranquila, yo mantendré todo en orden. Se abrazan y la mujer mayor siente en ese abrazo una gran ternura.

Luego van a la residencia universitaria. La chica se ha puesto de acuerdo con su compañera de cuarto para que le prepare algunas

cosas y se las entregue al profesor. Allí está la muchacha cuando él llega. Recibe la pequeña maleta y regresa presuroso al auto. Parten.

*Bueno, espero que me hayan extrañado.*

*Han sucedido tantas cosas en los últimos días, que he preferido mantenerme callado. Pero ahora que la veo junto a esta chica y a este hombre, a los que hace unas semanas no conocía, no puedo creer lo que veo, si es otra mujer, ni siquiera ha conversado conmigo.*

*La verdad, creo que estoy un poco celoso. Pienso que quizá antes lo hacía porque estaba muy sola, en cambio ahora... no tiene tiempo para nada, ¿en qué líos se estará metiendo? Definitivamente no la entiendo.*

*¿Por qué serán tan impredecibles las mujeres? Creo que ése es su sino y después, claro, hacen cada barbaridad en sus vidas; y lo que más me irrita es que, luego, nosotros, los hombres, que sí sabemos lo que queremos, pagamos las consecuencias. No entiendo por qué no asumen el papel para el que fueron creadas, sería tan saludable para ellas y para nosotros que cada cual leyera su libreto y punto. Pero no, ellas se creen todopoderosas, quieren ser bellas, inteligentes, creativas, compartir el mundo y sus enredos y eso sí que no, ellas terminan complicando las cosas, ¿será que las ven de diferente manera que nosotros, los hombres?*

*Esta mujer, por ejemplo, pudo quedarse tranquila en su país, al fin y al cabo los sueños se dan en cualquier parte, pero no, ella tenía que venir hasta acá y hasta acá traer sus contradicciones y sus ansias nunca satisfechas. Algo, repito, que nunca pude comprender en ella es el porqué de su constante insatisfacción. ¿No me tenía a mí por confidente? ¿No tenía a*

*su familia, su trabajo, sus historias? ¿Qué necesidad tuvo de venir hasta acá para involucrarse en asuntos ajenos?*

*Pero, bueno, no puedo dejarla.*

El auto ha avanzado por varias calles y avenidas hasta llegar a una carretera. Van quedando atrás las casas y los establecimientos. Cambia el paisaje y comienzan a insinuarse algunos árboles y sembríos, un tanto dispersos. La chica va en el asiento de atrás, para que puedas extender tu pierna, trata de dormir, el camino es largo, le han dicho. El profesor guía con cuidado el automóvil, procurando no incomodar a la chica accidentada.

La mujer mayor va adelante, atenta al camino. La carretera está solitaria y el auto se desliza con suavidad sobre ella. De rato en rato voltea y le dice algunas palabras a la chica, luego, suavemente, desliza su mirada sobre las manos del hombre que, sin pretenderlo, guía ahora sus destinos.

Ha comenzado a caer una fina garúa, él pone en funcionamiento los limpiaparabrisas que imponen un ritmo cadencioso en la respiración de cada uno de los tres. Hay un leve chirrido intermitente en este ritmo, el sonido que harían unas manos pequeñas abriéndose paso entre una multitud.

Una que otra palabra, luego el silencio y la larga carretera a veces sinuosa, otras recta y brillante. Él guía el auto mirando con sumo cuidado hacia el frente, ellas lo hacen por las ventanillas auscultando aquel paisaje melancólico y húmedo. Los pensamientos de los tres se arriman uno al lado del otro.

En un breve trecho, la campiña va cambiando de fisonomía y de color, de gris oscuro a pardo, luego a color miel, a avellanas, ligeros verdes, árboles que se empinan e intentan colorear ese invierno en una visión donde se entrecruzan elementos veraniegos e invernales.

Distanciadas unas de otras van apareciendo algunas viviendas. Casas construidas por personas que aman la soledad, que se alejan del tumulto y se refugian en pequeños espacios, donde el área abierta y dedicada al cultivo de diversos sembríos es mayor que el que ocupa la vivienda misma. Se diría que son aislados refugios para aquellos solitarios que han encontrado el secreto de sentirse bien consigo mismos.

Después de más de dos horas de viaje, el auto enfila por una bajada en curva, luego otra y otra, al fin ingresa por un terreno plano sin asfaltar hasta detenerse frente a una casa de aspecto rústico. Una cerca baja, en madera un tanto gastada, circunda la casa, a derecha e izquierda un gran jardín o huerta, más allá de la cerca una terraza donde se ven varios maceteros con plantas, una mesa y cuatro pequeñas bancas. Imponentes árboles cobijan la casa, entre ellos destaca una gran higuera que extiende sus hojas sobre parte de la terraza.

Son las manos de él —piensa la mujer.

Él gira un tanto el cuerpo para abarcar a ambas, aquí estamos, les dice, ahora vendrá alguien y nos ayudará y también vendrá Dante, no se asusten, es un poco tosco, pero amistoso y, por añadidura, zurdo.

Una mujer rolliza de edad indefinida, se acerca, denotando cierta sorpresa al verlos, sonrío y se esfuerza por ser simpática, se dirige a ellos en un entendible español con acento extranjero.

—Profesor, ¿no lo esperaba hoy!

—Sí, hemos tenido una emergencia. Luego te explico.

—Buenos días señora, buenos días señorita.

—Buenos días.

Antes de cruzar el umbral de la puerta, un profuso olor las impacta en pleno rostro.

Es desde aquí que él lleva ese aroma que está impregnado en sus ropas, en sus palabras, en su mirada, piensa convencida la mujer.



La casa es tibia, el techo de madera sujeto por unas gruesas vigas le da el aspecto de un refugio, grandes ventanales dejan ingresar el verdor del exterior dibujando lánguidas sombras en las paredes.

Con sumo cuidado ayudan a la chica.

La sala está ordenada y limpia, aunque los libros se hayan por todas partes. Él trata de disculparse, es que no me gusta que cambien de lugar mis libros, quiero encontrarlos, cada semana, donde los dejé, dice a modo de disculpa.

La chica no puede reprimir un comentario.

—Profesor, ¡cuántos libros! Así es que éste es el refugio del lobo estepario.

La mujer la mira en silencio con un pequeño reproche, (que no digas nada, amiga, no digas nada, sólo miremos, sintamos).

Un enorme perro de largas orejas irrumpe en la casa y se dirige a su amo, se para en dos patas y lo abraza.

—Tranquilo, tranquilo, ven te presentaré a mis amigas.

El perro las olisquea, inspira cierto temor pero la mujer se arriesga a acariciar su cabeza.

La mujer rolliza se acerca, solícita.

—Profesor, se quedarán, ¿verdad? ¿Preparo las habitaciones o primero algo de cenar?

Se le nota algo inquieta.

—Creo que debemos instalar, primero, a esta jovencita; el trayecto ha sido un poco largo y debe estar cansada ¿no crees? —se dirige a la mujer mayor.

—Sí, atendámosla a ella primero.

—Prepara el cuarto grande. ¡Ah!, si hay libros por ahí, recógelos por favor.

—No es necesario —agrega la mujer mayor—, a los tres nos gustan los libros. Luego, mañana, podremos arreglarlos.

—Está bien, en esta casa no hay secretos y menos para ustedes que son como... como parte de mi familia.

Su familia. La sola palabra las crispa, las hace viajar infinidad de kilómetros.

La de la mujer mayor, la que construyó allá, al otro lado del mar, ¿cómo se escurrió de entre sus manos? ¿En qué momento dejaron de pertenecerse y se dispersaron como un puñado de arena suelto al viento?

La chica, que también ha percibido la tersura de esa palabra, se ausenta por unos segundos, sus ojos se ensombrecen y buscan los de ella. Ambas sonríen y, por supuesto, se abrazan intentando disipar su nostalgia.

La mujer rolliza dice que la habitación está lista y se dirige a la cocina a preparar la cena. El profesor y la mujer llevan a la chica y la ayudan a acostarse en una de las camas. La arropan.

Ha salido de la habitación y las dos mujeres quedan unos instantes en silencio.

Son silencios diferentes.

En la joven, la adaptación es más rápida, más natural, recibe con agradecimiento las atenciones de aquel hombre y aquella mujer, que en este momento ocupan los lugares de papá y mamá. Hasta cierta alegría se escapa de sus ojos, a pesar de su dolorido cuerpo.

La mujer mayor trata de adaptarse, pero una pulsión extraña la sobrecoge. No puede olvidar el qué estoy haciendo en esta casa, el cómo hago, qué hago para no caer en mis exageraciones, **siente un puño en el centro del pecho** que se abre y se cierra en forma compulsiva, produciendo un tintineo temeroso y placentero.

(La estación de un tren el encuentro la despedida el corazón aleteando saliéndose del pecho corriendo entre los durmientes en precario equilibrio queriendo asir las manos del que se va o regresa).

—Ven, siéntate aquí a mi lado, un momentito —dice la accidentada.

—Bueno, pero no te muevas, debes reposar, luego traeré tu cena para aquí.

—Oye, no estoy grave, sólo es un hueso roto, además debo comenzar a entrenarme con las muletas, uyyy, nos olvidamos las muletas.

—¿Ves?, nos olvidamos, tendrás que esperar hasta que él las traiga.

—¡Ah no! De repente él no vuelve hasta el sábado, aunque... pensándolo bien, seguro que viene mañana, ¿no crees? —agrega con un gesto pícaro.

—No lo sé, no sé nada. Por ahora, tratemos de estar calmadas.

—Anda, anda, refréscate y ve a ayudarlo, si quieres.

—Sí.

Le da un beso y procede a abrir la maleta. Saca algo de ropa y se dirige al baño.

—¿Estoy bien?

—Recontra bien, anda ve, ve.

Un poco temerosa la mujer se orienta hacia donde presume está la cocina. Allí se encuentran el profesor y la mujer rolliza quien acepta un poco desconfiada la ayuda que ella le ofrece.

Él está de pie y sostiene entre sus manos una copa.

—Es vino, creo que con tantos sucesos necesitamos algo reconfortante. ¿Quieres un poquito?

—Sí, sólo bebo leche, café y... vino.

Brindan cordiales intentando quitarle formalidad al momento.

La cocina es amplia y ordenada. La mujer mayor ayuda en aquello que le indica la rolliza, los cubiertos están en ese cajón, las servilletas ahí, ¡ah! Hay que pasar café, ¿sabe usted hacerlo? Sí, creo que sí.

La mujer mayor, después de tantos días, siente la calidez de aquel momento, el olor parecido al de allá, al otro lado del mar. Pero, aquí

es un salto en la rutina, claro, piensa, de seguro si esto lo hiciera todos los días, a la misma hora, también sería rutina, a secas. Pero alguien, a un costado, termina de convencerla que no caería nunca en el tedio, aquel que viene de adentro, que es más desesperanza que cansancio físico.

Él la observa entre risueño y asombrado, no la había imaginado realizando las tareas propias de una casa. Ella lo mira con cierto disimulo y lo encuentra, siempre mirándola. Confunde un poco las cosas.

Hablan de la chica, ella le comenta el olvido de las muletas, no te preocupes, mañana procura que permanezca en cama, luego yo las traeré.

—¿Se va usted mañana, profesor? —interviene la mujer rolliza.

—Sí, muy temprano.

—Y ¿volverá en la tarde?

—Vaya, estás muy curiosa hoy —agrega sin responderle.

—Disculpe profesor —su voz se endurece.

—¿Quieres conocer el resto de la casa, antes de la cena?

—Preferiría acompañar un rato a nuestra amiga. Después, si deseas podemos dar una vueltita.

—Claro, está bien. ¿Sabes que cuando utilizas los diminutivos me haces recordar, a cada momento, nuestro país?

—Es verdad, los utilizo con frecuencia, es que —se dirige a la mujer rolliza—, en nuestro país somos muy cariñosos con las cosas, con las personas, y achicamos los nombres para hacerlos más próximos. ¿Acá no hablan así?

—Pocas veces, aquí a la gente más bien le gusta estar lejos unos de otros. ¿No, profesor?

—Así es, por desgracia.

La mujer entra en la habitación de puntillas, por si acaso está dormida, y sí, la chica está acostada, su cabello extendido sobre las almohadas y los brazos laxos a sus costados, respira con un suave compás.

No puede dejar de mirarla, ¡qué extraña ternura le inspira! ¿Por qué se vino tan lejos cuando ella misma admite que no sabe si le servirá lo que estudie? ¿Cómo será su familia? ¿Era feliz allá?

Ahora se da cuenta que ninguno de los tres ha hablado gran cosa de sus vidas; todo está cubierto con un tul que apenas insinúa lo que hay debajo. Tres seres que hasta hace muy poco no se conocían conviviendo en una inquietante cercanía, tratando de intuir cada uno el ayer del otro, percibiendo un bienestar nunca vivido.

La habitación es grande con dos ventanales que dan hacia el jardín o huerto, no distingue bien. Las hojas de la higuera, las grandes manos acarician los vidrios. Dos camas, un ropero antiguo que le recuerda los de su lejana ciudad, los de antes, dos mesitas de noche, un sofá, un librero, en la pared cuelgan tres máscaras y varios afiches. Ahora, entre el atardecer y la noche una sensación de nostalgia se extiende sobre los muebles, las sábanas, las frazadas, la chica dormida, su aspecto desvalido.

Muy despacio arregla las cosas que ha traído, luego abre el maletín de la chica y tratando de no hacer ruido va sacando sus prendas y colocándolas en los cajones del ropero.

De pronto se da cuenta de su indiscreción. Allí, cobijada entre la ropa, está la foto enmarcada de un hombre, es atractivo, sin embargo hay algo en él que le disgusta, una manera atrevida de mirar al que lo mira, una sonrisa ¿burlona? No lo sabe.

(Y ¿ahora qué hago? ¿Vuelvo a guardar todo?).

No es necesario, la chica se despierta.

—¡Ajá!

—Perdóname, por favor, sólo quería arreglar tus cosas.

—No tiene importancia, de todas maneras, mañana te la iba a enseñar y a contarte mi pequeño secreto. Tú, ¿me contarás el tuyo?

—Por supuesto, aunque creo que no hay secretos en mi vida.

—Vaya, a quién le vas a hacer creer eso. Toda tú eres un misterio.

—En todo caso, los tres somos un misterio.

La ayuda a sentarse en el sofá, con la pierna extendida, luego va a la cocina y regresa con el profesor, trayéndole la cena. Entre los dos la atienden y acompañan durante la merienda.

Luego se dirigen hacia la cocina, dejan el servicio y encaminan sus pasos hacia la salita.

La mujer no puede dejar de mirar un hermoso retrato en blanco y negro que destaca en una de las paredes. Es el de una muchacha muy joven, casi una niña, con una triste expresión en los ojos. Tiene puesto un vestido blanco que no sabe por qué le hace recordar una pintura antigua. No puede apartar su mirada de él, es como si la joven quisiera contarle algo, hasta siente su voz, susurrándole no sabe qué.

Él sólo la observa.

Las cortinas blancas ondulan con un movimiento sensual sobre los muebles y objetos.

La mujer rolliza acude presurosa a atenderlos.

Ella siente estar invadiendo aquel espacio, compartiendo con aquel hombre un momento privado, donde cada palabra, cada gesto cobra un significado diferente.

Hablan de la chica, del accidente, de cómo la conocieron, del deseo de cuidarla.

—Mi hija tiene más o menos su edad —ha dicho ella.

—La mía también —ha dicho él.

Se refiere a la joven del retrato.

(Entonces, ¿por qué ese vestido?).

Él sirve dos copas de vino y esta vez ella, sin reservas, bebe dos tragos plenos y reconfortantes.

—Delicioso —dice—, un buen vino disipa las tristezas.

—Con lo del buen vino, estoy de acuerdo, pero no sé por qué aquello de la tristeza. ¿Estás triste?

En realidad no está triste, es una sensación que no puede explicar.

Las emociones nunca llegaron en un estado puro a ella, nunca pudo estar totalmente triste o alegre, o sentirse en paz o en guerra con la vida. Estaba convencida de que estos estados antagónicos se encontraban en algún punto, desde el cual giraban en círculos concéntricos para repetirse una y otra vez en un incansable devenir. Su vida toda era una madeja de hilos de incontables colores en los que, a veces, primaban unos y un poco más allá, otros.

Tampoco intentaba clarificarlos, era una actitud asumida por ella, era estar metida en un laberinto doloroso y risueño a la vez. Así había sido su vida desde que la recordaba, ráfagas que la herían y la curaban, una sucesión de agresiones y caricias. Estaba acostumbrada a ello. No podría vivir una existencia homogénea. Esos picos por los que transita la proveen de un elemento vital para poder sobrevivir.

Ahora se encuentra en ese momento de transición entre un estado de ánimo y otro. Piedad, curiosidad, nostalgia, anhelo, deseo, inquietud, paz. ¿Cómo podría ordenar ese caos que se debate en su interior?

—No, no es tristeza, tendría que inventar un nombre para lo que siento.

—Pues, invéntalo, creo que tu imaginación no es nada pobre.

—Placentero desconcierto —dice ella y se echa a reír consciente de que ha dicho una gran tontería, sólo por salir del apuro.

—Me gusta lo que dices. Yo, en cambio, no podría definir con

tanto acierto lo que siento. ¿Te has dado cuenta de que sabemos muy poco de nosotros? ¡Cómo quisiera saber todo sobre ti!

—¿Todo?

—Lo que tú quieras contarme.

Ambos recuerdan un diálogo parecido, que tuvieron hace unos días, con las mismas palabras, la misma intención y el mismo silencio.

—Ya está oscureciendo, ¿te gustaría salir a la terraza? Pero te advierto que a esta hora ocurren cosas extrañas —bromea él.

—Entonces, con mayor razón, salgamos.

Una luz difusa ilumina la pequeña terraza. Ella intenta comprobar de dónde proviene, pero no lo logra.

Se quedan unos minutos de pie auscultando la penumbra, percibiendo el fuerte olor que exhala la tierra después de la lluvia. Algunos grillos entonan su canción amorosa en notas alternadas, en cuyos resquicios se filtran las emociones de ambos conjugándose en un verbo desconocido.

Camina unos pasos, luego se sientan en la grada que separa la terraza del jardín, muy cerca uno de otro, los cuerpos casi tocándose. Las cimbreantes ramas de los árboles se entrecruzan, se separan, es una danza que en su sinuoso movimiento los invita a abandonar el silencio. Ellos se sienten arrastrados por ese vaivén, las manos se buscan, las sensaciones se funden y las palabras brotan de sus labios en voz muy baja, quizá temiendo que alguien los escuche.

Ambos desean decir muchas cosas pero no encuentran el inicio de la confianza, además no hay preguntas.

(Es extraño, tengo la certeza de que ya he vivido esta historia).



Imposible contar sus largas vidas en unos instantes, imposible desnudar sus almas y mostrarlas olvidándose del pudor y esa cerrazón que durante tanto tiempo enclaustró sus anhelos. Pero allí están, terminando uno la frase del otro, recontando los recuerdos que, revolotean al igual que una turba de pájaros extraviados, picotean sus pasados y pretenden destrozar el presente.

Alternan las confidencias. Ella es estricta. Enumera, los elementos que formaron su vida, evita hablar del sentimiento, no hay quejas pero sí hay ausencias, vacíos, soledad.

Él le cuenta la historia ya conocida a través de la chica, pero no busca culpables, en todo caso él es el culpable por no haber sabido cuidar lo que más amaba.

La francesa sólo es una circunstancia.

Las palabras de ambos aletean confundidas pretendiendo dar forma a aquello que constituyó sus vidas. ¿El amor? Sólo un pájaro herido intentando proseguir su vuelo, a pesar del dolor y el intangible halo de la muerte.

Ella siente el sufrimiento que la confianza ocasiona en el hombre.

Con cautela **coloca su mano sobre sus labios y la desliza sobre su barba.** Él se la retiene y besa su palma húmeda, el gesto es igual al de la noche en su habitación, pero no, no es el mismo. Ahora ambos conocen partes de sus vidas, porciones oscuras de recuerdos que los ha tornado en seres anhelantes de otros instantes y que confluyen en la noche, en el olor que exhalan sus cuerpos cercanos.

—¿Has sentido lo mismo que yo? —dice con cierta ingenuidad el profesor—, yo presentía cómo había sido tu vida.

—Y, ¿en algo concuerdan tus presentimientos con esta realidad que estamos viviendo?

—Con una exactitud que me causa miedo.

—Lo que importa es que ahora estamos aquí.

—¿Habremos vivido parte de esta historia en nuestra encarnación anterior? ¿Crees en la reencarnación?

—Claro que sí, estoy convencida de ello.

—En mi estudio encontrarás muchos libros al respecto. Es un tema apasionante ¿verdad?

¿Por qué hablaron de los libros y la reencarnación?

¿Qué los hizo apartarse del camino de la íntima confidencia?

¿Dónde comienza y termina el temor y el ansia que los sobrecoge?

Se miran en la penumbra sin divisar sus facciones, pero el olor que trae el viento los envuelve. Es una telaraña que ha sido terminada y se cierra hecha un capullo sobre ellos.

—Entremos —dice él. Se le nota turbado.

Frente a la grada que da ingreso a la casa, la chica del retrato los espera con una indescifrable sonrisa. Su cabello oscuro resbala por sus hombros.

(¿No los tenía recogidos?).

*Vaya, con que al fin logró soltar amarras la barquita de papel. Ahora podrá dejarla con más tranquilidad y ella también me dejará en paz.*

*Pero, ¿por qué siento esta especie de desazón? ¿Será que temo su ausencia y el convertirme sólo en una sombra adosada a su costado? ¿Y qué vida llevaría sin ella? Parece mentira que ahora que siento que escapa de mí, me preocupe por algo que deseé tanto tiempo.*

*Aún me resulta difícil creer lo que estoy viendo, ella tan recatada, tan exagerada observando los mínimos detalles de aquellos hombres que, aunque no pretendía conquistar, evaluaba de una mirada, convenciéndose a sí misma que,*

*sencillamente, su ideal no había sido puesto sobre la tierra. Seguro viví en otra época, decía nostálgica y risueña. Ahora la veo, pequeña y brumosa estrechándose contra este hombre que ni yo sé muy bien quién diablos es ¿qué pretende de ella? Y ella ¿qué ha encontrado en él de diferente?*

*Cuando llegamos, ella dijo: Basta de búsquedas, viviré el presente minuto a minuto, me asombraré, reiré, lloraré pero sin esperar nada. No más heroínas de novelas, de ahora en adelante seré yo y sólo yo, sin importarme lo maravilloso o cotidiano que esté viviendo. El amor es una utopía, un juego de espejos en el que las mujeres pretendemos encontrar un espíritu parecido al nuestro. Pero no, es en vano, ustedes los hombres están hechos de una argamasa diferente. Desisto y pobre de ti que te burles o me juzgues.*

*Pero, ¿y esto que ha encontrado sin siquiera buscarlo? ¿Será esto amor? No lo sé.*

*Desde mi perspectiva de hombre y conociéndola de toda la vida, claro, esta situación corresponde exactamente al modelo que ella tenía del gran amor, pero, ¿y él? ¿En algún momento soñó con esta clase de mujer, tan fuera de lo normal? Porque aunque la quiera mucho tengo que reconocer que sale de cualquier patrón femenino, bueno, la verdad es que no he conocido a muchas mujeres, pero basta con mirarlas de lejos o escuchar lo que dicen... en cambio ésta mi dueña, creo que tiene un botón que, cuando le da la gana oprime y zas, le crecen alas y entonces no hay quien la aguante.*

*Y él aunque sea un hombre maduro y que no hay duda ha sufrido mucho, pues no es muy común encontrar a alguien de mi género con esas sutilezas, esa lentitud en el obrar, esa tolerancia para escucharla e interesarse en las cosas siempre sosas y romanticonas de las mujeres.*

*Si yo fuera él y ella me gustara, hace bastante rato se lo hubiera dicho, con palabras directas y sin preámbulos. Claro que a mí no me ha pasado lo que a ellos, porque yo soy práctico y coherente y no encuentro problemas donde no existen.*

*¿Y esa chica en el retrato mirándolos y la otra durmiendo en el cuarto de al lado? ¿Qué de atractivo le pueden encontrar a una situación así, donde nada es claro y que en lugar de darles alegría y pasión los hunde en sus desgracias?*

*Sí, porque estoy seguro de que ambos tan parecidos ahora asumirán el dolor del otro, y ¿adónde pueden llegar en este juego de desdichas compartidas? ¿Se llega a algún lugar? No lo sé, no lo creo. Es una tontería impropia de los tiempos que estamos viviendo. ¿Qué se creerán, el Romeo y la Julieta del siglo XXI? ¡Qué cursis!*

*Sin duda ahora se tomarán de las manos, se volverán a mirar a los ojos por centésima vez y ni siquiera se dirán que se quieren o se gustan o por lo menos se desean. Nada. Él, respetuoso se retirará a su habitación, ella a la suya.*

*Esto ya me está aburriendo y preocupando mucho.*

La mañana la sorprende con los ojos abiertos, fijos en la ventana. Los oídos atentos al zumbido del motor del auto que, me iré mañana muy temprano, volveré en la noche trayendo las muletas, había dicho él.

La chica, en la cama de al lado, emite un leve quejido, la mujer se levanta con agilidad y acercándose a ella, la ayuda a cambiar de posición, es muy temprano, le acaricia los cabellos, duerme un poquito más. La acurruca entre las almohadas.

La voz de una mujer se eleva entre las altas copas de los árboles, se detiene en la higuera que ensaya extraños movimientos tras el vidrio de la ventana.

Ella regresa a su cama y se deja arrullar por la tonada.

Una niña baila dentro de ella su vestido es blanco y tenue parecen las alas de una mariposa en cada giro el rostro de la muchacha cambia de expresión cambian sus ojos y su sonrisa la chica del cuadro su hija la chica que duerme allí a su lado por un breve instante las tres se separan para luego reunirse y volver a ser una sola.

El ruido del motor de un auto la sobresalta. No ha sentido ningún movimiento en la casa y, por la claridad de la mañana, deduce que es aún muy temprano.

La chica también se ha despertado y vuelve los ojos hacia ella.

—Buenos días —le dice, desperezándose.

—Buenos días.

—Ya se fue el profesor, ¿no? ¿Le dijiste que traiga las muletas?

—Sí, hoy en la noche las traerá. No te preocupes.

—No, no me preocupo para nada. ¿Sabes? Estando con ustedes estoy mejor que en mi casa, mejor aún, porque no hay reproches; por lo menos hasta ahora no me han hecho preguntas.

—Sólo nos contarás lo que deseas contarnos. Lo que importa es que te repongas rápido.

—¿Hasta cuándo crees que nos quedaremos aquí?

—No lo sé, supongo que hasta el domingo.

—Pero, ¿qué dice él?

—No hemos hablado de eso.

La ayuda a incorporarse. Luego abre las cortinas apareciendo ante ellas el hermoso paisaje que la noche anterior no pudieron apreciar. Altos árboles mecén sus frondosas copas, la higuera se despereza extendiendo sus grandes hojas, más allá una ramada cobija jugosos racimos de uvas, distinguen los manzanos, el palto, el duraznero. Muchas frutas brindan un espectáculo alegre y colorido que contrasta con el clima invernal.

La juventud y lozanía de las frutas, colgando tentadoras de los árboles, producen en la mujer un leve estremecimiento.

(Una historia sin fin ni deterioro la vida permaneciendo inalterable en su ofrenda un cuadro perfecto en su belleza la eternidad la ausencia de la muerte).

—¿Quieres que te traiga el desayuno para acá?

—Sí y trae el tuyo también, ¿sabes? No me cae bien la gorda ésa. Nos mira de una manera rara. ¿Será que el profe nunca ha traído a nadie, excepto ya tú sabes a quien?

—Quizá sí, quizá no. Es un hombre, no lo olvides.

Se dirige a la cocina, no tiene deseos de entablar conversación con la mujer gorda, así es que procura ayudarla en silencio, con el desayuno.

—¿Lo tomarán en el comedor? —murmura un poco huraña la mujer.

—No, lo llevaré a la habitación, mi amiga aún está un poco débil.

Recibe la bandeja y con un gracias, distante, se dirige a la habitación.

La chica está peinando sus cabellos oscuros. Sus ojos descansados por el sueño lucen luminosos y juguetones. Se instalan y brindan con el jugo de frutas que ha traído.

La chica tiene deseos de hablar, se le nota en cada frase que inicia. Ella evita la conversación.

—¿Qué haremos todo el día?

—Nada, tú te quedas tranquilita aquí en la casa hasta que él traiga las muletas, yo sí saldré a mirar toda esta belleza.

—Qué graciosa ¿no?

—Bueno, la que está con la pierna rota eres tú, de manera que ni reclames, querida. Además hay muchos libros por todos lados, podremos leer todo lo que queramos.

—Es increíble ¿no crees?

—Sí, todo es increíble —responde la mujer mayor, mientras recoge la vajilla y sale para no dar oportunidad a la chica de seguir hablando.

La mujer mayor, respetuosa de la intimidad del hombre, apenas si ha caminado por la casa, la sala, el comedor, una habitación con la puerta entreabierta, se asoma, es un lugar repleto de libros en un innegable desorden, los dormitorios, los baños, la cocina. Colindando con ésta, la lavandería y al fondo el cuarto de servicio. No se atreve a más. Observa los objetos, los escasos adornos, son artesanías de varios países, del suyo también por supuesto. Libros de todos los colores y tamaños se encuentran arrumados sobre los muebles. Un viejo equipo de música, una lámpara, un pequeño bar con variadas botellas.

En una de las paredes el gran retrato de la chica.

(Ahora tiene entre sus manos un libro).

Entre la mujer mayor y la rolliza, han llevado a la chica a la terraza. Un sol tristón ilumina el entorno de la casa.

Se instalan alrededor de la mesa rústica. La mujer prende un cigarrillo.

—Ahora que estamos solas te contaré algo sobre mi vida —dice la chica—. Quizá no te he dicho toda la verdad, tú tampoco has dicho toda la tuya y tampoco el profesor. Es curioso, creo que los tres tenemos muchas cosas que contarnos pero aún no nos atrevemos a hacerlo.

—Uyyy, me asustas con ese tono tan circunspecto.

—No, no es para asustar, pero cada uno de nosotros tiene su historia; unas más largas y complicadas, otras más cortas y sencillas. Bueno, la mía quizá parezca simple, pero para mí es una historia aterradora.

La chica es muy expresiva y por lo mismo, ahora que va a contar un retazo de su vida, su semblante adquiere un aire ausente, tiene una gran facilidad para trasladarse al pasado, regresar, entristecerse y a veces hasta de burlarse de sí misma.

—Al tercer año de estar en la universidad, allá en mi país, conocí a un hombre bastante mayor que yo, él ya estaba graduado y tenía su vida hecha. Mis padres se oponían a este noviazgo pues consideraban que me llevaba muchos años, pero yo ni caso que les hacía, a más oposición, más era el deseo de proseguir con esa relación.

Pasaron dos años de un desigual romance, porque mis ratos libres eran sólo para él, en cambio yo tenía que compartirlo con infinidad de urgencias, que tengo que viajar por una semana, que esta noche no puedo verte por asuntos de trabajo; en fin, una serie de situaciones que me dejaban una sensación de frustración. Además había algo en él que no lograba entender, decía amarme, sin embargo; por momentos se tornaba hosco y huraño y a veces hasta violento.

Los chismes iban y venían entre mis compañeros, mi familia y amigos comunes. Que es un aprovechador de jovencitas, que su estudio es sólo una pantalla para negocios turbios, que se ha casado con varias mujeres en distintos lugares y otras cosas no menos alarmantes. Nada estaba claro y por lo mismo no podía mirar hacia el fondo de las cosas. Además cuando una está enamorada, no ve nada que pueda dañar la imagen de la persona que amas, ¿no es cierto?

Mi amor se fue convirtiendo en capricho, porque no creo que el amor verdadero pueda temer, y eso me estaba sucediendo. Era obstinación y rebeldía porque no quería aceptar imposiciones de nadie, menos de mis padres.

Una noche él me dijo: quiero tener un hijo contigo.

¡Vaya!, así de simple, sin ningún compromiso de por medio, yo estudiando, mis padres oponiéndose, él en su mundo adulto y desconocido para mí. ¡Ah no! Un hijo en esas condiciones no, estaba



enamorada sí, pero un hijo aún no estaba en mis planes, no quise acceder a su deseo.

Esa noche fue que me golpeó y me golpeó en el vientre mientras gritaba: *si no tienes un hijo mío, no lo tendrás de nadie*. Huí aterrorizada de aquella habitación, ése no era el hombre que yo amaba, veía aún su cara deformada por la ira y su puño cerrado, golpeándome. Al día siguiente pretexté un resfrío para no ir a la universidad, así durante tres días.

No sabía a quién acudir, mis amigas sin darle mucha importancia al asunto me habrían dicho que esto te pasa por idiota, mis padres qué diablos tienes en la cabeza para haberte enredado con un hombre así, mis hermanos, ni hablar, me hubieran dicho una sarta de palabrotas y luego lo habrían buscado para romperle los huesos. Nadie, no tuve a nadie a quien contar lo que me estaba pasando.

Pasaron los días y él no apareció más. Claro que yo sabía dónde podía encontrarlo, pero no, me sentía agraviada y esperaba confiada en que regresaría a mí pidiéndome perdón por lo sucedido, hasta creía escuchar sus palabras e inventaba las mías, perdonándolo. Pero nada de esto sucedió. Desapareció de la esquina donde me esperaba, de la línea telefónica, desapareció de mis recuerdos, ¡ah!, pero me dejó uno que no podré olvidar nunca.

—¿Qué fue?

No puede dejar de interrumpir, alarmada.

—¡Ay amiga!, tú eres mujer y puedes comprenderlo, quiero contártelo porque hubiera querido decírselo a mi madre, pero ella nunca me dio ocasión para ello y ahora quizá tú estés haciendo ese papel.

Ese golpe que me dio y las palabras que pronunció fueron una verdadera maldición. Yo no sentí tanto dolor en ese momento, porque tenía paralizado el cuerpo por el miedo, pero desde ese día no he dejado de soñar cosas terribles, escenas que a veces se repiten y se

repiten cada vez con mayor frecuencia, cada vez más aterradoras, por eso comprendo lo que sentía la hija del profesor. Todas estas pesadillas se relacionan con el golpe, con sus palabras, con mi vientre, con un niño. Los mismos elementos metidos en historias diferentes. Y el dolor y la angustia... no quiero ni repetirlos.

Bueno, me sentía tan mal que decidí consultar con una psicóloga, conversábamos largas horas y fui sintiéndome aliviada, aunque cada noche temía dormirme porque sabía que allí encontraría a mi enemigo.

Poco a poco las pesadillas se fueron alejando y mis sueños volvieron a ser normales.

Pasó como un año de la ruptura y entonces comencé a salir con un muchacho más o menos de mi edad. Era cariñoso y comprensivo, y esa noche, la primera que nos besamos, me acosté pensando en él y luego soñé paseando por un bosque lleno de pinos, altos y flacos, unos pinos raros llenos de manzanas aunque yo sabía que eran pinos. Él saltaba y cogía las manzanas que al entregarme se convertían en pequeños bebés rosados y felices.

Me asusté ante esta visión, porque me hacía recordar a los otros niños, pero en realidad no había nada de aterrador, así es que seguí viéndolo.

Los días que siguieron soñé y soñé historias un tanto inconexas, pero ya no había dolor ni angustia, entonces creí que la secuencia de sueños anteriores había sido sólo una mala jugada de mi mente, una coincidencia con el recuerdo del muy desgraciado ése. Seguí viviendo mi romance que, por lo demás, no dejaba nada que desear.

Pasaron unas semanas y de pronto él quiso que hiciéramos el amor.

—Dejémoslo para otro día, no me presiones, por favor —le dije. Él no insistió.

Esa noche regresó el fantasma más cruel que nunca, mi vientre aparecía abierto, rojo, del color de una sandía y de él unas manos o

unas tenazas, no sé, extraían pequeños trozos de piel, glándulas, huesos de un bebé, que una boca ávida engullía.

La mujer no estaba preparada para esta confesión, le parecía estar viendo una película de terror, leyendo una novela de Agatha Christie en la que la protagonista era esa chica tan tierna, esa amiga que había encontrado en su camino y que suplía tanto sus propias carencias.

—Por favor, si no te sientes bien al hablar de esto, no continúes —le rogó.

—No, quiero contártelo todo. No sabes lo que significa estar acosada durante tanto tiempo por estos temores, este miedo a dormir y a enfrentarme con esos demonios.

Creí otra vez en la manoseada coincidencia, pero a la siguiente noche, allí estaba, y ya no te contaré el sueño porque te veo muy impresionada. Al tercer día, sin buscar pretextos, terminé con el chico. No quería continuar con ese sufrimiento, le rogué que me perdonara, que por favor dame otra oportunidad, que no, que no tienes culpa de nada. Hasta nos besamos al despedirnos.

Los sueños cesaron.

No volví a salir con ningún chico en mi país, quería limpiar mi vida de esos horribles recuerdos y creí estar lográndolo, más aún cuando obtuve la beca. Los fantasmas se quedarán aquí, me dije, y yo me iré libre hacia otras tierras, no podrán encontrarme, me esconderé en el último rincón del mundo si es preciso, pero no me encontrarán. ¡Malditos!

Oye, ahora que escucho mi voz contándote esta historia, me doy cuenta de que quizá ése fue el principal motivo de mi viaje. ¡Qué beca ni qué familia fastidiosa! Lo que yo en realidad quería era huir de esos fantasmas. ¿Tú crees que al viajar se dejan los recuerdos o éstos siempre están con nosotros?

—No lo sé, yo no deseo olvidar, toda yo estoy hecha de recuerdos. A veces unos se acoplan con los otros, otras se contradicen, me

confunden, pero en todo caso sé que me pertenecen y que son ellos los que fueron armando lo que hoy es mi vida.

—Te sigo contando. Cuando llegué acá, todo iba a las mil maravillas, hice amigos, aprendí bien el idioma, leí regular cantidad de libros, pero no me hablen ustedes de romances. Claro, todos se extrañaban de verme siempre sola, sin pareja me refiero, pero es que no sabes el miedo que tenía. Las pesadillas no regresaron durante varios meses.

Sin embargo sentía nostalgia por la compañía de un hombre, necesitaba una mano aprisionando la mía, creo que me estaba poniendo un poco neurótica.

Entonces decidí arriesgarme una vez más, comprobar si el maldito se había quedado por allá, por mi tierra, o si había logrado colarse en mi maleta. De esto hace unos ocho meses.

En la Facultad de Historia había un muchacho súper interesante, guapo, inteligente, sensible, todo lo que una mujer puede querer de un hombre. Comenzó a cortejarme y yo que sí, que no, parecía un juego pero no, no lo era, yo estaba luchando contra algo más fuerte, claro que frente a él lo disimulaba. Al fin, una tarde, mandé a la mierda a los fantasmas, y mientras los insultaba y les prendía fuego, correspondí al más delicioso beso que jamás me habían dado.

Pero, amiga, aquí los hombres no son como en nuestros países, aquí les gustas y ya, quieren irse contigo a la cama. Yo quería hacerlo pero me moría de pánico. ¿Estarían esperándome escondidos entre las sábanas esos horrendos monstruos?

El terror pudo más que el deseo y le dije que no, así a secas, claro él pensó que estaba loca y sin molestarse *Au revoir* me dijo y no lo volví a ver más.

Bueno, no es que se fuera de la Facultad sino que uno no ve lo que no quiere ver y yo, la verdad, ya no quería verlo porque junto a él venía un séquito de fantasmas.

Dime tú, que tienes experiencia, ¿qué me puede estar pasando? ¿Es que nunca podré enamorarme de algún otro hombre? ¿Nunca podré tener un hijo?

Todas las ínfulas de frustrada terapeuta de la mujer, se vinieron abajo. ¿Qué podía decirle a esta chica que confiaba recibir una respuesta sabia y experimentada? ¿Es que ella podía aventurar un consejo sobre algo tan delicado como el amor, ese sentimiento del que sabía tan poco? ¿Qué estaba pasando con esta muchacha que había sabido ganarse su cariño?

En ese momento hubiera querido encontrar las palabras precisas que calmaran los temores de la joven, pero sólo atinó a contestar con otra pregunta:

—Y ahora, ¿qué sueñas?

—Mira, la noche del accidente, el muchacho aquel con quien me fui, se quiso pasar de vivo. Se tomó varias cervezas y luego emprendió por un camino desconocido, intentó besarme y algo más, entonces en el forcejeo perdió el control del auto y salimos dando tumbos por ahí.

Esa noche en el hospital, sedada por las medicinas, tuve un sueño distinto pero igual de aterrador, veía una especie de payaso contorsionándose de la risa mientras se frotaba histéricamente la barriga que, por momentos, le crecía y otras se achicaba hasta desaparecer, de modo que sus piernas le colgaban de las costillas. Reía y reía con una mueca espantosa en su cara, sacaba la lengua semejante a los niños cuando pelean, era una lengua negra y larga en la que saltaban pequeños sapos de un rojo fosforescente.

—¿Y luego?

—Cuando tú y el profesor llegaron a verme, algo hermoso ocurrió. Los sentí tan fuertes, tan seguros de sí, que no sé si te diste cuenta, pero se convirtieron en **una especie de escudo, de aliados** y de pronto ya no sentí miedo de dormir. Desde ese día no he vuelto

a soñar, mejor dicho, sueño pero son recuerdos de mi infancia, sueño con mis padres, con ustedes dos, tan calmados, tan protectores. Y anoche ¿sabes lo que soñé?

No esperó respuesta.

—Tú y el profesor eran jóvenes, más o menos de mi edad, mejor dicho, creo que éramos yo y un muchacho, pero que yo atribuía eran ustedes. Caminaban bajo la lluvia y yo podía ver sus rostros que unas veces eran los de ustedes y otras éramos el chico y yo. Iban cogidos de las manos y aún recuerdo la sensación que me transmitían, así, tan alegres y juveniles. Era una escena muy conmovedora.

—¿Conmovedora?

—Sí, porque los adultos cuando son mayores no suelen comportarse así. Yo creo que se endurecen y pierden ese encanto. Se marchitan ¿entiendes? Pero ustedes dos, no. Todo esto es muy extraño ¿no crees?

—Así es, sólo estamos interpretando un papel en una obra de teatro o quizá en el cine.

—Y ¿qué pasará cuando acabe la función?

—Inventaremos la segunda parte —dijo la mujer mayor no muy convencida por cierto.

Siempre recibe las cartas la chica que no se hace problemas por nadie.

—¿No les dije? Tenía que contarnos sus historias.

Pero no les cuenta sus historias, sólo les pregunta por ellos, por sus plantas, uy, no han regado el jardín en dos semanas, ¿y Sofía, me extraña? ¡Vaya pregunta!

Impermeables, objetivos, escuchan el resto de la carta.

De la chica y su accidente (¿alguien a quien cuidar?), de la francesa (¿muñeca de plástico con los ojos azules?, ¡si es su color preferido!),

del profesor (humm, cuidado mamá), de la lluvia y los atardeceres (otra vez, cuidado, mucho cuidado).

Todos están de buen humor, hacen bromas al respecto, se va para descansar y ya empieza a complicarse la vida, cuándo no, la salvadora del mundo.

Ella está bien, muy bien, viviendo situaciones extrañas.

¿Extrañas? ¿A qué se referirá?

—Seguro que ya comenzó con sus fantasías —dice el duro de gesto y de palabra.

—Ya cállate, ni aun estando lejos la dejas tranquila —molesta, interviene la chica que no se hace problemas por nadie.

—Así es la vida, cada cual debe hacer lo que le parezca para ser feliz —sentencia el de las buenas intenciones.

—Hay que contarle todo lo que está pasando por aquí, ¿llegará algún periódico nuestro, allá? Sí, seguro que sí, además encontrará una cabina de Internet —dice el que lo sabe todo.

—Humm —agrega el hombre hombre.

Se despide con un hasta pronto, besos, abrazos, los extraño, los recuerdo.

Ya está bajando la guardia, piensan todos con diferentes palabras. Muy pronto estará aquí y nos abrumará contándonos el más mínimo detalle de éste su viaje, que no tiene nada de extraordinario.

Para ellos esto es sólo un paréntesis en sus vidas. Ella llegará con regalos para todos, los malos entendidos se habrán disipado y todo volverá a la conocida rutina, que sus libros, que Sofía, que sus plantas, que sus búsquedas, pero al menos ya no tendrá esa constante sensación de naufragio que ella dejaba escapar por cada uno de sus poros y, a veces, de sus vísceras que parecían explotar a través de sus palabras y silencios.

En la tarde la chica descansó un rato, tiempo que la mujer mayor aprovechó para salir de la casa y caminar por los alrededores. Todo el rato estuvo acompañada por Dante que se le adelantaba, daba vueltas a su alrededor, hacía mil piruetas, ¿zurdo?

El terreno era muy amplio y se extendía a derecha e izquierda. Cultivos bajos, repollos o coliflores, adornaban por aquí y por allá. En los bordes, formando una cerca, grandes árboles elevaban su tupido follaje.

Un lugar donde quizá se encuentren las respuestas o ya no haya necesidad de preguntas, donde resida la vida y también la muerte inevitable, piensa la mujer.

El resto de la tarde lo pasarón en la salita y se dedicaron a leer sendos libros. Para la sorpresa de ambas encontraron varios escritos por el profesor, la chica sabía algo de eso, hasta había consultado algunos para realizar trabajos en la universidad, eran ensayos sobre la especialidad. Pero éstos eran anteriores y distintos. Largas especulaciones sobre el devenir del hombre, su infructuosa búsqueda de la felicidad, la muerte como situación postrera y liberadora.

—Éste corresponde a la fecha en que murió su hija —señaló la chica.

—Sí, la muerte es la protagonista.

**La mujer gorda las observa a hurtadillas.**

*¿Y ahora qué? De seguro se parará bajo el dintel de la puerta e invocará a la lluvia.*

*Sus eternos rituales con los que cree convocar a la naturaleza, a la salud, al amor. Me hace gracia cuando la veo abstraída, llenándose de todo lo de fuera, entonces su expresión cambia, una sonrisa cándida se instala en sus labios, se evade*



*de este mundo. Mujer tenía que ser para pensar que fuerzas tan extrañas se pueden convocar a voluntad, ¡bah!*

*Allá ella. Que haga lo que le venga en gana, pero ¿y en el amor? ¿Qué obtuvo con sus invocaciones? Es probable que, al ser tan despistada, equivocara su ritual y convocara a la soledad.*

*Lo que no sabe es que para nosotros, los hombres, eso es una ridiculez, una pérdida innecesaria de tiempo. El amor es algo tan tangible como el cuerpo de una mujer; su innegable belleza, su atractivo y hasta su inteligencia la deben transmitir a través del cuerpo. Nada más. Otra clase de inteligencia no necesitamos, es más bien un estorbo pues nos distrae de las cosas importantes que nos han sido encomendadas. ¡Ah claro! En su labor de madres también son necesarias y nosotros no tenemos por qué enredarnos en esas pequeñeces que le corresponden por derecho propio. Nadie les quiere arrebatar ese privilegio, no sé por qué se empeñan en confundir los papeles.*

*Bueno, ahora ella está de pie mirando hacia el jardín. Sus pensamientos están encerrados y no logro entenderlos. Otra vez ha puesto una cerca alrededor de ellos.*

*¿No se da cuenta del juego tan peligroso al que está ingresando? Es probable que se haya convertido en la protagonista de alguna novela y ahora se crea capaz de reinventar su historia.*

*Debe de estar esperándolo. Son dos o tres días en los que jugará a ser la salvadora de esta chica, que tiene pajaritos en la cabeza y ha hecho un melodrama de algo sin importancia. Hasta soñando las mujeres se hacen problemas.*

*En cuanto a este hombre, ya estoy dudando de que sea tan varonil, porque la mira, le habla y la acaricia de una manera impropia para nuestro género.*

*¿Será verdad aquello de Platón (no sé quién será, pero ella me lo ha contado), de que cada quien era un ser bisexual y que fue partido por la mitad con la condición de sólo ser felices si encontraba en el mundo su media naranja? Si esto es cierto, la mujer que me correspondía debe de estar buscándome hecha una enajenada y, claro no me encontrará.*

*Mejor, creo que todas son demasiado complicadas para mi gusto.*

*Pero ella y él... no lo puedo negar, son iguales, hasta en los gestos, en la mirada, están todo el tiempo en espera de algo, de alguien. ¿De ellos mismos que al fin se encontraron? No, esto sería demasiado romanticismo para mi gusto.*

*Pienso que las cosas se están poniendo fuera de control y lo peor es que ellos no se percatan de nada, están fuera de la realidad, viviendo una historia que más se parece a una de las novelas que ella siempre amenaza con escribir.*

*Claro que para ser justo este hombre ha vivido una tragedia digna de una película de suspenso, qué digo, de terror, y ella, pobre ilusa, tropezándose y parándose no sé cuántas veces. De esto sí doy fe.*

*¿De dónde saca fuerzas para estar allí, con la mirada perdida entre los árboles, esperando ver llegar a su príncipe azul, que no viene en un caballo alado sino en un viejo auto oscuro, tan viejo como él y tan oscuro como su vida. Y, ¿de dónde procede esa especie de condescendencia con los sucesos que a diario ocurren? ¿Por qué nada la altera? Siento que ella sabe lo que va a ocurrir o de lo contrario lo está inventando.*

*Para mí esta historia está complicándose estúpidamente y me preocupa mucho.*

El profesor camina entre los amplios jardines de la universidad, respondiendo los saludos de los alumnos.

-¡Hola! —ha dicho la mujer alta y atractiva que se acerca con pasos sinuosos, hasta él.

Luce pantalones ceñidos y una pequeña chompa que delinea a la perfección su silueta. El rostro maquillado, los cabellos brillantes sueltos al viento y una sonrisa que pretende ser natural.

—¡Hola! —ha respondido él.

—¿Se puede saber adónde se han metido? Los estuve buscando en el hospital, luego en la residencia universitaria y nada, se hicieron ustedes humo. A tu otra amiga no la busqué, porque no sé dónde vive.

—Tampoco la hubieses encontrado, al salir del hospital llevé a ambas a mi casa...

—¿A tu casa? y ¿por qué? ¿No podían cuidarse solas?

La mujer se arrebata, mueve el hermoso cabello de un lado para otro, los inmensos ojos azules bailotean en sus órbitas, gesticula y se acerca mucho al profesor que le sostiene la mirada, aquella mirada que en otros tiempos lo sedujo.

Se da cuenta del error de su ímpetu. Suaviza la voz.

—¿Cómo está la chica?

—Mejorando, es joven y fuerte, tendrá que usar muletas durante algún tiempo, pero pronto estará bien.

—Y la otra mujer, tu compatriota, ¿la está cuidando?

—Ya te he dicho que sí, ahora están las dos juntas, descansando en mi casa.

—Y ¿por qué has confiado en una desconocida y no me has pedido que lo haga yo?

—Todos somos desconocidos hasta que empezamos a conocernos. En cuanto a ti, por favor, una vez te dejé una niña a tu cuidado ¿recuerdas?

—Ya hemos hablado de eso, yo no tuve la culpa de nada. Mira, ¿por qué no tomamos un café y conversamos un rato?

—¿Un café? Odiabas el café, recuerdo que decías que arrugaba la piel. No, disculpa, dentro de cuarenta minutos debo dictar otra clase.

—Cuarenta minutos es bastante tiempo para...

—No, lo siento, necesito ir a la biblioteca a buscar unos libros.

El hombre hace un esfuerzo por no ser descortés, pero nada más, la última mujer del mundo con la que quisiera tomar un café sería ella, a pesar de su innegable belleza, de su perfume que, cosa extraña, ha comenzado a detestar. Hace un gesto de despedida y se dirige a grandes pasos hacia la biblioteca de la universidad.

(Imbécil, murmura la dueña de los ojos azules).

Este país es el sueño quimérico de muchos latinos, intelectuales algunos, que llegan a él sedientos de cultura y de los otros, aquellos que salen huyendo de sus propias realidades y se refugian aquí buscando una alternativa para sus vidas sin rumbo.

La mujer delgada y triste, cansada muy cansada, que hace de portera en el hospedaje de la mujer mayor, es una de ellas.

Hace ya bastante tiempo que está en este país, no tiene familiares ni amigos y por esto ahora que ha conocido a la mujer que se hospeda en la habitación a la cual está ingresando, ha creído reconocerse en ella, intuye su pasado, extraña su presencia y la forma en que detiene la mano en su hombro, la sonrisa no tan triste, pero triste, que casi siempre tiene grabada en su rostro.

Ya adentro de la habitación que da al parque, observa por unos instantes la forma cómo ha colocado los muebles, su ropa, sus escasas pertenencias. Abre las cortinas, las ventanas, y procede a asear la habitación. Retira las flores del jarrón y coloca otras frescas. Se respira un aire de serenidad, muy distinto al de las otras habitaciones. Se sienta

unos instantes en el sofá que mira al parque y desde allí le parece verla, menuda y frágil, caminando bajo el cielo nublado de ese invierno.

Sacude con esmero los libros, los mínimos artículos personales, luego aseca el baño, la cocina. Una cafetera con residuos de café y una taza, es todo lo que allí encuentra. Lava y ordena todo con esmero.

(¿Estará huyendo igual que yo de alguien o de algo? Claro que ella es diferente pero igual está de sola y triste ojalá me hable cuando regrese aquí es imposible hacer amigos metida dentro de este edificio me siento morir día a día pero debo hacerlo aquí por lo menos tengo un trabajo seguro y algo que mandar a mi gente ella estoy segura lo comprende ojalá no le suceda nada malo y esa chica y ese hombre quiénes son se nota que de la universidad no me atrevo a preguntarle nada quisiera conversar con ella hace tanto tiempo que no hablo con nadie y estoy tan cansada).

Vuelve a cerrar las ventanas y sale dando un vistazo a toda la habitación.

—¿Te das cuenta? —la francesa se dirige a un hombre pálido y flaco con quien toma una cerveza—, así nomás, sin decirme nada, él se lleva a esas dos mujeres a su casa y me deja aquí, sin explicaciones.

—Trata de ser sensata, mujer, ¿por qué habría de darte explicaciones? Lo de ustedes terminó hace mucho tiempo.

—Ahora no vengas también tú a traicionarme. Tú sabes que dediqué a este hombre muchos años de mi vida. La chica no me molesta, es una mocosa alumna de su curso y es buena gente, es la otra la que me irrita, con su aire de inocente. ¿Qué le habrá visto a esa mujer tan insignificante? Imagínate, las ha llevado a su casa, nada menos. Me muero de la rabia de sólo pensar que estarán largas horas conversando, haciéndose confianzas. Éstas, con cara de moscas muertas, son las peores. Ya la vi la noche que estuvieron en mi casa,

se hizo la enferma, claro, porque sabía que tendría que ser él quien la acompañase. Al final salió con su gusto. Pero ni crea que me quedaré con los brazos cruzados.

—¿Y qué vas a hacer?

—Qué vamos a hacer, dirás. Recuerda que yo te he ayudado muchas veces en tus asuntos, ahora tú debes ayudarme.

—Tú estás loca, ¿en qué forma te voy a ayudar?

—Tenemos que pensar y rápido, seguro que se quedan allá hasta fin de semana. Piensa, piensa y no te hagas el idiota, que a veces tienes buenas ideas.

—Pero si yo ni conozco a esa mujer, ¿por qué me voy a meter en este asunto?

—Tú sabes por qué.

Tras la ventana, la higuera.

Sus hojas danzando al ritmo del viento, cortando el tenue sol de invierno en hebras y puntos y sombras luminosas. Sobre los muebles y las paredes se dibujan peculiares siluetas. También sobre el libro que la mujer intenta en vano leer. Tiempo atrás, ése era su mayor placer, subrayaba las frases que ella hubiera querido expresar y que las sentía propias, pero ahora las está viviendo.

Se entolda la tarde.

La chica, desde el sofá, mira melancólica el jardín.

—¿Por qué se estará demorando tanto? —rompe el silencio.

—Cálmate, él ha perdido mucho tiempo con nosotras, y tendrá muchas cosas pendientes.

—Sí, pero...

No termina la frase y ambas escuchan el ruido del viejo auto al detenerse frente a la casa. Lo observan sólo unos segundos y luego la mujer sale.

Ha corrido hacia la puerta, se detiene un instante y sin contener su impulso, atraviesa la terraza, parte del jardín y allí está frente a él.

—Llego con mucho retraso, ¿verdad? —dice él—, tuve que comprar algunas provisiones y luego recoger las muletas.

Se abrazan. Voluptuosamente ella siente el roce de su barba en su frente, luego en sus mejillas, él coge su rostro entre las manos y se detiene a mirarla. Ella no se resiste.

La chica, desde la ventana, mira la escena.

Un tanto ceñuda, la mujer rolliza les da el encuentro y procede a bajar algunas bolsas y las muletas del auto.

Van al cuarto de la chica.

—Por fin llegó usted profesor, ya nos estábamos preocupando.

—¿Cómo han estado? ¿Te sientes mejor?

—Pero claro que sí, con la buena enfermera que tengo nada me falta, excepto las muletas, ¿las trajo usted?

—Por supuesto, ¿cómo iba a olvidarme de algo tan importante?

—Aquí están —la mujer rolliza las coloca displicente sobre la cama.

—¿Quieres intentarlo? —dice él.

—Sí —grita la chica y con gran agilidad ya está saltando en un pie.

—Con cuidado, por favor, a ver, yo te ayudo. No así no, coloca aquí tus manos, pon firme tu cuerpo, aférrate a ellas con fuerza.

—Están un poco altas, ¿no? —interviene la mujer.

—Tienes razón, a ver déjenme a mí.

El profesor gradúa la altura y ayuda a la chica que goza con su nuevo juguete, al fin se instala e intenta unos pasitos de rana por la habitación. Los tres ríen ante los esfuerzos, la ayudan, que así, que no, está mejor, hasta que después de quince minutos de cansador aprendizaje la chica se desploma sobre la cama.

—Piedad, por favor —exclama con un gesto teatral.

—Por hoy, está bien, mañana estarás hecha una experta.

—Mucho depende de la maestra —agrega el profesor—, ahora voy a tomar una ducha y luego seguiremos conversando. Además, me muero de hambre.

—Nosotras también.

Cenan, contando cómo han pasado el día. Sendas copas de vino los acompañan, conversan unos minutos más y luego llevan a la chica a la habitación.

—Mañana es sábado y no voy a la universidad, me quedaré todo el día con ustedes.

—Uyyy, qué bueno —dice la chica.

**La mujer mayor vuelve a sentir el soroche, la rueda girando, el vértigo,** el corazón igual que un sordo tambor que pierde el ritmo.

Él aún se queda unos instantes en la habitación, luego sale, mientras la mujer mayor ayuda a la chica a acostarse.

La mujer rolliza se ha asomado a la puerta y les pregunta que si desean ustedes algo, que no, gracias, y la chica, ¿viste su cara?, ¿qué se habrá creído? La mujer mayor deja pasar unos minutos, arregla los libros que han traído en la tarde.

—¿Quieres leer algo?

—Sí, dame el de pasta azul, es una novela escrita por él. Ayer la estuve hojeando, es un libro extraño. ¿Sabes? En lo poco que leí es muy similar a esta historia que estamos viviendo, es bien rara, una historia dentro de otra, yo no sé de esas cosas, quizá tú la entiendas...

La mujer se ha pasado todo el día queriendo leer ese libro, sin embargo no se ha atrevido, siente que allí está escrita la historia que tanto desea conocer, esa historia que no sabe por qué siente parte suya. Teme encontrar algo entre las páginas que luego la obligue a interpretar un papel, no quiere que su vida continúe a la manera de un parlamento que otro escribe. Ella quiere escribir su propia historia.

—Yo también quiero leer ese libro pero temo ser indiscreta.

La chica ríe cuando ella le demuestra sus aprehensiones.



—Pero si está publicado, es para que lo lea todo el mundo ¿no? Tiene que concederle la razón a la joven.

Y su mente, machacando el auto reproche.

(Claro de seguro estoy esperando que él me invite a leerlo por qué tengo que ser tan respetuosa con lo que sientan los otros es que acaso lo han sido conmigo No no se trata de respeto lo que pasa es que aunque lo niegue tengo miedo tengo miedo de encontrar algo que me despierte de este sueño y si así fuera qué podría pasar nada quizá ni lo recordaría o quizá sí pero es mejor que no lea ese libro y la chica del retrato pobre cuál sería su sufrimiento para buscar a la muerte de esa manera porque claro todos en algún momento tenemos la tentación de acabar de una vez y para siempre pero para hacerlo hay que tener mucho valor la muerte no es una broma de la que luego se regresa y significa sólo una aventura no la muerte debe doler y a los que se van por su propia voluntad más aún irse para siempre sin nadie que los despida sin un abrazo sin un beso recordarán los muertos nos extrañarán me recordarán mis muertos mis queridos muertos que me dejaron uno tras otro tan solitaria dónde estarán y él me imagino lo que habrá sufrido una hija no quiero ni pensarlo).

—En esta casa —le ha contado la chica—, es que ocurrió la tragedia.

En efecto, ella puede percibir la muerte en las paredes, en los rincones, en las manos de la higuera que parecen llamarla.

**No siente temor, más aún la embarga un sentimiento dulce, comprensivo.**

Siente la presencia de aquella muchacha, tan cruelmente asediada y conducida a ese tormentoso final. Las gruesas vigas de madera respiran aún su presencia inocente, en un halo entretejido de luces y sombras.

Los recuerdos emergen desde el confuso fondo de su ser, sus queridos fantasmas y el tiempo de las despedidas y la sensación de

ser la que, desde el andén, despedía siempre a los viajeros entre el ruido monocorde que se hacía más y más rápido, más y más rápido hasta que **el sonido de la máquina se hacía una línea recta.**

Ahora está viviendo otro tiempo. Ella es la viajera, pero ¿cuál es su destino? ¿Hacia dónde se dirige?

Le alcanza a la chica, en silencio, el **libro de tapa azul.**

El pasillo que conduce a la sala se alarga ante sus pasos siente que camina en el mismo sitio una inquietante embriaguez apresa su cuerpo al final de ese camino está él detiene sus pasos se resiste pero su cuerpo avanza una voluntad ajena se acopla a la suya.

Sentado en uno de los sillones, el hombre la observa. Su mirada la recorre y haciendo un gesto la invita a acompañarlo. Ella accede, sin embargo algo en su interior se repliega e impide el abrazo que la espera. Un río oscuro y empantanado los separara.

Él se turba y no sabe qué actitud tomar.

(¿Qué fue de la mujer que hace apenas un par de horas corrió a mi encuentro y se abandonó entre mis brazos? ¿Qué error he cometido?).

Busca sus ojos pero no halla su mirada, ésta se pierde hasta juntarse con la mirada de la muchacha del retrato, que desde allí, los contempla con una sonrisa indefinida.

(Ahora tiene unas flores en el pelo y ha girado la cabeza hacia el lugar en donde ellos se encuentran).

**Una mariposa con las alas rotas ha caído a tu lado.**

**Los cuervos se acercan, no hay lugar donde esconderse...**

Él sabe que hay momentos en los que las palabras están de más, él sabe que éste es uno de esos momentos.

—¿Por qué tanto dolor? —pregunta ella.

Con esfuerzos él logra recuperar su mirada, sus ojos siguen preguntando y él se siente incapaz de una respuesta. Se queda allí atrapado por la incertidumbre, contemplándola, viendo cómo se van humedeciendo sus ojos.

El hombre vacila. Sus manos, que creía expertas, se tornan torpes en la caricia. Intuye que debajo de la piel de aquella mujer, corre un río inmenso de aguas desconocidas que no dejan ver el fondo. Tantea en la oscuridad de esas visiones, intenta encontrar la salida pero se da cuenta que es inútil. La profundidad de ese instante es la muerte misma.

La mujer, repitiendo el gesto que hizo el día de su boda frente al espejo, desliza su rostro sobre el rostro de aquel hombre, sobre su barba, sus labios, se detiene, retrocede. Es sólo un instante pero para ambos la noche se ha detenido allí, entre sus cuerpos, uniéndolos y separándolos en una pugna dolorosa. Se acercan sin prisa y descubren su cercanía, el goce inefable de sentirse seres nuevos, seres que han recobrado las señas que los condujeron por caminos equivocados.

Afuera el viento agita los inmensos árboles produciendo una lánguida melodía, que se entrelaza con **el canto lejano de una mujer** y con el canto de los grillos.

Las notas se diluyen en la noche, para luego recomenzar en una especie de plegaria que recorre sus cuerpos y asciende en minúsculas burbujas que galopan en sus hombros, en sus nuca, para luego ser todo manos y labios y lágrimas y sudores que se confunden.

El dormitorio del hombre es amplio y huele a madera recién cortada.

—¿Qué estará haciendo a esta hora, la amada y dulce Rita de junco y capulí? —se burla el que lo sabe todo.

—Señorita, Sofía no quiere comer desde ayer —interrumpe la empleada.

—Pero le has dado ¿no?

—Claro, pues señorita, si fue lo primero que me encargó la señora.

—Bueno si no quiere comer, no le vas a abrir la boca, tú cumple con darle —interviene el duro de gesto y de palabra.

—¿Qué creen que estará haciendo? Hablen pues.

—Si no se divierte por allá no tendrá opción a reclamo. Que haga lo que quiera —añade el de las buenas intenciones.

—Oigan, ¿se han dado cuenta lo poco que ha escrito?

—Y tú ¿siquiera le has contestado una vez?

—Verdad ¿no?

—Siempre exigiendo, creyendo que te lo mereces todo.

—Yo le he escrito dos veces, pero da la impresión de no haber recibido nada.

—¿Y si no han llegado? ¿Y si se ha mudado?

—Nos lo hubiera dicho, tonta, además estaría en el remitente de la carta.

Sofía los mira desde la silla que ella usaba, hecha un ovillo esconde la cabeza entre las patas delanteras. Tiene frío y su respiración es lenta, muy lenta. Nadie repara en ella.

Es algo trivial.

—Pero, ¿qué haces? —pregunta la mujer mayor un tanto sobresaltada al ver a la chica, sentada en la cama, observándola.

—Te miro dormir, ¿sabes? Nunca te había visto dormida y ahora era muy tierno hacerlo. Sonreías y tu expresión era muy dulce. Se te

veía muy joven, entonces yo pensaba ¿cómo esta mujer puede tener una hija de mi edad? Si podría ser una compañera de la universidad.

—Ya vamos, no exageres —dice la mujer sin incorporarse—, a todas las personas se les ve más jóvenes cuando duermen o cuando están muertas, que es algo parecido. Lo que pasa es que el sueño y la muerte son lo único que nos aleja del trajín diario de la vida, entonces nos volvemos niños, cada músculo regresa a su lugar, no hay ceños fruncidos, no hay gestos que traicionen.

—¿Y la sonrisa? ¿Por qué sonreías, ah?

—No lo sé, pero si sonreía es porque era feliz ¿no?

—Yo tuve un sueño ma-ra-vi-llo-so, imagínate.

(La mujer cierra los ojos para imaginarlo mejor).

—Estábamos, tú, el profesor y un montón de gente más y por supuesto yo, a la que lograba ver envuelta en un hermoso vestido blanco y rodeada de flores; a mi lado había un hombre cuyo rostro no podía ver, pero que lo imaginaba lleno de ternura.

Salíamos de una capilla, supongo que era mi boda. Tú vestías un vestido largo de un tenue color violeta, te acercabas a mí con una caja o un cofre, no lo sé, y me lo entregabas. Yo lo abría y en su interior habían una multitud de menudas piedras de colores muy intensos, poco a poco se iban haciendo más y más transparentes hasta convertirse en pequeños espejos que reflejaban, en pequeños ángulos, mi rostro, el del presunto novio, que aparecía difuminado con el efecto aquel que utilizan en la televisión cuando no se quiere que la persona enfocada sea reconocida, el del profesor y el tuyo.

El espejo con tu imagen creció hasta ocupar todo el cofre y desde allí tú me sonreías, abrías los brazos y me acogías entre ellos. Ya no estaba vestida de blanco y el resto de la gente había desaparecido. A pesar de esto, yo me sentía muy feliz.

Un pequeño ruido, creo que en la cocina, me despertó. Estaba aún metida en esa visión cuando volteeé y te vi y tu sonrisa me hizo

tener la sensación que tú también estabas soñando lo mismo.

—¡Qué bueno! Éste es el sueño que necesitabas.

—¿Cómo así?

—Ya verás, estoy segura de que de aquí en adelante sólo tendrás sueños buenos, convéncete de ello. Al dormirme, cada noche, recuérdalo —sentenció la mujer con una seguridad tal, que la chica no dudó en creerle—, éste es el inicio de tu liberación.

—Ven, ven, dame un abrazo —obligó la chica.

La mujer se deslizó de la cama y fue a su encuentro. El olor joven se fundió con el olor pleno que brotaba de su cuerpo maduro.

A través del hombro de la mujer, la chica vio algo sobre una silla.

—¿De quién es esa bata?

—De él. Es que, anoche, hacía mucho frío y...

—Oye, oye, no te estoy pidiendo explicaciones.

La atrajo hacia sí, hasta tumbarla sobre la cama.

—Estás loca, chica, mira lo que haces.

—Estamos locas las dos, mejor dicho los tres.

Unos leves golpes en la puerta y la voz de la gorda avisándoles que, cuando quieran, el desayuno está listo.

—Y nosotras jugando ¡qué vergüenza! Anda, dúchate tú primero, yo lo haré luego, porque me demoro más con esta bendita pierna, o mejor no, me ducho después del desayuno.

La mujer entró al baño llevando sólo sus prendas interiores y al pasar recogió la bata del profesor. El agua tibia se deslizó sobre su cuerpo, en una caricia lenta, sensual. Ella recordó.

Al salir, la chica ya hacía esfuerzos por subirse a las muletas y luego se dispuso a asear su rostro y darse un pequeño retoque, que es siempre necesario, agregó con gracia.

La mujer buscó entre su ropa, quería algo especial, algo que le quedara muy bien, necesitaba los consejos de su amiga. Sacó todo lo que había llevado, un par de faldas largas, un polo, una blusa, unos

jeans, sandalias, zapatillas; no se decidía por nada. La chica salió del baño.

—Oye, ¿te vas a poner todo eso?

—¡Cómo crees, mujer! Quiero que me aconsejes.

—Y ¿de cuándo acá pides mi consejo?

—Ya, no la hagas larga, ¿falda o pantalones?

—Déjame ver, humm, para la ocasión, creo que falda.

—¡Qué ocasión! Sólo quiero estar bien.

Escogieron la ropa. La mujer mayor dejó caer la bata al suelo y la chica, que por lo visto estaba de muy buen humor, dijo sonriendo.

—Uyuyuiiii, tienes bonito cuerpo, ¿cómo puedes haber tenido bebés en ese vientre tan chiquito?

La mujer mayor se apresuró a cubrirse. No había logrado superar el eterno conflicto con su cuerpo. Igual que las marcas habidas en el rostro, sabía que el tiempo tenía que haber dejado huellas en él, pero la chica continuó con el halago y el cómo has hecho para no engordar y el por qué no tienes esas rayas que les sale a las mujeres mayores. Estrías, acotó la mujer mayor, y ya, basta de halagos, me los voy a crear.

—Voy a ver cómo va el desayuno espérame, ya vuelvo para ayudarte.

—Déjame intentarlo sola. Tú ve, anda, se te ve tan ansiosa.

Antes de salir la mujer se asoma por la ventana y sí, allí en el jardín, lo ve correteando con Dante. Se dirige hacia la puerta principal, traspasa la terraza y baja al jardín. Se detiene unos instantes para apreciar la escena, se le nota distinto, podría decirse que feliz, juega con el perro zurdo arrojándole una pelota que el perro recoge y se la trae de vuelta. Nunca lo había visto con ropa de casa, jeans y camisa sport.

Ella camina un trecho por el amplio jardín y de pronto es descubierta por el inmenso perro que no lo duda, va a su encuentro

y comienza a dar vueltas a su alrededor. Teme que la haga caer pero no, el perro juguetea con mayor prudencia que la que hubiese tenido un ser humano.

—**Buenos días, dormilona** —dice él.

—Buenos días —dice ella un tanto cortada por la mirada de él. Se acercan.

—¿Quisieras que tomáramos desayuno, aquí en la terraza? Está saliendo un poco de sol, bueno es un sol de invierno, sólo alumbra, no calienta.

—Sí, si deseas espéranos aquí. Ahorita venimos.

Él sonríe afirmativo, mientras ella ingresa al interior de la casa. A los pocos minutos sale la chica de los cabellos oscuros haciendo esfuerzos con las muletas, y luego las otras dos mujeres trayendo todo lo necesario para el desayuno.

—Hoy esta casa es un hogar —murmura él.

—Es un hogar aun cuando estés solo. Es tu hogar —recalca ella.

—Entonces es un hogar de fiesta porque están ustedes.

—Profesor, qué bueno es verlo tan contento y a ti también, ¿es que estamos soñando?

—Quizá lo estemos, sssssshhhh —agrega la mujer y cierra dramáticamente los ojos.

(Sí, esto es un sueño, sólo eso).

Ella detestaba el sol, así sin razón alguna, como casi todo lo que hacía, pensaba o decía.

El sol ensucia, la lluvia limpia, opinaba y no había quien la sacase de sus trece.

Cuando llegaba el verano ella preparaba su mal humor, sentía aversión por las playas repletas de gente brillante, unos al lado de otros. Insistía en demostrar que los olores de la gente cambiaban,



eran —decía—, olores densos, cargados de humores lascivos. La playa acalorada la consideraba un hacinamiento de personas exhibicionistas que atentaban contra la limpidez del mar y de la arena y del espíritu.

Le gustaba la playa en invierno o en otoño cuando el mar era un compuesto melancólico que dejaba escuchar su voz.

Entonces paseaba bordeando la espuma tibia y limpia que entre pequeñas burbujas se llevaba sus huellas. Muchas veces estuvo tentada de seguir las, de ver hacia dónde se iban, pero sus pies se hundían en la arena y entonces permanecía contemplando absorta los hoyos que, llenos de agua, rodeaban sus tobillos.

Algunas veces caminaba sola, otras lo hacía acompañada de algún solitario depresivo, pero no, ella no se deprimía cuando deambulaba en ese silencio, muy por el contrario, se sentía en paz con el paisaje, con el tímido vuelo de los pájaros que, ignorando su presencia, bajaban con serenidad a picotear entre los guijarros esparcidos por la playa.

Por esto, el sol de este día le es propicio en su brillo transparente. Sólo chispazos de luz que aclaran los contornos, resaltan colores y tersuras.

Este sol que acaricia, sí le gusta.

Dante es muy educado, durante el desayuno ha permanecido en un extremo de la terraza, bajo la sombra de la gran higuera. De rato en rato levanta su pata izquierda y juega con su oreja. No espanta ningún insecto, es sólo una manía que tiene. Los mira, moviendo la cabeza de un lado para otro. Se le ve feliz por estar acompañado.

Cuando la mujer rolliza recoge el servicio, Dante se acerca y el profesor le da trozos de pan que le tiene separados.

—Les tengo una sorpresa. Ven.

El profesor se pone de pie y cogiendo la mano de la mujer, la invita a seguirlo.

Se dirigen a la cocina, la mujer rolliza lava el servicio. Él abre la refrigeradora y una mezcla de intensos olores se escapa de ella.

—Cerca de la universidad hay un mini mercado que vende ingredientes para cocinar comida nuestra. Pues anoche se me ocurrió que entre los dos podríamos cocinar algo de nuestra tierra, ¿qué te parece?

La mujer rolliza hace una mueca de desagrado, la mujer mayor aspira con fruición el olor del culantro, el huacatay, la albahaca, los pimientos.

—¡Qué delicia!, Dios santo. Humm.

—Pero aún no me has dicho si te alegra.

—Pues claro que sí, lo que temo es defraudarte, no soy tan buena cocinera, pero haré uso de mis mejores recursos.

—Yo sí soy buen cocinero —se ufana él—, ya lo verás.

—Conmigo no cuenten mucho, tantos condimentos me dan náuseas —gesticula la gorda.

El hombre y la mujer contienen a duras penas la risa.

—Tú no te preocupes por nada, sólo nos ayudarás.

—Es que esos olores tan penetrantes me marean; no sé cómo pueden comer esos guisos tan...

—No se preocupe —dice la mujer mayor—, verá cómo esta vez ni los siente. Sí, es verdad, somos un poco exagerados.

Ambos salen de la cocina, para luego volver acompañados de la chica.

La mañana transcurre en un ajetreo inusual. Determinan los platos a preparar, sacan los ingredientes y los van colocando sobre la mesa. La mujer mayor intenta hacerse cargo de la situación, se ríe ante sus errores, mientras el profesor demuestra sus habilidades. La chica de los cabellos oscuros ayuda sentada en un extremo de la mesa.

Comienzan los aderezos, los aromas se confunden, prueban de una y otra olla, la chica se divierte. El profesor descorcha una botella

de vino, los tres brindan despreocupados y felices.

—Un poco de música nuestra no vendría nada mal, ¿verdad?

—Por supuesto —agrega la chica—, hoy hemos viajado a nuestras tierras.

—No exagere, señorita, sus países están muy lejos —con el rostro contrariado agrega la gorda.

El profesor la ignora, conoce sus impertinencias y la tolera más por lástima que por otra cosa. Se dirige al viejo equipo de música y coloca un *cassette* de antiguas melodías latinoamericanas.

La música, piensan ellos, mejor que ninguna otra cosa da forma a los recuerdos, los delinea, arrastra olores, presencias. Estas canciones son muy viejas, oídas en sus infancias y adolescencias, en el lejano tiempo de la inocencia. Ambos recuerdan con nostalgia esos años, hasta tararean un poco la letra de las canciones.

La chica los mira con la sorpresa propia de su edad, admirada de esa singular concordancia.

(Debe haber sido bonita la época en que ellos fueron jóvenes).

De pronto, rompiendo la placidez de aquel momento, se escucha un fuerte chirrido bordeando la última curva antes de llegar a la casa, luego una inmensa polvareda ensuciando el aire limpio de la mañana, al final una frenada impulsiva y la visión de un novísimo auto rojo que se detiene ante la cerca.

Un perfume intenso ingresa contoneándose sobre el cuerpo esbelto de la mujer de los ojos azules, choca con los aromas culinarios, se hace un revoltijo nauseabundo que deja sin habla a los tres. La mujer rolliza, por lo contrario, se complace y recupera su bienestar.

La francesa se desliza sinuosa, pasitos de *top model*, hombros hacia atrás, pelvis adelante; viste pantalones y un pequeño polo de amplio escote. Detrás de ella, desciende un hombre flaco y pálido que porta

unas inmensas bolsas. Antes de cerrar la puerta del auto hace sonar con gran insistencia, la bocina. Dante, que dormitaba en el jardín, corre hacia el hombre y dando un salto acrobático lo coge de la manga de la camisa hasta arrancársela, no le lastima ni un milímetro de piel. Su aspecto es cómico, con su brazo lampiño y blanco en cuyo extremo una mano se crispa colérica.

La francesa lo mira y sin ninguna piedad por su triste aspecto, se echa a reír.

—Es la señorita —dice la gorda—, al ver que nadie se dirige a la puerta de entrada.

—Anda, anda tú a recibirla —dice ceñudo el profesor.

—Hola familia —es más un grito que un saludo, el de la francesa.

El profesor no se mueve de su sitio, la mujer mayor se ha quedado petrificada junto a las ollas y cacerolas. Con la espumadera en alto parece a punto de dirigir una orquesta, la chica, en un gesto patético, deja caer la cabeza sobre sus brazos apoyados en la mesa.

La francesa conoce el camino, claro que lo conoce muy bien, ingresa a la cocina seguida del hombre flaco y pálido.

—Por Dios, ¿qué es este olor irrespirable que se siente hasta afuera? ¿Y ese ruido?

—Es nuestra comida y nuestra música —dice el profesor—, a modo de saludo y apenas girando el cuerpo hacia los visitantes.

—¡Ah no! Nosotros traemos lo mejor para este almuerzo. Tenía tantas ganas de verlos.

Se acerca primero a la chica, luego a la mujer mayor y por último al profesor estampando ruidosos besos en ellos. Muuuuá, muuuuá.

La cocina se estrecha, un súbito ventarrón la ha invadido sin ningún permiso. La visitante no se da por entendida del malestar que causa, habla sin parar, dirigiéndose a uno y a otro, mientras va enumerando y sacando de las bolsas las “deliciosas” conservas que trae. La mujer mayor la mira estupefacta.

¿Cómo esta mujer tan hermosa, con esos ojos azules como los sueños, puede ser tan insensata?, piensa.

Bueno, los ojos azules siempre le parecieron perversos (será por la colección de ojos de Josef Menguele), a ella le gustan los ojos oscuros o los color miel iguales a los del profesor o a los de la chica.

El profesor habla, sin disimular su enfado.

—Será mejor que no saques tus cosas, nosotros tenemos el almuerzo listo.

—Espera, espera y verás lo que he traído —y continúa en su inútil ajetreo—. Estas conservas, ¿recuerdas? Son tus preferidas.

-¡Qué bien! —exclama la gorda—, podré comer comida decente.

Se hace un penoso silencio apenas interrumpido por los ladridos de Dante que asoma su inmensa cara por el vidrio de la ventana.

—A propósito —el profesor se dirige a la chica y a la mujer mayor intercambiando con ambas una mirada cómplice—, ¿salimos a dar una vuelta para que hagas un poco de ejercicio? Ese era nuestro plan ¿recuerdan?

—Pero... esperen.

—No, ustedes pueden quedarse preparando su almuerzo. Vamos. Con gran rapidez ya la chica está de pie. Los tres salen al jardín.

El hombre flaco y pálido palidece aún más. Se dirige a la mujer francesa.

—Te lo dije, no sería tan fácil...

—Todo será fácil ahora que está usted acá ellas ya me tenían harta con sus aires de intelectuales con usted era divertido ponía música alegre no esos ruidos espantosos que ellos dicen “su música” hasta me invitaba un trago pero ellas sí que son aburridas leen conversan a media voz hasta tenía ganas de irme claro que no tengo adónde pero ahora todo se arregló —agrega con un sollozo la mujer rolliza.

—Basta, ya cállate, déjame pensar —grita la francesa.  
—Sí, señorita. Estoy para servirla.

Han ayudado a la chica a bajar las gradas, luego la dejan sola. Ellos van detrás, trenzados en un abrazo. Él la acerca hacia sí con fuerza inusual, no tienes por qué preocuparte, le dice. Ella se estrecha contra él, incapaz de pronunciar palabra.

—Mire, profesor, perdone que me meta —dice la chica, entre jadeo y jadeo—, pero esa señorita no tiene sangre en la cara. ¡Venir así! sin haber sido invitada y expresándose de esa forma... Perdóneme, pero me dieron ganas de darle una buena bofetada.

—Merece eso y mucho más, y tenía que ser justo hoy que estábamos tan felices. Perdónenme, perdónenme —se excusa el profesor.

—Está bien —agrega la mujer mayor—, tampoco vamos a hacer un drama por esto, sería darle demasiada importancia, ¿no?

—Es cierto, no dejemos que nos eche a perder el día. Que ella misma se dé cuenta de que está de más en esta casa. Debemos hacer algo para demostrárselo.

Los tres se detienen y cuchichean muy cerca. No está en la naturaleza de ninguno de ellos el confabular contra nadie, de manera que traman inocentes desplantes y sobre todo el formar un triángulo tan estrecho que no deje resquicio alguno por el que pueda filtrarse la presencia, ni siquiera la voz ni el perfume de la mujer que ha llegado a perturbar aquel día tan especial.

Dante corretea escuchando la conversación y de pronto se detiene frente a la mujer y le extiende su pata izquierda.

—De acuerdo, tú también formas parte del equipo —le dice ella, mientras acaricia su enorme cabeza.

El sol alumbra con suavidad la terraza. Regresan e instalan a la chica en una de las bancas.

Cuando ingresan a la casa, ven la mesa del comedor preparada, las latas han sido vaciadas en sendos platos, dos botellas de vino, descorchadas en el centro.

—Por lo que vemos, ustedes almorzarán aquí...

—Todos almorzaremos aquí —sonríe cautivante la francesa.

—Nosotros lo haremos en la terraza, sería una pena desperdiciar este sol tan hermoso —agrega la mujer mayor—, y sin esperar respuesta se dirige a la cocina.

Entre los dos sirven las viandas.

—El vino, no hay que olvidar el vino —dice él y atrapa al vuelo una botella—. Listo, ayúdanos a llevar este banquete a la terraza —ordena a la mujer rolliza, quien titubea unos instantes para luego obedecer **mascullando incoherencias**.

Al pasar por el comedor, la mujer mayor hace un gesto alegre.

—Te lo dije —dice el hombre flaco y pálido.

—Cállate, estúpido.

En el comedor una mujer furiosa tironea los cubiertos y los platos. El hombre de una sola manga sirve el vino y en su nerviosismo derrama la copa empapando buena parte del mantel.

—Eres un idiota, no sirves para nada.

En la terraza los tres ríen celebrando la exquisita sazón, prueban de uno y otro plato, brindan, por nosotros, por nuestra incomparable comida. Sus voces llegan hasta el comedor.

(La chica del retrato sonríe, con cierta ironía).

*Ya sabía yo que se metería en problemas, ¿y ahora qué hará? Ella no tiene muñeca para tratar estos problemas, cómo quisiera estar en su lugar o en el de este profesor medio lerdo, yo sin ninguna cortesía sacaba de aquí a estos dos con una buena patada en el trasero. Pero, claro, ellos son muy educados para*

*hacer eso. ¿Creen que estas porquerías se van a quedar tranquilas?*

*¡Ay princesa! Apenas te dejo unos momentos y mira lo que estás haciendo, ahora tomarás unas cuantas copas de vino y ya te veo llorando en un rincón. Y él, ¿qué hará?*

*En cambio esta francesa sí que tiene agallas, aunque sea una mierda hay que reconocerlo, y es guapa la muy sinvergüenza, la cólera la hace más atractiva. ¡Y esos ojos! Son para volver loco a cualquier hombre, normal, claro, porque este profesor parece sacado de un álbum del siglo pasado. Esto puede terminar mal y me preocupa mucho.*

La francesa se juega su última carta. Coge una botella y se dirige a la terraza, el hombre garabato la sigue con cinco copas.

—Éste es el mejor vino que hay, no podrán despreciarnos.

Y sin pedir permiso llena las copas hasta el borde.

—No te olvides que tengo muy mala cabeza, alguien tendrá que acompañarme luego a mi cama —sonríe con coquetería la mujer mayor.

—Por eso no te preocupes, desde ya me ofrezco para hacerlo —también sonríe él.

—Humm —huele el vino la chica—, no está mal, pero no sabes cómo está el nuestro, lástima que queda muy poco para invitarte.

Dante interviene pidiendo su ración de pan. Con éste en la boca se dirige donde la francesa, da vueltas a su alrededor y por último se para en dos patas y le restriega el humedecido trozo en su corto polo que se llena de migas y saliva.

—Asqueroso —grita ésta—, perro asqueroso.

Y en su afán de deshacerse de él retrocede y tropieza con un macetero, trastabillando y cayendo sentada al suelo en una postura



graciosa y a la vez ridícula. Al caer derrama la copa de vino sobre su ropa, completando su lastimoso aspecto.

—Por Dios —se levanta presurosa la mujer mayor—, déjame ayudarte.

Contiene con esfuerzos la risa. La chica ríe con libertad.

Los dos hombres se miran y no pueden evitar una sonrisa. Dante, a prudente distancia, come el resto del pan mientras levanta su pata izquierda: soy parte del equipo, no lo olviden.

Ante el ruido llega la gorda; con aire compungido ayuda a levantar a la francesa, no sabe lo que ha ocurrido y sólo atina a mirar con odio a la mujer mayor que, por el vino y la risa, casi no tiene fuerzas.

—Deje, deje señora, usted está para que la ayuden.

—Modérate —grita el profesor—, anda, ayúdala a cambiarse. Has traído otra ropa ¿no?

—Por supuesto, ¿crees que iba a estar dos días con lo mismo?

—¿Dos días? —exclaman en trío.

La francesa no responde y sobándose los glúteos ingresa al interior de la casa seguida por la gorda que, por solidaridad, también se soba sus enormes nalgas. Detrás, el hombre flaco con una sola manga, su brazo colgando cada vez más flaco y blanco.

El profesor vuelve a llenar las copas y brinda:

—Por Dante.

En el hospedaje, la mujer delgada y triste, cansada muy cansada, ha recibido dos cartas. Siente inmensa curiosidad por saber de quiénes son, pero el respeto se impone y las coloca sobre la mesa de noche de la huésped. Hay flores frescas en el jarrón. Se sienta en el sofá y piensa en sus dos hijos, allá en Centroamérica.

Ojalá tengan un mejor futuro que yo no sé si sea bueno que algún día vengan esta gente es tan indiferente y nos desprecia tanto

pero qué podemos hacer si allá no hay trabajo sólo aguantar hasta que Dios se apiade y callarnos la boca y obedecer pero hasta cuándo tendremos que esperar y ella ojalá regrese pronto quisiera contarle algo de mi vida quizá podría explicarme por qué son así las cosas.

La mujer mira su uniforme azul, sus manos gastadas por el quehacer cotidiano, siente pena por ella misma, recuerda sus años jóvenes cuando estudiaba y estaba llena de sueños.

Luego todo se vino abajo cuando conocí al padre de mis hijos ese sinvergüenza que me abandonó cuando estaba embarazada de mi segundo hijo y desde allí tuve que vérmelas sola haciendo cualquier cosa hombres desgraciados éstos sólo sirven para hacer hijos ya los quisiera yo ver enfrentándose a la vida como lo hacemos las mujeres y ella cómo será su vida yo la noto triste a pesar de su sonrisa.

Sí, la mujer mayor sonríe con esa liviandad que otorga el vino antes de llegar a la embriaguez, es consciente de estar participando en un juego peligroso, pero se siente bien, dueña de su cuerpo y de su alma y decidida a defenderse de cualquier ataque, así provenga éste de la hermosa mujer que, adentro de la casa, descarga toda su furia.

La francesa ha llevado su maleta al escritorio del profesor y sin ningún cuidado saca sus prendas y las va desparramando por la habitación, sobre la mesa de trabajo, sobre el *chaiselongue*, sobre el sillón y por último en el suelo. Al hacerlo, empuja con descuido libros y papeles y también la pequeña fotografía de una niña que juega con un perro. Cae al piso y se quiebra en pedazos.

—¡Maldita! —exclama—, por tu culpa pasa todo esto, pero no volverá a suceder, te lo juro.

Se prueba varios polos que desecha arrojándolos al aire. Al fin se viste, ¿qué me miras, estúpido?, se dirige al hombre garabato que desde el extremo de la habitación la mira perplejo.

**Tu *manager* y tu agente están ocupados telefoneando  
Para vender fotografías en color a las revistas del país.**

La tarde ha enfriado. Deciden entrar.

La chica apenas si ha demorado unas horas en adaptarse a las muletas, de manera que sube con agilidad las gradas. La mujer mayor no puede dejar de comentar.

—¡Qué maravillosa es la juventud!, mira, da la impresión que las está usando hace meses.

—Su poco peso la ayuda en esta tarea —exclama el profesor.

—No se trata de peso físico, es algo que viene de adentro, es un impulso que abarca todo el ser y que te torna liviano o pesado. ¿No te has dado cuenta que hay gente joven a la que se le nota abotagada, pegada al piso, arrastrando Dios sabe qué pesos que les impide volar? En cambio ella es tan ligera, Me imagino que debe de tener alas que nacen desde su corazón.

Los dos van hacia la cocina, él la atrae hacia sí.

Es una necesidad imperiosa la de estar cerca, necesitan tocarse, sentirse y comprobar que están allí, a salvo de cualquier daño. Son tan pocas las horas que han dedicado a este amor tan nuevo y tan viejo, que no pueden dar crédito a esta emoción que los abarca en una embriagante totalidad. No podrían definirla ni decir con exactitud de qué componentes está hecha, pero ambos coinciden, sin decirlo, en que algo ajeno a sus voluntades, al tiempo y a las circunstancias los ha atrapado sin remedio. Además ellos no buscan respuestas, no las necesitan.

—Perdóname —dice él—, quise que hoy fuese un día excepcional y sin embargo esta mujer está aquí perturbándonos. ¿Cómo pude en algún tiempo pensar que la amaba? ¿Cómo pude ser tan necio?

—No te lastimes por algo que no tiene solución, aquí estamos tú y yo y esto, que no sé que nombre tiene.

—Esto tiene un solo nombre y ambos lo sabemos, dejémoslo allí, cuidémoslo y que sólo nos pertenezca a nosotros.

—Sí, ahora preparemos un buen café. Creo que el vino está correteando por mi cuerpo.

Ella se esmera en la preparación, recuerda a su padre realizando esa tarea, era un ritual en el que nadie osaba intervenir. *El café tiene su propio movimiento, no hay que apurarlo, él sabe cuando debe llegar, gota a gota, escucha sus palabras.*

El olor del café se expandía por toda la casa vieja, ella lo percibe ahora con toda la intensidad de aquellos momentos imborrables de su infancia.

La mujer mayor va hacia la sala y observa el desplazamiento de la chica.

—Muy bien, ahora a recuperar fuerzas con un café.

—Sí, ya no puedo más.

La cara de la chica demuestra contento, a pesar de la fatiga. Van hacia la cocina y la ayudan a sentarse. Los tres intentan olvidarse de que allí, a pocos metros, una mujer despechada urde alguna estrategia que le permita vengarse de esa estúpida mestiza que le está robando lo que cree suyo.

—Un café sin un cigarrillo es un café a medias —el profesor extiende los cigarros a la mujer.

—Yo también quiero uno —se engríe la chica.

Toman el café, juegan con las volutas de humo, conversan de las frutas que permanecen en los árboles, aún en invierno.

Afuera llovizna.

—Es magia, sólo les pido que permanezcan ahí, saludables y alegres y ellas obedecen —bromea él.

—Cuando se piden las cosas en voz alta y concentrando toda la energía posible, sucede esto y mucho más de lo que creemos posible ¿verdad? —dice la mujer.

—Pues entonces pediré en voz alta y con toda mi energía que esos dos se vayan derechito al infierno —agrega la chica.

—¿Qué estarán haciendo? Me muero de curiosidad por saberlo.

—Pues vamos a averiguarlo.

Se ponen de pie y se dirigen al escritorio.

Sólo tienen que abrir aquella puerta para ver una escena deprimente hasta el extremo. La mujer yace acostada en el *chaiselonge*. El hombre de una sola manga está sentado en el sillón y la contempla con una mezcla de admiración y desprecio. Las ropas se encuentran dispersas por toda la habitación, los libros y papeles por el suelo y también la fotografía hecha añicos.

El profesor se transforma.

Ya no es más el hombre dueño de sus actos, ya no la cautela ni la serena actitud que por lo general lo acompañan. Ese lugar, su lugar, ha sido violado por un par de intrusos, de una manera intolerable.

—¿Qué significa esto? —grita—, ¿quiénes se han creído ustedes que son?

La mujer se incorpora en un estado lastimoso. Trata de hablar, pero el profesor la interrumpe y cogiéndola con brusquedad del brazo la zarandea de un lado para otro. La suelta y se dirige al hombre flaco y pálido.

—¿Y tú, quién demonio eres? —lo coge de la raída camisa y lo eleva en el aire antes de estrellarlo contra la puerta—. En este momento, los dos se van de esta casa, ya he tenido bastante paciencia, par de imbéciles.

Recoge en desorden la ropa de la mujer y la mete en la maleta sin cerrarla, de modo que las prendas cuelgan informes por los costados, se vuelve a dirigir a la francesa, que no sale de su asombro, y la empuja hacia afuera. Las dos mujeres se hacen a un lado para evitar ser atropelladas por la furia que se ha desatado en esa habitación. El profesor, tan gentil y calmado, ha perdido por completo los papeles.

Llama a la mujer rolliza y le ordena.

—Saca todas las cosas que trajeron y llévaselas al auto, y no digas ni una palabra.

Al pasar por la sala, detiene a la francesa frente al retrato de su hija, la obliga a mirarla.

—Y recuerda esto que te digo por última vez. Ella quizá te haya perdonado, pero yo no. Aléjate para siempre de esta casa y de mi vida, nada es tuyo, y ¡pobre de ti que te atrevas acercarte a ellas! —busca a las otras dos mujeres que abrazadas observan la escena sin dar crédito a lo que está pasando—. No se repetirá la historia, puedes estar segura.

Nunca antes la francesa había visto una reacción tan violenta en ese hombre parco y sosegado. El desconcierto la sobrecoge, los enormes ojos se mueven enloquecidos de un lado para otro, aún trata de aferrarse a él que, con brusquedad, la aparta de sí y la empuja hacia la puerta de salida. Los dos salen hacia la terraza, cruzan el jardín y se dirigen al auto, seguidos por la mujer gorda que sigue mascullando incoherencias que a nadie importan.

El profesor permanece bajo el quicio de la puerta de entrada con las manos crispadas y una mirada irreconocible en sus ojos. Inconmovible, los músculos tensos y la mirada cargada de un súbito rencor.

Las dos mujeres ingresan al escritorio. Lo primero que ven es la foto con el vidrio destrozado, en el piso. La mujer mayor la recoge, la libera con sumo cuidado, el marco está intacto, le pondremos un nuevo vidrio, susurra. A la chica se le nota asustada y vulnerable, ve a descansar, le dice la mujer mayor, lleva la foto, veremos qué podemos hacer con ella. La chica obedece en silencio.

Ha ordenado los libros y papeles, un par de prendas de la francesa se encuentran sobre el sillón, las recoge y con dos dedos las lleva al tacho de la basura, en la cocina. Al pasar ha visto al profesor con la mirada perdida en un punto hasta el cual ella no logra llegar.

Se acerca con lentitud a él, no sabe qué decirle, mejor no decir nada, sólo acercarse, buscar esas manos, deshacer esos nudos que aún subsisten en su crispación.

El auto ha partido con lentitud, sin levantar ni una brizna de polvo. Despacito se ha deslizado por el camino irregular arrastrando en su interior quién sabe qué sentimientos. Ya no es el mismo que llegó hace apenas unas horas. Ha envejecido y trepa con dificultad la curva.

La tarde se repliega en los rincones del jardín. La noche avanza trazando ligeras pinceladas grises sobre los árboles; el aire, antes tan diáfano, ahora se hace denso, irrespirable; las aves se han refugiado temerosas en sus nidos, los grillos permanecen en silencio.

Ella siente que ha llegado el momento de despertar de aquel sueño, pero quiere hacerlo aferrada a esas manos que lograron detener su incansable búsqueda. Sin hacer el menor ruido llega hasta él, coge

una de sus manos, la obliga a abrirse y coloca las suyas, una cobijada, la otra acariciando.

Aún pasan unos largos segundos antes de que él reaccione.

La mano, poco a poco, va recobrando la textura gentil y conocida. Sin prisa lo conduce al sofá, él la mira con una cierta extrañeza, regresa de otro lugar, de otro tiempo. Con aquel gesto, que han repetido varias veces, ella desliza la mano sobre los labios, acaricia su rostro, su barba, lo obliga a descansar cerca de ella.

El hombre se encuentra atrapado dentro de su complejidad adulta, se le nota confuso y avergonzado.

Ha llegado al borde exacto desde donde descubre el magma oscuro que yace dentro de él. Busca entonces algo a qué aferrarse, algo que le brinde un punto de apoyo para volver a ponerse en pie, para regresar a su plenitud de hombre, tantea en el aire, busca un asidero para su desesperación y entonces la encuentra, ahí está ella con su reconfortante silencio.

Un sssshh sobre los labios y un cuerpo cercano transmitiéndole sosiego y promesas.

Al igual que en la noche anterior, cuando ella se ahogaba en sus presagios, cuando la muerte asomaba su rostro, ahora es él quien sucumbe ante la impotencia y la ira vividas.

El ritual se repite, pero ahora es ella la que consuela, la que se abre en un mullido refugio acogiendo a aquel hombre que se sumerge en el cuerpo de ella, en el único lugar al cual quiere pertenecer. Ella lo obliga a mirarla, sujeta con firmeza su rostro y besa aquellos labios que, momentos antes, fueron capaces de pronunciar palabras tan dolorosas y violentas.

El hombre va recobrando la serenidad.

—Perdóname... —intenta hablar.

—Olvidalo, has estado soñando, sólo eso, un mal sueño nada más. Ahora estamos aquí y debes olvidarlo.



La mujer pronuncia estas palabras, las oye saliendo de sus labios pero no reconoce su voz. Es otra la que habla, una desconocida. La confusión la sobrecoge y su corazón palpita con un sonido cada vez más pausado, más lento...

(El retrato en blanco y negro está ahora cubierto con una especie de bruma).

Pétalos de flores aletean en el aire ella cae el tiempo se estira deforma las siluetas y los rostros recuerda instantes parecidos cuando siendo niña sufría de altas fiebres luego ya adulta esas imágenes la perseguían quería saber de dónde provenían pero nunca encontró respuestas un débil maullido sus manos tratando de atrapar algo en el aire que se enrarece una rueda de flores moradas el ruido intermitente de esa rueda girando el ruido dentro de ella la oscuridad en el fondo de sus ojos el descenso el vértigo.

Dante sabe cuando es necesaria su presencia. Ha dado la vuelta por la cocina y ahora apoya su enorme cabeza sobre las piernas de su amo. Lo acarician y hasta dejan que se instale en el sofá; mimoso lame las manos de ella, que no lo rehuye. El perro trae el olor de la tierra y de la noche, el olor que quizá fue el que cerró el círculo abierto de sus vidas.

La voz estentórea de la mujer rolliza se deja escuchar.

—¿Van a cenar?

—Pregúntele a la señorita, por favor.

—Ya lo hice y dice que no tiene apetito.

—Nosotros tampoco —agrega la mujer, tomando la iniciativa e intuyendo el deseo del hombre—, si tenemos hambre, más tarde yo serviré la cena. Si usted desea puede retirarse a descansar.

La gorda se retira con un váyanse al diablo entre los dientes.

—Voy a ver un momento a nuestra amiga, te dejo bien acompañado.

El hombre esboza una sonrisa triste. Ella se dirige a la habitación donde la chica, frente a la ventana, ausculta la noche tratando de entender ese mundo adulto tan complejo y contradictorio. El amor y el odio, hombro con hombro, en una sola escena.

—Al fin vienes, tenía miedo de salir, ¿cómo está él?

—Ya amainó la tempestad, ahora debemos estar serenas. Él lo necesita.

—¿No te digo? Creo que todos estamos locos.

—No estamos locos, es la vida la que enloquece por momentos y nos arrastra en su oscuridad. Pero ya, olvida lo que ocurrió, ¿deseas ir un rato a la sala?

Encuentran al profesor y a Dante, bastante calmados.

Ambas mujeres se esmeran en quitarle importancia al momento que acaban de vivir, volver a la serenidad que compartían hace escasos minutos.

La chica inicia la conversación.

—Ahora que me acuerdo, profesor —dice con voz bajita—, estuve leyendo un libro escrito por usted. El libro de tapa azul. No lo conocía.

—¡Ah! Esas son cosas del pasado. Lo escribí hace mucho tiempo, ya casi me había olvidado de él. En estos últimos años sólo he escrito algunas investigaciones que me eran necesarias.

—Yo todavía no leo nada escrito por ti, tengo mucha curiosidad por hacerlo, pero antes quería...

—¡Imágenes!, pedirle permiso, ¡si son públicos.

—Pues, desde ya lo tienes. Además no me olvido de que tú también escribes y que tienes publicados varios libros.

—¿Verdad? —la chica abre los ojos en forma exagerada—, no tenía la menor idea.

—Es cierto —dice un poco avergonzada la mujer.

Por fin han encontrado un asidero para rescatar la conversación y tornarla natural. La chica pregunta y pregunta que por qué escriben, para qué, desde cuándo, de dónde sacan sus historias y otra infinidad de cuestionamientos abrumadores que los hace sonreír, a pesar del dramático momento que acaban de vivir.

—De la vida y de algunas inocentes mentiras que no son en realidad mentiras —se enreda la mujer.

—Son historias que suceden dentro de nosotros, preguntas y dudas que deseamos compartir con los demás. Pero no son mentiras, en todo caso son cosas que pueden suceder.

La chica, tan joven y moderna, con esa espontaneidad tan suya, no puede ocultar su asombro, todavía subsiste en ella la admiración por quienes pueden ordenar las palabras, darles diferentes sentidos, gozar y sufrir con ellas. Se había imaginado a la mujer un ser cultivado y sensible, y al profesor un estudioso metido entre libros y papeles, pero de allí a que ambos hubiesen creado historias y las hubiesen trasladado al mundo mágico de algún libro, no.

—Y usted, profesor, ¿ha leído algún libro de ella?

—Yo fui menos respetuoso. En la biblioteca de la universidad hay una sección de literatura latinoamericana, sólo tuve que buscar su nombre y ahí estaba; sus libros habían llegado antes que ella. Libros silenciosos para muchos, pero que a mí me dijeron todo lo que quería saber.

—Y ella, ¿cómo es?

Hablan ignorando su presencia. Se siente minúscula, no le gustaba hablar de ello, era descubrir sus imperfecciones, sus límites, sus infructuosas búsquedas. Era desnudarse ante el mundo y permanecer allí, vulnerable ante los ojos impersonales de los lectores que, escudriñando sus palabras, enjuiciarían y emitirían un dictamen frío y ausente.

Pero, ¿a qué le tenía miedo? ¿No había sido leída por muchos ojos, allá en su lejano país? ¿No había entregado sus libros sabiendo que en cada uno de ellos mostraba sus lados abisales, sus oscuras dudas, sus tardíos reproches? ¿No se había arriesgado aún sabiendo que iniciaba muy tarde el camino, conociendo a los jóvenes académicos quienes tacharían de antemano su trabajo?

No, no es miedo lo que siente. En todo caso es pudor y también un poco de soberbia. Quisiera ser leída por personas que no la conozcan, que ni siquiera intuyan cómo es, qué hace, cómo vive. Pero sabe que todo buen lector recorre primero las solapas del libro, se entera de todo lo referente al autor y luego ¡ah!, claro, fulanito, y peor si es fulanita, no ha estudiado lo suficiente, es un improvisado, le falta formación académica, además no vive como un escritor, su literatura sí, más o menos pero... Y asumen un aire de jueces implacables o de indiferencia, que es lo peor.

Por esto ella hubiese preferido mantener ante él, en secreto, esta obsesiva pasión que la impulsa sin ninguna posibilidad de escape, hacia el convulso territorio de las palabras.

—Ella es un río que discurre sereno —prosigue el profesor—, casi se puede ver el fondo de su lecho, pero la vida no permite ser perenne y homogéneo, entonces surgen piedras filudas, retazos de troncos sumergidos, plantas moribundas que se enredan y enturbian el agua transparente, y ella está allí, **nadando sin saber nadar**, respirando apenas un poco de oxígeno para poder sobrevivir. Hay mucha tristeza en ese acto y mucha valentía también. *Ella está en la tenue luz del rincón que espera soñar los sueños no soñados.*

La mujer escucha sus propias palabras en boca de él.

Él ha ingresado en su mundo de realidades y fantasías que, de alguna forma, desnudan su intimidad. La conoció desde un principio, la tomó entre sus manos sabiendo cómo era en su fondo más oscuro

y lejano. En cambio ella, ¿qué sabe de él? Sólo brumas que han delineado su imagen. Están en desigualdad de condiciones y se rebela.

—¿De manera que fue así? ¿Revisaste mi ficha personal al conocerme? ¿Indagaste mi quién soy, qué hago?

Quiere demostrar su enfado, pero las manos de él la apaciguan.

—Desde aquella tarde en la universidad, sentí cómo eras, el resto fue curiosidad.

—Y yo sentí cómo eras tú, pero para estar a la par debo leer tus escritos.

—Ajumm —se aclara la garganta la chica, cuya presencia han olvidado.

—Tú, no sé cómo eres parte de nosotros, de este sueño del cual ojalá nunca despertemos. Pero, querida señorita, nosotros tampoco sabemos mucho de ti, por lo menos yo no lo sé.

—Que ella le cuente —dice confusa, la chica.

La mujer se dirige a la cocina.

Qué bien la siente sin la presencia de la mujer rolliza, aquélla ocupaba mucho espacio con sus redondeces y sus palabras incoherentes. Lleva la botella de vino y las copas a la sala.

Brindan a una voz chocando las copas que producen un tintineo regocijado, un guiño cómplice que estallando en pequeñas burbujas asciende hasta encontrarse con la mirada risueña de la chica del retrato.

La cena, muy ligera, es compartida en calma.

Ella se ha esmerado, sabe hacerlo cuando se da cuenta de que será apreciada, no es ésta la rutina agobiante que sólo espera críticas y desacuerdos, no, aquí ella es la que siempre quiso ser, una mujer que a veces se enfrascaba en tareas cotidianas y otras se hundía en sus sueños, en una libertad absoluta que le permitía volar hacia lejanos confines.

Ella y el profesor recogen la mesa, ordenan el servicio, luego vuelven a la sala y le proponen a la chica salir un rato a la terraza.

—La verdad, yo quisiera descansar. Dormir y soñar mucho. Quizá mañana, cuando me despierte, esto haya sido sólo un sueño.

—¿Quién te dice que lo que creemos que ha pasado sólo sea un sueño que alguien que no conocemos, está soñando? —dice ella.

—Muy borgiano pero es terrible lo que dices —agrega él—. No me conformo con que sólo seamos el sueño de otro y estar expuestos a desvanecernos cuando ése otro despierte.

—No habría nada de terrible puesto que los soñados no recordaríamos que fuimos parte de ese sueño —juega ella con las palabras.

—¿Y nuestros propios sueños?

—Recrearían las vidas de otros.

—Es sencillo cuando lo dices de esa forma, pero no, no es tan fácil. Nosotros, los soñados, seguiríamos enredados en el sueño del otro y no estaría en nuestras manos dirigir esa parte oscura de la que surgiríamos convertidos en fantasmas para vivir sólo en forma efímera. ¿Qué sentido tendría entonces nuestras vidas?

—Los soñados somos los personajes de una historia, ¿es que éstos no tienen vida propia? Yo creo que sí. ¿Has intentado conducirlos, nunca se te ha rebelado alguno de ellos? Cuando somos soñados por alguien sucede lo mismo, tenemos una vida dentro del sueño, claro que relativa, porque ésta acaba cuando el soñante despierta.

—Por favor —insiste él—, no continúes, no quiero que esta historia esté por concluir o que debamos despertar y sólo seamos el producto de la fantasía onírica de alguien que ni siquiera conocemos.

—¿Por qué habríamos de tener miedo? En todo caso, ¿no ha sido un bello sueño?

La mujer ayuda a la chica a ponerse de pie y se dirigen a la

habitación. La chica está inquieta, han hablado de sueños y ahora se siente cercada por fantasmas.

La mujer le ha contado la historia de la chica, sus encuentros con sus aturcidos recuerdos.

—No me explico el porqué de esos sueños. Esta chica es un manojo de fibras sensibles que vibran ante el más mínimo estímulo.

—¿Y sabes? Yo no sé qué aconsejarle ¿Cómo pudo portarse así ese hombre? ¿Es que aún creen que las mujeres somos de su propiedad y que pueden hacer con nosotras lo que les venga en gana?

—No generalices...

—No generalizo, creo que todavía existen algunos de los otros, pero qué difícil es encontrarlos. Bueno, ¿qué podríamos decirle a nuestra amiga?

—Cuéntale otra historia, una que la haga recuperar la confianza. Quizá alguno de tus sueños.

—¿Los despiertos o los dormidos? Porque son muy diferentes. Mi sueño despierto es este viaje, esta casa, eres tú. Los dormidos, aún para mí, permanecen en el misterio. No sé de dónde vienen ni adónde van.

Él se ha interesado en conocer sus sueños dormida. De pronto, sin darse cuenta, necesita saber más de ella, ingresar por todos los vericuetos de su alma, apropiarse de ese ser que siente aleteando entre sus manos y que puede, en cualquier momento, levantar el vuelo.

Ella no accede, es su territorio y no quiere que en él haya otras huellas, sólo las de ella, con sus aciertos y torpezas y el constante sentimiento del equívoco y el fracaso.

—Y tú, ¿qué sueñas?, desvía la pregunta.

—En mis sueños, que son muy pocos, yo no existo, nunca me veo; sólo rostros, situaciones en las que siempre soy un espectador. A

veces regreso a mi infancia, a mi juventud, entonces la veo a ella, mi hija, su vida corriendo simultánea con la mía. Ahora, junto a ella estás tú, alguien que a veces pienso he inventado, alguien inexistente pero que está allí desde siempre.

—De pronto ni siquiera es un sueño y es verdad, sólo existo en tu imaginación.

—No puedo estar imaginando este momento. No lo digas ni en broma.

El hombre está perturbado. Aquello que para ella es una especie de juego al que se entrega con liviandad, para él cobra otras dimensiones. No puede aceptar la tenue irrealidad en la que ella se siente tan plena y gozosa.

La acerca más a su cuerpo. No es suficiente percibir el golpeteo de su corazón sobre el de ella, necesita conocer ese algo que inasible se repliega.

¿Alguna vez ella ha mencionado la permanencia?

Nunca, sólo existe la entrega silenciosa en la que no es posible vislumbrar la más mínima distancia. Es sólo el hoy, intenso y pleno, más allá la bruma del mañana que no se atreve a develar, ni siquiera a cuestionar.

Otra vez el dolor y el miedo atravesando ese momento con sus lanzas sueltas al viento, buscando la parte más vulnerable, aquélla que aún muestra tajos en carne viva y que él busca con ansia, restañar.

Sí, ella y su mundo lejano pero presente son un solo compuesto, una enloquecida trama de círculos concéntricos que se repiten una y otra vez en un espiral sin principio ni final.

Las manos de ella intentan calmar esa inquietud.

**Llueve.**

Las gotas, menudas en un inicio, van creciendo; su olor se mete en la habitación, impregna las paredes, rebota contra ellas, para luego



cercarlos en un abrazo profundo donde cada uno se aferra al otro en un último intento por retenerse.

El hombre erosiona hasta sentirse fraccionado en minúsculas partículas que corren enloquecidas sin orden ni concierto.

Ella, eterna curadora de dolores y fatigas, intenta recomponer ese todo tan amado. Pero, ¿cómo se restaura el alma? ¿Dónde habita? Sólo sabe que su cuerpo la contiene, aquel cuerpo que ella siente inexperto y que él ha recibido en toda la plenitud de que es capaz.

La lluvia arrecia tras los ventanales, el viento mece las ramas de los árboles con fiereza produciendo un sonido monocorde que se hace uno con sus respiraciones, con sus latidos que crecen y crecen agigantados.

La gran higuera permanece quieta.

—**Tú también te irás**, ¿verdad? —pregunta él.

—Siempre estamos despidiéndonos de las cosas y de los seres que amamos. La vida es una eterna despedida, por eso cada instante debemos vivirlo con mucha intensidad.

El hombre necesita ahogarse en ese asombro que no pensó llegar a sentir nunca.

—Salgamos a la lluvia —dice ella en un súbito impulso—. Invoquemos a los dioses sus favores. **La lluvia nos dará una respuesta.**

Ella cree en los presagios y el destino. Él se rebela contra ellos, pero no puede dejar de acceder ante aquella petición, ingenua y un tanto absurda.

Se cobijan bajo la gran higuera y miran hacia la oscuridad del jardín. Los altos árboles se bambolean, sus ramas se buscan en una dislocada caricia. Los grillos, escondidos entre las piedras y las matas, cantan su himno de amor.

Dante, desde su casa ubicada en un rincón de la terraza, se asoma y los mira incrédulo meneando su enorme cabeza de un lado a otro. Par de locos, parece decir, y en forma inusual en él emite unos leves gruñidos, mientras araña la tierra con su pata izquierda.

La lluvia salpica sus rostros, ella recoge retazos de humedad y los alza entre sus manos en una ofrenda silenciosa, no pronuncia palabra pero sus labios se mueven mientras cierra los ojos y su cuerpo se torna leve hasta casi confundirse con el viento.

Él la observa sin salir de su asombro, ese asombro que ella le devolvió y que hizo revivir sus antiguas creencias, sus juveniles deseos y que lo impulsó a intentar por última vez el camino del amor. Ella vuelve su rostro hacia él y sin prisa desliza las manos sobre sus ojos, sus mejillas, su barba, su boca.

Dante ha salido de su casa y, enloquecido, da vueltas alrededor de la higuera, olfatea el piso embarrándose el hocico con la tierra mojada, rasguña el viejo tronco con fiereza. Reinicia su frenética carrera alternada con el desesperado olfateo de la tierra, de seguro busca algún tesoro que no sabe dónde ha escondido.

La distracción ocasionada por la actitud del perro es interrumpida por un leve movimiento que viene desde debajo de sus pies.

No tienen tiempo de pensar qué es.

El movimiento arrecia.

En cuestión de segundos un ruido ensordecedor estremece toda la casa, la sacude con fiereza. **Un crujido lastimero** se escapa de la higuera.

Los vidrios de las ventanas se hacen trizas.

Algunas luces se apagan, otras apenas titilan.

Los objetos son arrancados de sus lugares con violencia.

Los árboles danzan en un baile siniestro.

**Un aletear de pájaros se abre como un abanico que oculta por unos momentos la visión del cielo.**

Es un movimiento aterrador el que sacude la casa, la contorsiona cual si fuese una marioneta hasta que al final la vence; la gran higuera se desploma hacia el jardín llevando en su caída, ramas y hojas y frutos y nidos, y deja al descubierto sus enormes raíces pajizas que se entrecruzan en una enmarañada trenza.

Ambos han retrocedido unos pasos ante esa visión espectral, él la abraza queriendo detener con este gesto la furia de la casa. Sólo son pocos segundos pero repletos de una fiereza tal que no deja espacio para ningún pensamiento, sólo la visión de la destrucción que se cierne sobre ellos.

Adentro de la casa los gritos de la chica y la mujer rolliza.

La mujer se desprende del abrazo y corre donde su amiga que tropieza, se incorpora, intenta correr, cae. La ayuda a levantarse.

—No te asustes —dice con calma—, es sólo la higuera, la pobre estaba muy vieja y no ha resistido la lluvia.

—Dios mío, parecía el fin del mundo, no me dejes, por favor.

—Profesor, profesor —grita fuera de sí la mujer rolliza—, ¿qué pasa profesor?

El profesor ingresa a la sala.

—¿Cómo pudo pasar esto? No me explico, se le veía sana y fuerte y...

—Fue la lluvia —dice ella con serenidad—. ¿Escuchaste su mensaje?

(La higuera ha caído. No nos dimos cuenta que estaba muriendo aunque se despedía a diario con sus trémulas manos).

**Es el momento, Cymbaline  
Te lo ruego, despiértame.**

Los objetos yacen diseminados por el piso.

Sentada en el sofá, la chica llora y tiembla cual si fuese una niña; la mujer rolliza gime histérica en un rincón, Dante ladra buscando un lugar donde cobijarse.

La mujer y el hombre permanecen calmados, sintiendo que un círculo, cada vez más estrecho, se cierra sobre ellos asfixiándolos.

Le dicen unas palabras de aliento a la chica, después salen hacia el jardín. La vieja higuera reposa blanda sobre la tierra.

Él quiere borrar de su mente las palabras pronunciadas por ella antes de salir al jardín, la lluvia nos dará una respuesta, había dicho. No, es una simple coincidencia, igual hubiese sucedido de no haber dicho esas palabras, nada tiene que hacer la higuera con sus vidas, esto es algo fortuito, intrascendente, pero entonces, ¿por qué esta sensación de estar siendo copado por algo más allá de sus fuerzas?

La mujer en cambio siente ese algo que se está adueñando de sus vidas, ese algo ineludible, la conjunción precisa de todos los elementos que los llevan a un solo punto, aquel de las despedidas, del delirio silencioso que debe acompañar al último viaje.

Luego del inmenso ruido, sólo se escucha el desprendimiento de algunas pequeñas raíces que ya nada tienen que hacer en ese espacio que fue su hogar hasta hace pocos instantes y del que esta noche se despiden.

Uno que otro sollozo y luego un gran silencio, más pavoroso que el estruendo.

La chica ha pretendido salir a la terraza, pero ellos se lo impiden. Se sientan en el sofá, el hombre rodea a ambas mujeres con sus brazos.

La mujer rolliza, consternada, abraza a Dante que, sorprendido, se deja acariciar por esa mujer tan poco efusiva y que ahora necesita aferrarse a algo o a alguien.

El hombre siente los cuerpos temblorosos de ambas mujeres, quisiera calmarlos pero luego desiste de ello. Es mejor que ese río de temores y presagios escape a través de la piel, que correteee por las venas, que se pierda en el bosque enmarañado de aquello que no tiene explicaciones.

Ambas vibran al contacto de aquel cuerpo que quiere protegerlas, el hombre, el padre, el ser humano que abraza y en su abrazo reúne todos los sentimientos buenos del mundo. Él no puede evitar comparar las vibraciones de ambas.

El de la chica es un temblor físico, temblor propio del miedo sentido por el inesperado suceso; el de la mujer mayor es un estremecimiento que viene desde las profundidades de su cuerpo, igual al que emitió la higuera al desprender sus añosas raíces, sí, no hay lugar a dudas, su temblor proviene desde ese lugar inasible al que él ha pretendido ingresar.

Ambos miran hacia la chica del retrato que permanece inalterable, sin la más mínima inclinación. El estruendo no ha llegado hasta ella.

Desde allí los mira con una profunda expresión melancólica.

La noche regresa a su silencio. Ambos acompañan a la chica a su habitación y se quedan unos minutos con ella, hasta que el sueño la va venciendo; en algún momento, la mujer rolliza se ha retirado, Dante ha salido al jardín y se ha acurrucado entre las hojas de la higuera en un gesto de despedida.

El hombre y la mujer, sentados en el sofá, permanecen abrazados, sintiendo sus temblores, olvidándose de la vergüenza de la fragilidad. Nada les importa, sólo esta cercanía, esta abrumadora necesidad de sentirse y encontrarse en ese espacio infinito.

Él ha traído unas mantas y con ellas se cubren, permanecen en silencio, algo definitivo y trascendente los atrapa y confunde sus más ocultas emociones.

*¡Maldita sea!. Esto escapa a lo previsto. Creo que nunca voy a terminar de conocerla. ¿Por qué no confía en mí? ¿Y él? ¿Que significa él en su vida? ¿Es que no era el amor? Entonces, ¿qué es?*

*Se cayó la higuera, y ¿qué importancia puede tener ello?*

*Reconozco que soy muy simple para comprender qué es lo que le está pasando, pero intuyo que debe ser algo muy grave, porque he visto en sus ojos esa mirada que nunca supe qué significaba. Su lejano mundo se ha detenido, allí donde ni yo puedo distinguir lo que sucede.*

*Ahora duerme sobre el pecho de él, lo abraza sin ningún reparo, ¿y yo?, ¿no soy nadie para ella?*

*Está serena, ausente. Su respiración es pareja y liviana. Él acaricia sus cabellos, ¿acaso es una niña a la que se quiere hacer dormir?; la besa en la frente, las mejillas, luego la mira con una mirada que no tenemos los hombres.*

*¡Maldita sea! Así no miran los hombres, ¿qué busca en esa frente que oculta su sueño? Él también cierra los ojos. De seguro es un ritual, ésos que a ella tanto le gustan. Los miro y pienso lo extraño que son los seres humanos, éstos en especial.*

—Bueno, esto ya está pasando de castaño a oscuro —dice la chica que no se hace problemas por nadie—. ¿Hace cuánto tiempo que está allá?

—Demasiado.

—Y, ¿cómo le diremos lo de Sofía?

—Allá tú pues, no decías que eran sólo coincidencias. Pues fue una coincidencia que al irse su gata se muriera.

—Yo no se lo voy a decir.

—Yo tampoco.

—Se lo diré yo —agrega el hombre hombre—, tanto problema por algo sin importancia.

Sí, para ellos es algo sin importancia. No pueden entender que hay sucesos diarios y en apariencia mínimos que para algunos puede tener un sentido trascendente, no por el hecho en sí sino por lo que se oculta detrás de él. Ese ovillo de pelos suaves, su silencio y la tibieza que transmitía su cuerpo, era la compañía en la que ella se refugiaba. Pero no tiene importancia su partida, la vida los apremia o los atrapa por otros caminos.

Sigue la discusión para luego diluirse en otro asunto y luego otro y otro. Un calidoscopio de palabras que terminan en el lugar de siempre, la broma y la indiferencia.

—Les cuento lo que soñé anoche.

—Ya sale esta loca con sus sueños, a ver, a ver, cuenta.

—Yo no era yo, mejor dicho sabía que era yo pero no me sentía yo. Era un muchacho alto y espigado con unas botas verdes y puntiagudas.

—Eras Peter Pan...

—Ya pues..., conforme caminaba, las botas iban creciendo y entonces me obligaban a balancear de adelante para atrás, creí que me había convertido en una rueda y que me iba a caer, pero no, no caía, al contrario iba adquiriendo más y más equilibrio. Yo podía ver la rueda y tenía mucho miedo. De pronto esa rueda que era yo y no lo era, adquirió tal velocidad que salió despedida por los aires, sobre el mar. Mis zapatos formaban la parte superior de esa especie de ala delta de la cual colgaba yo, de cabeza. Allí todo se convirtió en juego, ya no tenía miedo, más bien gozaba en esa posición y podía ver el mar y muchos peces nadando, bailando y haciéndome señas graciosas. Así de cabeza, pero sin golpearme, caí en un lugar

desconocido, era la gran plaza de una ciudad en la que las mujeres caminaban despacito vestidas todas de negro, y los hombres lo hacían semi desnudos...

—¿Ahora sales con sueños eróticos?

—Cállate, idiota, ¿qué tiene esto de erótico? Bueno, cuando yo caí todos los hombres aplaudieron mientras las mujeres se tapaban las caras con las manos y se notaba que lloraban. Me acerqué a una de ellas, le descubrí el rostro y, ¿a que no saben quién era?

—La ausente, ¿quién más?

—Sí, era ella, pero lo extraño es que luego me dirigí a otra mujer y también era ella, y luego a otra y a otra y siempre era ella. Allí regresó el miedo, entonces corrí y corrí con mis botas que habían comenzado a reducirse, a hacerse chiquitas, chiquitas, hasta que ya no pude correr. Entonces me senté y me tapé la cara con las manos, tan fuerte que hasta ahora me duele. Me desperté con los puños clavados en la frente.

—Creo que debes ver a un psiquiatra.

—Nada de eso, sólo creo que ya la estoy extrañando.

—Pues tienes para rato.

Los cuerpos relajados del hombre y la mujer permanecen aún abrazados en la complicidad del sueño. La claridad del día ingresa por los grandes ventanales y él despierta sintiendo el ligero peso de ella sobre su pecho.

(Con quién estarás soñando **cómo hacer para llegar hasta ti sin perturbarte** tú no puedes saber lo que has hecho al llegar hasta mi vida. Hubiera sido mejor no encontrarte. No, no cambiaría toda mi existencia por estos instantes en que te tengo así, no importa el tiempo que dure, siento retroceder mis días, estoy viajando en un tren de regreso, no sé hacia dónde ni si permaneceré allí, sólo estás ahora entre mis brazos, confundí los caminos sí y los sentimientos



lo único cierto fue el amor a mi hija después de ella sólo dolor y confusión y luego tú viniendo de otra historia ajena a la mía cuando debió ser una sola).

La acuesta con suavidad entre las almohadas, pero la mujer se despierta, sobresaltada. Pretende incorporarse pero él se lo impide. Aún es muy temprano —le dice—, mientras la besa, se abrazan y permanecen unos segundos refugiados en el calor producido por sus cuerpos.

Poco después salen al jardín envueltos en las mantas y observan la higuera, un manojo de ramas y hojas postradas, desde donde brota el olor inconfundible de los higos maduros que se aferran a ella sin querer abandonarla. Es un cuadro en el que se mezclan la ternura y la piedad, la vida y la muerte.

—Son sus hijos que no quisieron irse de su lado, pero cuyo peso no resistió, debemos recogerlos —dice ella.

—Escucha —él se inclina sobre las ramas.

Es cierto, pequeños quejidos brotan de debajo de la higuera. Separan las hojas y ven, con asombro, varios nidos que aún cobijan algunos pichones malheridos. Los recogen y colocan cerca uno de otro, son muchos y van formando un amplio círculo donde se confunden la paja y los pequeños cuerpos aún con vida. Ella aquietta con sus manos el imperceptible aleteo de los pájaros que aún pretenden aferrarse a la vida.

Desde la ventana, la chica los observa y un sentimiento indescifrable la posee.

Nunca vi algo semejante yo pensaba que la gente mayor era incapaz de conmoverse por estas cosas pero ellos qué extraños que son el profesor tan ausente siempre tan metido en sus estudios y sus libros y ella tan complicada y tan simple quisiera saber de qué

hablan cuando están solos — qué equivocada estaba cuando pensaba que el amor era sólo cosa de jóvenes — cuando veía el amor maduro hasta risible en su parodia de gestos y palabras.

Regresa a la cama, entrecruza los dedos y eleva una mirada implorante.

La muerte ha dado sus pasos sigilosos por la casa. Despacito, se ha deslizado por debajo de la tierra sin que nadie notara su presencia, ha ido quebrando una a una las raíces de la vieja higuera hasta ascender por el tronco y en un abrazo mortal ha segado aquella vida que parecía tan plena.

¿Es la muerte que libera y conduce por los inefables caminos de la eternidad o es aquella otra que, insobornable persigue al hombre durante toda su existencia y lo convierte en un niño temeroso, frente a una pesadilla que ya no quiere seguir soñando?

—Es necesario que algo muera para que nazca una nueva vida —ha dicho ella, aferrándose a aquella obsesión de eternidad que teje y desteje con terca certeza, y a la cual se enfrenta con aceptación y recogimiento.

—Mañana plantaremos un nuevo árbol —dice él.

La mujer rolliza ha llegado hasta ellos trayendo algunos útiles de limpieza.

—¿Qué haremos con estos nidos? —pregunta con aire compungido.

—Algunos pichones están aún vivos, pero muy mal heridos, será mejor que los enterremos —dice la mujer mayor—, aquí, muy cerca de donde fue su hogar. Hay heridas que no pueden curarse y entonces es mejor morir.

Los tres se han puesto a excavar un gran hoyo, sienten los ligeros aleteos entre las manos, tratan de calmarlos, de despedirlos con una

cierta ternura. Al poco rato, han colocado allí todos los nidos con las pequeñas crías, casi muertas. Las cubren con tierra.

—No tuvieron tiempo de aprender a volar, pobrecitos —dice conmovida la mujer rolliza.

Ambos se miran y no encuentran palabras que añadir ante esta súbita ternura que demuestra la mujer gorda.

—Luego recogeremos los higos.

Nunca han hablado de la muerte.

Han hablado de eternidad. La han enunciado sin intentar descifrarla, sin encontrar el camino que conduce hacia ella. Ese punto luminoso u oscuro en el que se engarza la vida y la muerte.

Crecerá un nuevo árbol y la misma tierra que sirvió de sepultura a la vetusta higuera, propiciará una nueva vida. El ciclo se repetirá, ellos así lo entienden. Por esto, el sentimiento que en un instante fue desolador, ahora los reconforta y les permite desterrar el dolor. Sólo queda una honda sensación de ausencia inevitable, algo que no se atreven a esclarecer con palabras y que los impele con una fuerza inmovible hacia sus propias circunstancias, permitiéndoles comprobar que en ese preciso instante ambos están viviendo la eternidad tan buscada.

La mujer rolliza se ha liberado del gratuito enojo acostumbrado, la chica de los cabellos oscuros ha recobrado su sonrisa, el hombre y la mujer permanecen, sólo permanecen y observan ese espacio en el que ahora se encuentran, no saben si atrapados o cobijados dentro de un delicado engranaje al que no saben, ni quieren saber por qué circunstancias han ingresado.

El dulce aroma de los higos invade la casa.

—Mañana quisiera ir a la residencia, ya tengo más de una semana de atraso y creo que de alguna manera debería ponerme al día en los cursos —sugiere un poco tímida la chica.

—Humm, por mí, estaría muy bien —agrega la mujer mayor—, así aprovecho en dar una mirada a algunos asuntos pendientes; lo que no estoy segura es si debes ir a clases.

—Creo que no será necesario, tu compañera de cuarto está en el mismo ciclo que tú, ¿verdad? Ella te puede dar algunos materiales de lo avanzado. Quizá yo pueda hacer alguna gestión para que no estés sola, ¿querrías acompañar a esta jovencita durante algunas horas al día en la residencia universitaria? —se dirige a la mujer mayor.

—Pero por supuesto que sí. Además sería conveniente una consulta con el médico para comprobar su mejoría.

—Entonces mañana nos vamos. Pero antes quiero que me prometan que si no están cómodas allá, regresarán por unos días más.

(El regreso, el regreso de siempre, y luego la inevitable partida, ¿hasta cuándo?).

Ella había despedido a decenas de personas amadas que emprendieron los intrincados caminos de la vida y también de la muerte, pero ella seguía atrapada y detenida en aquel punto desde el cual le era imprescindible el regreso, el abandono de lo encontrado, la quimérica felicidad que le era concedida en minúsculas porciones, intensas, sobrecogedoras pero a las que siempre tenía que decir adiós.

Un fresco sol invernal las despierta muy temprano, terminan de preparar sus valijas y se dirigen a la cocina en donde ya se encuentran el profesor y la mujer rolliza. Huele a café y a higos, desayunan y descubren esa deliciosa combinación. Hasta la gorda se deleita con la novedad.

—¿No se olvidan de nada?

—No, estamos listas.

—Ahora envío al jardinero. Cuéntale lo que pasó —dice a la mujer rolliza. Al pasar cerca de la higuera, ésta descubre algo.

—Mire, profesor, mire. Se persigna.

Voltean y miran hacia el lugar señalado.

En el centro de las raíces amarillas y sin vida de la higuera, se eleva un pequeño tallo.

—Ya no será necesario plantar un nuevo árbol. Ahora me convenzo que la vida y la muerte caminan juntas, quizá son amigas inseparables o quizá son amantes —sonríe con tristeza la mujer.

Y se convence, una vez más, de que la muerte es necesaria.

Han llegado hasta la residencia estudiantil y no ha sido difícil para el profesor que admitan el ingreso de la mujer mayor en determinadas horas. La chica se encuentra con algunos compañeros que le prometen ayuda, entre ellos su compañera de cuarto quien le entrega varios cuadernos y separatas.

—Hoy almorzaremos juntas —le dice la amiga con entusiasmo—, no tengo clases hasta las cuatro. ¡No sabes cómo te he extrañado!

—Entonces, hoy estás libre de mí y de mis muletas, —la chica se dirige a la mujer mayor.

—Vendré mañana temprano para ver si necesitas algo.

El camino que conduce al hospedaje lo realizan en silencio.

**La rueda girando y girando** alrededor de un eje invisible que por momentos, detiene su movimiento para luego reiniciarlo en forma vertiginosa.

Una fina llovizna ilumina pequeños puntos en el vidrio del auto. El silencio se instala entre ellos, quizá es el temor de lo inevitable lo que hace que ambos se refugien en sus sentimientos más recónditos y que les impide expresar lo que están sintiendo.

—Al fin regresaron —dice la portera—, esbozando una sonrisa que trata de ser alegre.

—Sí, ya estamos de vuelta —responde la mujer mayor—, mientras la abraza con fuerza.

Él la acompaña hasta su habitación.

Huele a flores frescas, a intimidad, a ella. Hace mucho tiempo que no sienten su mutua cercanía, se buscan, se encuentran y todo recomienza, inquietantemente nuevo y antiguo.

—Debes irte —con lentitud ella se separa del abrazo.

—Volveré a mediodía para almorzar juntos, ¿quieres? Luego dicto clases a las cuatro.

—De acuerdo.

Y un cerco, cada vez más estrecho, copa su respiración.

Cuando queda sola, sale al pasadizo y asomándose al borde de la escalera descubre a la mujer delgada y triste. La llama y ella acude presurosa.

—¿Está usted muy ocupada?

—Igual que siempre, señora, ¿puedo ayudarla en algo?

—No, sólo quería conversar un ratito con usted. Pase, por favor. Con timidez la mujer ingresa a la habitación.

—¿Le preparo un café, señora?

—Dos. Tomaremos café y conversaremos un momento.

Se instalan en el sofá, no sabe qué es lo que quiere decirle a esa mujer, la siente parte de su historia, pero aún no sabe cómo se inserta en ella.

El diálogo surge de manera espontánea. Le cuenta del accidente, de la casa del profesor, omite detalles pero aún así la mujer parece comprenderlo todo. Es suave y receptiva igual que una madre. ¿Tiene, quizá, un aire a la suya? Su delgadez, su tristeza, sí, eso es, de allí surge la sensación de haberla conocido antes.

La mujer delgada y triste le cuenta algo de su vida. Una vez más comprueba que los sufrimientos están en todas partes. Tiene dos hijos y hace tres años que está aquí. ¿Podría ella soportar tanto tiempo sin ver a los suyos?

Hablan de sus respectivos países, de la insensatez de sus gobernantes, de las injusticias con los más pobres, de la falta de trabajo.

—Yo tuve la oportunidad de venirme con una pareja mayor, luego ellos, que tenían bastante dinero se fueron a otro país, quisieron que yo me regresara, pero ¿para qué? Entonces encontré este trabajo, hace ya dos años de esto, es cansador pero ya me he acostumbrado.

La mujer se extraña al saber que la portera estudió para ser maestra, pero que nunca ejerció.

—Mi vida se complicó, me casé y vinieron los hijos. El padre de ellos fue un mal hombre, muy malo, señora, espero que mis hijos no sean como él. Ya son grandes y viven con mi hermana, estudian y hacen pequeños trabajos, mal remunerados pero que junto con mi sueldo alcanza para sus estudios y su alimentación. Yo aquí necesito poco, tengo dónde vivir, sólo separo para mi comida.

¿Cómo hace el resto de la gente para permanecer indiferente ante las diversas tragedias que están allí, a cada paso?, piensa. Por lo menos ella se siente incapaz de voltear la espalda y hacer oídos sordos al dolor humano. Lo comprende, lo siente suyo. Una palabra, un consuelo, una mirada que no excluya, que sea el vehículo que lleve algo de consuelo. Aunque sea eso.

Tiene ganas de llorar, pero no lo hace.

—¿Y usted, señora?, ¿de qué huye?

Va a responderle que ella no huye de nadie, que está de paseo, que todo está bien, ahora más que nunca, pero no, no es verdad ¿cuál es la verdad?, ¿su verdad?

—Huyo de la soledad, —se escucha decir y ella misma siente lo contradictorio de esta afirmación—. La soledad en compañía, que es la peor de todas.

Al entrar a la habitación ha visto varias cartas sobre la mesita de noche. Esas palabras escritas, quizá con prisa, son preferibles a los largos silencios y a los reproches e incomprensiones con los que convivía, allá, al otro lado del mar.

La mujer delgada y triste la comprende y no hace más preguntas. Un abrazo cálido sella las confidencias.

—Señora, yo quiero acompañarla.

—Ambas nos acompañaremos, por lo menos el tiempo que esté aquí...

—Usted se quedará por mucho tiempo, hasta que encuentre la felicidad que merece —dice la portera poniéndose de pie—. ¡Ah me olvidaba! En su ausencia vino una señora muy elegante a buscarla, hasta quiso entrar a su habitación con no sé qué pretexto. Por supuesto yo no se lo permití, se fue muy molesta. ¿Quién pudo ser, señora?

—No se preocupe, es alguien de quien no merece la pena hablar.

Una a una ha ido leyendo las cartas, con detenimiento, deleitándose con cada una de ellas. Juega adivinando las caligrafías, cree escuchar sus voces que la extrañan, que ya es bueno que vuelvas, que haces falta. ¿Es que se nota su ausencia? Sí, tu silla está vacía y a veces me despido de ti cuando salgo. Vaya, esto ya es algo.

Sofía, lo siento, estaba muy rara, creo que tenías razón, también se puede morir de tristeza. La cuidamos igual que tú lo hubieras hecho. Por favor, no sufras, la enterramos en el jardín, junto al cerezo. ¿Cuándo vuelves?

Ha muerto Sofía y su sonrisita confiada, ya no más la tersura de su piel entre sus manos, sus ronroneos agradecidos. Tiene deseos de llorar. Se abraza a su almohada y abre la compuerta que contiene su llanto. Además hace ya tres años que no llora.

(¿Histórica?. Vaya tontería, es sólo un poco de nostalgia).



Es mediodía y se dispone a disfrutar de su libertad.

Ha estado al lado de la chica durante una semana y aunque no hiciera nada especial se sentía responsable por todo.

Siempre era así, asumía los papeles que la vida le encomendaba de una manera obsesiva y esto la mantenía en un estado de perenne zozobra. Era su estado natural de ser y de vivir. A veces lograba relajarse, sí, lo había conseguido aquí, junto a él, pero habían pasado tantas cosas. ¿Cómo podría explicarse a sí misma lo que siente?

Relee algunas cartas, revive uno a uno los múltiples momentos vividos, los de antes y los de ahora, los adorna con sus febriles emociones.

No, esto no puede estar pasándole a ella.

***Princesa, ¿cómo saldremos de este enredo...?***

No quiere pensar en soluciones a conflictos que quizá no lo son. Además no está en sus manos cambiar la trama de esta historia un poco extraña que le ha tocado vivir.

Esto debe ser parte de alguno de mis sueños nada es cierto necesito volver pero deseo tanto quedarme por qué me es tan difícil tomar una decisión bueno si es un sueño yo no puedo dirigirlo ¿o sí? Me siento dividida con un pie tratando de subir al tren que me conduzca de regreso o de partida no lo sé y el otro aferrándose a este espacio mañana me dedicaré a poner en orden algunas ideas hoy sólo quiero pensar no importa el desorden nada importa.

Puede verse, desata la madeja de los recuerdos pero estos chocan entre sí, nada es claro, todo pertenece a un tiempo añejo y ella está aquí, tan lejos, apenas suspendida por un delicado hilo que amenaza con romperse a cada instante. Acaricia sus brazos y no se reconoce, su cuerpo es lo único propio que tiene y también su alma que no sabe

dónde mora. ¿Será en su corazón, enredada en sus pensamientos? A veces la siente en su columna, al fin y al cabo es lo que sostiene al cuerpo. No, sería muy simple. Se imagina al alma una esencia vaporosa y etérea que se ondula a lo largo de todo su cuerpo.

¿Y la muerte?

Quizá está ya muerta. Quizá morir sólo sea ingresar a un tiempo y a un espacio desconocidos, quizá sólo sea eso.

Sus cavilaciones son interrumpidas por la llegada del profesor. Deciden ir al saloncito rústico.

—Hoy invito yo —ha dicho ella decidida.

Él sonríe y asiente.

Almuerzan, luego deciden caminar, él le va señalando algunos detalles de la gran urbe. Se da cuenta de que no conoce nada, sólo cafés, librerías, una que otra plaza y la gente que, indiferente pasa a su lado. Se sientan en la banca de un gran parque y desde allí miran esa ciudad tan ajena. Siente frío. Recuerda las iglesias de su país, las palomas anidando en los aleros.

—¡Qué distinto es este país del nuestro! —dice ella.

—Sí, muy distinto. ¿Por qué decidiste venir hasta aquí?

—No lo sé, era una especie de obsesión que me señalaba este camino. Pasó mucho tiempo y el impulso continuaba ahí, empecinado, arremetiendo contra toda mi prudencia, entonces me di cuenta de que yo había postergado este viaje sin motivos reales, sólo eran excusas y pretextos los que me mantuvieron allá, inerte, como si ésta fuese una irrealidad a la que no pudiese acceder —contesta ella con seriedad.

—¿Cuándo deseaste viajar por vez primera?

—A ver, déjame sacar la cuenta.

Se demora jugando con las sumas y restas y al fin da una fecha casi exacta.

—Pero, ¿si es el año en que yo viajé!

—Estás mintiendo...

Pero ella sabe que no miente. ¿Para qué insistir en algo tan evidente? ¿Qué o quién movió las manecillas del reloj y trastocó los tiempos? Están seguros de que sólo fueron las circunstancias las que jugaron con sus destinos. Quizá iban a viajar en el mismo avión, jóvenes, inexpertos, quizá ni se hubiesen mirado, cargados de sueños y fantasías. O quizá se hubiesen descubierto a tiempo, en aquel momento del fulgor en los ojos y el ansia temblorosa del hechizo.

Pero esto no sucedió. Fue necesario que pasara mucha vida, mucho dolor para que se produjese este encuentro. ¿Qué sentido tuvo esta postergación, este transcurrir del tiempo alejados uno del otro y que dejó en ellos tanta desventura?

En silencio cada uno trata de responderse.

Quedan en encontrarse a las 8 p.m. en la habitación de ella.

Ella se encamina hacia el hospedaje, él hacia la universidad.

Pájaros cientos de pájaros vuelan sobre ella apenas baten sus alas desde la altura inclinan sus cuerpos para mirarla cubren el cielo con sus sombras sus picos se inclinan sobre ella el día se oscurece siente que le falta oxígeno para seguir respirando.

Por simple instinto ella se cubre la cabeza con las manos y cierra los ojos un instante. Pero la negrura que encuentra dentro de sí es aún mayor.

Regresa al hospedaje, se acurruca entre las sábanas, busca su cuerpo y se abraza a él buscando un asidero que la conecte con la realidad. Se queda dormida y otra vez la recurrencia insistente de sus sueños.

Él ha llegado a las 8 p.m. Sólo recuerda haberlo recibido, sentido su cuerpo muy junto al de ella, susurros, silencios y sus manos apartando esos oscuros pájaros que revolotean en la habitación. Luego otra vez el silencio y el sueño atrapándola entre recuerdos y presagios que van formando un nudo cada vez más estrecho alrededor de su garganta.

Al día siguiente la chica, en el albergue estudiantil, saca con mucho cuidado el porta retratos con el vidrio destrozado y el otro, el del hombre que creyó amar. Son del mismo tamaño y no tiene dificultad en reparar el de la niña.

Estruja despacito la foto del hombre y se divierte escuchando el crujido del papel.

Su amiga ha salido a clases y ella se apresta a leer algunas separatas y a extractar datos para ponerse al día en sus tareas. Pero intuye que ella vendrá, la está esperando, tiene deseos de abrazarla y decirle cuánto la quiere.

En menos de una hora lo está haciendo.

—Cuéntame, cuéntame, ¿cómo va todo?

—Tan bien que tengo miedo.

Era verdad, esa era otra constante en su vida. Buscaba la eternidad para desmentirse, para convencerse que no todo era deleznable y susceptible de cambio. ¿Pero, se preguntaba con insistencia, es que existía esa permanencia en los hombres, en los objetos, en los sentimientos?

Aún no podía responderse, aún se encontraba en el punto desde donde podía mirar toda su vida pasada, incluso su presente, pero más allá, sólo inciertas proyecciones de un paraíso demasiado hermoso.

**Tenía miedo de despertar, por eso se acurrucaba en este sueño al que había ingresado no sabía cómo; por eso tocaba a los**

seres queridos, aspiraba con fruición los aromas, gozaba con la lluvia, se sumergía en sus pensamientos, revivía situaciones, proyectaba otras.

(En los sueños estas cosas no se sienten con la misma intensidad, decía convencida de ello).

—Me imagino que tienes mucho que hacer, yo sólo vine a estar un ratito contigo, luego quiero salir y caminar, comprar unos libros y llenar mis ojos de lugares y de gente. ¿Dónde vas a almorzar?

—No lo sé, si quieres podemos hacerlo juntas, por aquí cerca hay bonitos restaurantes.

—Por mí, encantada. En la noche recién me encontraré con él. Tiene varios asuntos pendientes y no quiero copar todo su tiempo.

—Pero, ¿no te has dado cuenta que lo que más desea él es estar contigo?

—Yo también quisiera hacerlo, pero cada uno tiene su propia vida, nadie, por muy grande que sea el amor, puede vivir la vida de otro. El regocijo o el dolor nos pertenece a cada quien, al igual que nos pertenecen nuestros ojos o nuestras manos.

—Amor dosificado y sensato ¿verdad? Así piensan las personas mayores. En cambio yo, cuando estoy enamorada, quisiera estar todo el tiempo con la persona amada.

—No se trata de dosis ni de sensatez. Cuando tienes un amor lo debes tener entre las manos abiertas, cobijándolo, sin asfixiarlo. No hay nada peor que sentirse esclava de otro o pretender esclavizarlo. El amor te hace crecer alas, querida amiga, y con ellas te elevas por espacios infinitos. Si el amor del otro es igual de fuerte, ambos volarán muy alto y muy cerca, pero... ¡es tan fácil perderse! Por esto es necesario tener mucho cuidado para no permitir que la huella del ser amado se borre y vuelvas a quedarte en la eterna espera, ésa que tanto duele y que tú y yo hemos vivido.

—A propósito de lo que dices, desde aquel día, allá en la casa del profesor, cuando tú me recomendaste que cada noche al acostarme

pensara en lo dulce de aquel sueño que tuve, ¿recuerdas?, no he vuelto a soñar con los fantasmas que me perseguían. La que sueña ahora es una niña sin malos recuerdos, sólo escenas alegres, a veces inconexas, otras intrascendentes, pero del terror, nada.

(Los fantasmas, piensa la mujer mayor, habitan dentro de nosotros mismos, somos su hogar).

Después del frugal almuerzo acompaña a la chica a la universidad. Luego sale, no sabe hacia dónde. Sólo quiere sentir su libertad, su no hacer nada.

Ésta es una ciudad húmeda. Ahora que es invierno, es frecuente la garúa, pintitas de agua que ocasionan un singular cosquilleo.

Ella camina con lentitud deteniéndose en cada detalle. Por ahí una callejuela sinuosa y estrecha contrastando con la gran avenida de dos cuadras más allá, construcciones antiguas frente a modernos edificios, gente alegre y despreocupada caminando indiferente entre mendigos y vendedores de baratijas. Sí, aquí también existe la contradicción.

Lleva consigo una cámara fotográfica.

Asumiendo cierto aire profesional, con el que cree ocultar su inexperiencia, toma algunas vistas, se inclina, ladea la cámara, gradúa la distancia, se divierte. Un amable peatón se ofrece a tomarle algunas fotos a ella. Se niega. No sabe cómo explicarle el terror que siente cuando ve su imagen retratada en el papel. No su cara o su cuerpo, sino la expresión que escapa de sus ojos, de su boca. Ese algo triste y oscuro que sale del fondo de su garganta y sus pupilas.

Quizá sea verdad aquello de que las fotografías atrapan el alma, piensa, pero ¿por qué mi alma siempre está tan triste?

Cuando se cansa, se sienta en la banca de algún parque y se queda allí, observando.

Ha esperado tanto tiempo esta plenitud que aún no termina de responderse cómo es que se encuentra allí.

Había escuchado contar a sus amigos acerca de sus experiencias viajeras, pero todos se detenían en asuntos puntuales, que los museos, que las iglesias, que la gente, que los libros. Ella no puede separar las sensaciones que experimenta, no se siente caminando por las calles húmedas y desconocidas, son aquéllas las que vienen hasta ella y la recorren en una excitante confusión en la que participan olores, texturas, formas y sobre todo la garúa, las manos de él.

Recuerda haberse soñado muchas veces en un lugar así.

Una plaza, algunas aves sobrevolándola, madres apuradas llevando de la mano a sus niños ocultos por los gruesos abrigos, un restaurante con las mesas en la acera, un toldo verde con flecos blancos protegiéndola.

Con exagerada vehemencia intenta grabar todo en el fondo de sus pupilas, necesita este recuerdo y no quiere desperdiciar el más mínimo detalle. Quiere sentirse parte de él, para que otro soñante la encuentre allí como en una postal.

(Quizá estoy soñando, pero igual es un sueño hermoso).

*“Princesa, ¡al fin te encuentro! ¿Puedo saber qué haces allí inmóvil, dejando pasar la vida a tu lado y tú escapándote de ella? No sé cómo logras huir de mí. Es un truco que has aprendido no sé dónde”.*

“La vida te los enseña, hay momentos en los que quieres estar solo, a ti también te sucederá”.

*“No, yo solo no existo, lo sabes bien”.*

“Me da gusto que lo reconozcas, a veces te pones muy majadero”.

*“Sólo quiero cuidarte, princesa”.*

“Y molestarte”.

***“Lo que pasa es que no quieres admitir que estás muerta de miedo. Además, piensa, ¿no crees que ya es hora de regresar?”***

“Aún no lo sé, pero muerta de miedo, no lo estoy. ¿Cómo hacerte comprender el valor de lo que he encontrado?”

***“Y lo que dejaste allá, ¿no significa nada para ti?”***

“Mucho, dediqué toda mi vida a tallar piedras preciosas, ahora ellas están acabadas, las coloco a distancia y las miro, son perfectas, pero ya no me pertenecen. Cuando llega la hora de la soledad la sientes en las manos, en el corazón, en la mirada y pronto te das cuenta de que necesitas la compañía de otros seres similares a ti. Ésa es la búsqueda constante, encontrar un espacio que reciba, en perfecta armonía, tu cuerpo y tu alma”.

***“En realidad, no te entiendo. Será porque eres mujer, inconstante y siempre en pos de cosas nuevas. Nosotros, los hombres, no tenemos ese problema. Trazamos nuestra vida igual que una maqueta, nos metemos en ella y sanseacabó”***

“Y en esa maqueta, ¿no encuentran nunca un laberinto desde el que no saben cuál camino tomar? ¿Todo es tan simple?”

***“A veces nos encontramos con algún laberinto, entonces nos escabullimos un rato de él, pero volvemos siempre a la maqueta”***

“¡Ah! Ésa es la diferencia, nosotras jugamos la partida hasta el final, corremos riesgos, no aceptamos los caprichos de la vida”.

***“Ya te pones difícil, no sé para qué te busco”***

***Ya lo dije, este hombre está en otro mundo. En qué maldita hora nací sin cuerpo. Bueno ¿nací? No lo sé. En todo caso soy su ángel tutelar, sí, un ángel, ¿por qué no? Los hombres, bien hombres, somos también ángeles para las mujeres, las***



*cuidamos, las protegemos, las mimamos, pero, claro, todo tiene un límite.*

*Mi princesa, por ejemplo, no entiende que no puede caminar por ahí, tendiéndoles la mano a todos, compadeciéndose a cada minuto, porque es natural que cualquiera se arrime a su costado y si puede sacar partido, pues, lo haga. Por supuesto que ahora que ha encontrado su AMOR, con mayúsculas, quiere permanecer fiel a él, pero humm, hasta yo lo dudo. Las mujeres, aún las más circunspectas, quieren sentirse admiradas y ¡zas! una sonrisa por ahí, una mirada por allá y nosotros los hombres no podemos distinguir cuándo es una simple cortesía o una invitación para lo otro; si una mujer nos gusta tratamos de conquistarla y no nos hacemos problemas; el amor es una sesión de gimnasia entre dos, sin complicaciones ni reclamos, me gustas, te gusto, asunto terminado, lo demás son huevadas. Vamos a ver, pues profesorcillo, ahora qué haces. Y te advierto que te has encontrado con la más exagerada de todas.*

Cada tiempo que tienen libre lo pasan juntas. Ahora conversan en la habitación de la chica.

—Quiero buscar periódicos de mi país, ¿dónde podré encontrarlos?

—En el depa del profesor. Él está al día con lo que pasa por allá.  
¿No te ha contado?

—No, nada, ¿de qué hablas?

—¡Uyyyy!, no te imaginas, las cosas están de candela, todo patas para arriba. Dicen que tanto en tu país como en el mío, y en casi todo Sudamérica, las cosas están peor que nunca, estamos jodidas, amiga. En tu país, el terrorismo; en el mío, la droga, y entonces nuestros gobernantes reciben la orden de ya tú sabes quienes: o terminan

ustedes con esto o se quedan sin préstamos ni subvenciones, entonces todo el empeño se dirige a obedecer y, por supuesto el resto de necesidades, que San Benito las atienda.

—Claro, San Benito, por haber sido mulato, quizá se anime a ir a esos lugares repletos de indios ignorantes, como nos consideran ellos. Pero dime tú que estás con los estudios frescos, ¿crees que hay solución?

—Bueno, en tu país lo intentaron ¿no?, y en el mío también, pero yo creo que todo está podrido, me entristece pero es así.

—¿Sabes? Ahora que estoy lejos puedo ver con mayor claridad lo que sucede con nosotros. Es haber estado metida dentro de una pintura surrealista. ¡Qué impotencia amiga!, y pensar que allá están mis muchachos...

—¿Nunca pensaron en viajar?

—No, tu país es tu país y no debes abandonarlo. Es diferente venirse unos meses a estudiar o a desquitarte de la vida después de muchos años de esfuerzos y fatigas, pero dejarlo del todo, eso no, nunca. Uno debe morir donde ha nacido.

—Entonces, ¿tú regresarás? —dice con timidez la chica temiendo tocar los sentimientos de la mujer mayor.

—No lo sé, lo que siento es una sensación inexplicable, dividida y a la vez completa en ambos lugares. Pero la muerte... ella sí me está esperando allá.

La chica no replica, en su inexperiencia es capaz de comprender lo que está viviendo su amiga.

No, esto no es un juego, es el dolor que no da tregua y que lo siente en cada palabra que ella pronuncia, aunque la adorne y le reste importancia. Se esfuerza por decir algo acorde con la situación, algo que alivie la tensión que adivina debajo de cada fracción de la piel de su amiga, detrás de su mirada, pero no lo halla.

La mujer mayor da un giro a la conversación, con esa cautela que aprendió no sabe cómo.

—¿Qué será de tu amiga, la francesa?

—Ni me hables de esa idiota. Ojalá se estrelle por ahí...

—¡Oye!, ni de broma digas eso. A veces el amor nos hace cometer tonterías.

—¿Amor? ¿A eso le llamas amor? Por favor. Es sólo un capricho que ya está durando mucho. Y ahora que apareciste tú, lo que siente es puro despecho. ¿La recuerdas tirada allá en el piso?

—Por supuesto que la recuerdo, pero aún allí no me negarás que se veía hermosa.

—Sí, pero a veces la belleza da miedo.

La mujer delgada y triste, portera del hospedaje, cambia todos los días las flores en el jarrón, se esmera en que sean distintas y de variados colores.

La mujer mayor sueña con esas flores, ve sus propias manos extendiéndose hacia ellas sin lograr asirlas. Sólo una vez pudo sentir su suavidad y fue cuando él sin decir palabra **sacó del jarrón una flor cuyo nombre desconocía y la colocó entre sus manos**. Aspiró su aroma que se confundía con el olor de él, luego otra vez el vértigo, las ausencias infinitas, la garúa empañando su alma y los recuerdos haciéndose cada vez más lejanos, enredándose con el presente entre callejuelas desconocidas, voces, manos que la sujetan impidiendo su caída.

**Llueve.**

Está en su habitación, la blanca danza de las cortinas la envuelve.

Una multitud de sensaciones la posee voces lejanas se enredan con la canción que entona una mujer desconocida el profesor se

acerca mucho a ella la chica de los cabellos oscuros vestida de blanco le toma una mano el olor de las flores el olor de él.

Tiene los ojos cerrados pero con seguridad sabe que no está dormida. Recuerda haber jugado siempre con su imaginación, pero desde que está aquí algo ha cambiado, ahora las imágenes surgen con mayor precisión, las puede sentir presencias reales. Su alma viaja por latitudes desconocidas, mientras su cuerpo permanece inmóvil, percibiendo los sonidos, los colores y la inmensa rueda girando en un compás uniforme con el chirriar monótono de sus goznes y la inevitable sensación de la caída.

Un sopor húmedo y el vértigo de la liviandad la elevan el rostro de él muy cerca al suyo la transporta la torna una con la blancura de la habitación **una rueda gira lento** más lento cada vez y ella arriba inmóvil esperando el descenso entre sus manos la suavidad de Sofía.

Se adormece.

La chica que no se hace problemas por nadie, ahora sí está preocupada.

—No podemos seguir esperando tanto tiempo.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—No sé, pero tampoco podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—Ella se lo buscó, claro que da pena, pero nada podemos hacer, cada quien es dueño de su destino y éste sería el de ella.

—Eres un estúpido, cómo se te ocurre decir eso.

Un portazo da por terminada la conversación. A la chica sin problemas se le enreda el corazón.

(Es que no es posible que esto termine así me parece verla es cierto que algo tenía que suceder pero no esto pensará en nosotros qué estará sintiendo allá tan sola).

Abraza su oso de peluche, esconde la cabeza entre sus brazos y poco a poco se va quedando dormida.

Ahora corre por un campo que no tiene fin su cuerpo elástico se desplaza sin rozar el piso de pronto unas manos la sujetan por la cintura el camino se corta en un gran tajo que deja ver la parte desprendida del terreno alguien la obliga a retroceder unos pasos sigue el curso que le imprimen las manos ella está allí sonriendo casi gozosa quiere abrazarla pero no puede están jugando a las escondidas ahora hay árboles a su alrededor y tras de ellos se esconden está vestida de blanco su vestido es largo y ondulante logra coger un extremo de su falda la tela se estira y en ella se envuelve a la vez que gira y gira en una danza sensual y acompasada los árboles han desaparecido ahora ve unas altas chimeneas que dejan escapar un humo denso que sube y sube y en lo alto se transforma en pequeñas estrellas que caen sobre ella convertidas en luces de colores ella sigue envuelta en la tela blanca.

Cuando despierta está enrollada entre las sábanas.

En la habitación del hospedaje la mujer también ha despertado.

Cae la tarde y una pincelada gris va cubriendo el aire que circula ondulante entre los muebles y objetos. Se repliega en los rincones.

Oscurece. Se levanta, ordena libros y papeles, se prepara a recibirlo.

Vendrá cansado, —piensa, y tiene deseos de atenderlo.

Hasta ahora sólo él ha llevado la carga de los varios problemas que se han presentado y no, tampoco quiere eso.

Se arregla con esmero y se dispone a preparar una ligera receta proporcionada por la chica. En el camino de regreso ha comprado los ingredientes. No es muy buena cocinera, lo admite, no tuvo tiempo

de aprender a serlo o no tuvo ganas, pero ahora es distinto, desea sorprenderlo.

—Caramba —dice él ingresando a la habitación—, esto es una fiesta...

—Lo hice para ti —dice ella zalamera mientras se esconde entre sus ropas.

Lo coge de las manos, le recibe los libros que trae, lo ayuda a quitarse el abrigo y lo invita a sentarse muy junto a ella, en el sofá que da al parque triste.

—Parezco una marioneta dando saltitos, ¿verdad?

—Y yo un viejo ganso, feliz de ser recibido en esta forma.

—¡Ah!, pero ni creas que soy siempre así.

Ella creía conocerse, saber de sus cambios de humor, de la extrema complacencia que a veces otorgaba y también de la indolencia ante todo aquello que significaba rutina.

Pero esto es diferente, nunca había realizado este ritual que en otro momento le hubiese parecido tonto y ridículo, es la escena de una película en blanco y negro, de esas antiguas, en las que había que destacar mucho los detalles, porque los recursos técnicos eran escasos.

Él tampoco conoce de estos instantes e ingresa en aquella especie de juego doméstico y amoroso. Ella se ha arrodillado en el piso y coloca su cabeza sobre las rodillas de él, le pregunta por su trabajo en la universidad, le habla de la chica. Él le acaricia los cabellos y en un susurro le cuenta.

—Anoche tuve un sueño del que no hubiese querido despertar. Te veía dormida entre almohadas y sábanas muy blancas, yo muy cerca de ti cuidaba tu sueño. Desde un rincón de la habitación nuestra amiga accidentada nos miraba con una expresión indescriptible en su rostro, porque ¿sabes cuál era la novedad? Pues que ella estaba embarazada. De pronto tú has abierto los ojos y mi alegría ha sido tanta que he salido dando de voces por el pasillo, no sé para llamar a quién. Al regresar, ambas estaban sentadas en el piso pero la chica ya

no era tal, era mi hija que vestía de blanco igual que tú. Me he sorprendido al verla porque yo sabía que había muerto, pero tú me decías: no tengas miedo, ven, **ésta es la eternidad** y dejé de sorprenderme pues me sentí parte de ustedes.

—Yo también tuve una especie de visión, porque recuerdo no haber estado dormida. Es probable que nuestros sueños, no sé por qué, hayan ingresado en alguna fisura del tiempo y se hayan encontrado al igual que nuestras vidas.

—¿De modo que crees que ahora, en este momento, estamos fuera del tiempo que están viviendo todas las personas ahí afuera?

—Si somos un sueño de otro, sí. Y también es posible que aquellos sueños que soñamos los soñados se encuentren arrinconados en ese corte en el tiempo y que vayan saliendo uno por uno e instalándose en las mentes de aquellos con quienes soñamos. Por alguna razón que escapa a nuestra comprensión, dos sueños de similares características viajaron hasta nosotros. Ya te dije, de pronto somos sólo un sueño de alguien.

—Pues en los sueños no se tiene hambre —bromea él.

No quiere volver a sentir la angustia de días anteriores, cuando caía enredado en el juego que ella propiciaba y con el que parecía gozar. No, él es un hombre que quiere gozar esta realidad con los ojos abiertos.

—Ni se siente el gusto del vino.

Brindan.

Ella bromea y se burla de sí misma al hablar, sin embargo no puede dejar de estremecerse al pensar en las visiones que con insistencia la acompañan. Quiere desecharlas pero éstas van cobrando más y más fuerza. Las ondas giran a su alrededor haciéndola sentir sin peso, la mecen al compás de una melodía que ya se ha incorporado a su respiración y la rueda, silenciosa, y ella en lo alto, inmóvil.

Siente que de pronto ha llegado al final de un largo viaje y en el extremo una densa niebla la espera, intentando atraparla. Cree, entonces, ser la protagonista de una película de terror, una película que repite una y otra vez este entrapamiento del cual es imposible la huida.

O de lo contrario, y esto es aún más doloroso, despertar y comprobar que todo ha sido un sueño, que él no existe, que aquel amor no existe.

Por esto prefiere ignorar cómo es que ha ingresado en este espiral de imágenes y aromas en el que nada es claro, en el que la realidad y el sueño forman un todo compacto con las visiones y las sensaciones que se entremezclan aturdidamente.

La habitación huele a flores y en los movimientos de ambos se ha incorporado una cadencia muy lenta. Las palabras, los gestos y hasta las propias miradas han adquirido un ritmo diferente, que acerca y aleja a la vez.

El presentimiento de que algo está por ocurrir llena el aire de un presagio indescifrable. Ellos saben que no pueden seguir atando el minúsculo nudo que aún sostiene la juntura del placer y el dolor, y quizá de la vida y la muerte. Quieren recobrar la cordura y darle coherencia a esto que están viviendo, pero no dejan de darse cuenta que en ese mismo momento el hechizo terminará.

—Escucha, esa mujer está cantando más fuerte que nunca.

—Sí, y por momentos parece llorar. Es como si algo fuese a pasar.

(Sí, algo tiene que pasar).

La madeja se le enreda, no encuentra la punta inicial. Subsiste la sensación del quiebre que no tiene compostura, un viaje hacia el vacío, un vuelo en paralelo sobre el mar.



Pero no es suficiente su propia confusión, necesita enmarcarla, rodearse de seres, objetos, sonidos que la convenzan de que esto que está viviendo no es una simple anotación al margen de un libro. Pero, entonces, ¿cuál es la historia real?

Este cuarto el cuarto de él la higuera desplomada las frutas que nunca se secan la chica del retrato las historias simultáneas que se entrecruzan su cuerpo la ausencia Sofía y la blancura que duele los sueños recurrentes un recuerdo metido dentro de otro recuerdo oscuros cables sujetándola a la vida.

Goza y sufre con la confusión. Quizá, muy en el fondo de sí, espera un milagro, un súbito reencuentro con la magia que le permita seguir navegando en este sueño, al final del cual quizá sólo la espere el naufragio.

**Las líneas convergen hacia donde tú estás, deben haber  
[movido la fotografía en blanco y negro.**

Ambos están ahora con los ojos cerrados.

Un mismo sueño los atrapa.

Ella viste de blanco y corre por una playa desierta extiende los brazos tratando de atrapar algo entre ellos él desde un punto lejano hace lo mismo pero a cada paso que dan retroceden más y más se detienen un instante luego recomienzan la danza y se dirigen hacia el mar al ingresar en él las distancias se acortan al igual que caminaran en dos líneas convergentes rozan los dedos de sus manos pueden mirarse a los ojos pueden sentir sus respiraciones agitadas a lo lejos se oye el silbato de un tren no no es un tren es la sirena de un barco de pronto ella es arrebatada de ese espacio y siente su cuerpo deslizarse a ras del agua él trata de impedirlo pero es en vano una

ola alta y encrespada los atrapa bailotea frenética se calma los devuelve con suavidad hacia la playa.

Ahora se están mirando en silencio.

Una pulsión en el centro del pecho los obliga a renunciar al abrazo que se queda ahí, apenas insinuado.

Él retrocede. Algo más fuerte que su voluntad y su deseo lo alejan de la escena. Se pone de pie y se detiene en el umbral de la puerta.

Ella se angosta, se torna mínima mientras una sensación liviana y placentera la recorre. Siente que su cuerpo se libera de aquel dolor que nunca pudo ubicar, palpa la piel de sus brazos, sus piernas, asciende hasta el cuello, luego el rostro. Sí, es ella, se reconoce en sus imperfecciones. Aún siente el correr de su sangre que trata de abrirse paso entre los diminutos surcos de sus venas y sus arterias, el aire se enrarece cada vez más, el canto de la mujer desconocida cesa.

Llueve.

*Princesa, ¿por qué no has confiado en mí?*

*Hoy estoy más triste que nunca. ¿Cómo hacer para arrebatarte de esta situación que sólo tiene una salida? ¿Es que no te das cuenta? Un paso más y habremos concluido nuestra historia. Quisiera hacerte reaccionar pero ahora hay alguien que ocupa mi lugar, él está a tu lado, pendiente de cada uno de tus gestos, quizá está esperando un milagro. Yo no creo en los milagros. Has logrado confundirme, llevarme por caminos inconexos, ya no sé qué pensar, al principio todo parecía una broma en la que yo te acompañaba para que no te sintieras tan sola.*

*¿Pero ahora? ¿Hacia dónde seguimos? ¿Por qué tu largo silencio? ¿Eres feliz en esta especie de embriaguez en la que has caído?*

*No sé qué hacer, siento que mi voz, la que sólo tú escuchabas, ya no llega hasta ti, te miro cual si estuvieses encerrada en una burbuja que flota a la deriva y que no puedo traspasar.*

*Mira, ahí está la estación del tren, y no es el tren siempre triste que se va. Ahora regresamos, unidos tú y yo, sin nada que te perturbe, nada que nos impida correr sobre los durmientes, nada que nos detenga. Te prometo que al fin abordaremos aquel tren mágico con el que tú soñabas. ¿Recuerdas? Un tren que nunca se va ni regresa. Allí nos quedaremos y veremos al mundo pasar por nuestro lado. Déjalos correr, princesa, nosotros sólo quedémonos quietos, igual que aquellas tardes en tu jardín, cuando veíamos el movimiento de las flores al cerrar sus pétalos ante la llegada de la noche. ¡Princesa! ¿Me escuchas?*



## El sueño

—No logro hallar una explicación —dice el médico a los familiares—, hace mucho tiempo ella debió haber despertado. No hay daño orgánico pero su cerebro sólo emite respuestas espaciadas e inconexas. Lo lamento mucho, es como si ella deseara quedarse en ese limbo en el cual se encuentra.

—Pero, ¿qué arrojan las pruebas que desde hace tiempo le vienen tomando?

—Eso es lo extraño, su cuerpo físico está intacto, sin embargo sus signos vitales son cada vez más débiles. No lo sé, quizá quieran ustedes consultar con otros médicos...

—Usted es el mejor, así nos han dicho.

—En estos casos la medicina se siente impotente, hay algo que escapa al conocimiento, algo que quizá tenga otro nombre, que sólo ella conoce.

Un asunto sin importancia.

Ella había pasado todo el día repitiendo, con esa obsesión que la caracterizaba, que algo iba a suceder, algo diferente, algo que concluyera con la rutina que la agobiaba.

Por supuesto que la idea de un gran cataclismo fue la primera en asomarse, un terremoto, un ciclón, un maremoto.

—Estamos lejos del mar —dijo alguien.

—Aquí nunca ha habido un ciclón —dijo otro.

—Un terremoto, humm, puede ser —agregó un tercero.

Miró al hombrecito que pronostica el tiempo, señalando con un puntero los diversos países que se movían téticos entre el oleaje azul del mar en la pantalla del televisor. Siempre decía lo mismo, el pobre, anticipándose al clima de mañana y no acertando casi nunca. Pero ahora, esa noche, ella lo miraba fascinada, prestando atención al más mínimo detalle. Sentía la inminencia de un desastre, ahí detrás de la puerta, bajando por las escaleras, sacudiendo las ventanas.

La segunda era que alguien iba a morir.

—Algún pariente lejano que te deje una gran herencia —dijo alguien.

—En los hospitales, seguro que habrá más de un muerto esta noche —dijo otro.

—El viejito ése de 99 años que vive a la otra cuadra —agregó un tercero.

Luego salió con que podría ser la muerte de algo.

—Claro, el día va a morir dentro de unas horas —dijo alguien.

—Quizá se acaben tus locuras —dijo otro.

—Que termine tanta tontería —agregó un tercero.

Ya ninguna de estas palabras la hería. Sabía que era el modo en que ellos interrumpían sus devaneos. Era mejor así. Tenían aún mucho tiempo para mirar la verdadera cara de la vida. Con suma tranquilidad se dirigió a su habitación y se puso aquel vestido largo y blanco que reservaba para una gran ocasión.

Unos minutos de asombro, de risitas disimuladas y luego la conocida indiferencia.

A lo mejor no era indiferencia, sólo la aceptación de esa forma de ser suya que a veces enardecía y otras invitaba a ignorarla.

—Ustedes no me creen, pero ésta será una gran noche —dijo—, y se sentó frente al televisor a ver al hombrecito del tiempo.

Oscurecía y una fina garúa descendía sobre las azoteas de las casas.

A lo lejos, arriba de la casa, se escuchó el maullido lastimero de Sofía.

—¡Ya comenzó a molestar esa gata!

—Está presagiando algo y seguro que igual que su ama, se ha vestido de blanco y está maullando a la luna.

—No, escuchen, más que un maullido es un llanto, quizá se ha caído y está herida —agregó ella con cierta candidez y haciéndose la que no entendía las burlas.

—Los gatos caen de pie, no te preocupes, a lo sumo se queda coja o medio chiflada...

—Ya, ya...

El llantito se hacía más y más leve, más y más lejano.

—No, algo le sucede, por favor alguien suba a verla.

—Ya está oscuro, tú y tu gata son un caso...

—Por favor...

Nadie se dio cuenta cuando ella recogiendo su amplia falda subió por la escalera de servicio, sin prender las luces, sin hacer ruido.

La lluvia arreciaba, menuda, triste...

Suavecito, sólo para sí, la mujer entonó entonces una breve canción con la que acostumbraba realizar sus conocidos rituales. Alguien le había hecho creer de niña que Santa Clara era la patrona de las lluvias. Invocó entonces a Santa Clara.

La lluvia empapó su rostro y sus cabellos. Se olvidó del hombrecito del tiempo y sus pronósticos, se sentía feliz en aquel pequeño espacio en el que la lluvia parecía caer sólo para ella.

De pronto recordó a Sofía, la buscó y buscó entre lo desniveles de la azotea, cada cierto tiempo creía escuchar su maullido, su grito que parecía llamarla señalándole la ruta por donde hallarla.

Llegó a la buganvilla que con sus largos brazos había trepado hasta allí y enroscado todo aquello que encontraba a su paso. Sus flores moradas parecían brillar en la oscuridad. Varias veces las confundió con los ojos de Sofía, multiplicados, burlándose de ella.

Más cerca el maullido, más inestable la enredadera, el paso más tembloroso pero decidido, la falda flotando al viento y jugueteando con las ramas que cada vez eran más ligeras, más delgadas y en uno de los extremos el inconfundible cuerpo de su gata.

Sólo un breve instante tuvo la sensación del peligro, detrás de esas ramas el pozo oscuro de la noche y el abismo. Un paso más, pensó, luego estiró las manos y cerró los ojos.

¿Fueron escasos segundos o toda una eternidad la que demoró el árbol en ceder bajo su peso?

La oscuridad de la noche la envolvió en su silencio.

La casa entera pareció elevarse por los aires.

Un fuerte estrépito abatió muros y puertas y ventanas.

Aves blancas extendieron su vuelo formando un abanico en plena oscuridad.

Abajo, un instante de asombro. Luego las preguntas, el no saber adónde dirigirse. ¿Era afuera o adentro? ¿O era en el corazón mismo de la casa?

Todos, congregados en el patio no podían creer lo que veían.



Sobre las flores moradas, sobre un gran lecho en desorden, está ella abrazada a Sofía, su falda extendida como la de una bailarina, haciendo una venia de despedida.

Abre los ojos y los mira uno a uno, luego mira a Sofía, acaricia su cabecita destrozada. Sus ojos redondos están fijos en la noche. Ve cómo se la llevan, quiere impedirlo, pero su cuerpo se torna laxo.

Todos están confusos, tratan de reanimarla.

—Traigan un vaso con agua.

—No, mejor no la muevan.

—Llamen a una ambulancia.

—¿Me oyes?, contesta, contesta por favor.

—Se ha desmayado...

—Con cuidado. Dios mío, ¿cómo pasó esto?

Todos hablan a la vez. En un rincón del patio, Sofía y su suavidad, Sofía y su inevitable adiós.

Llega la ambulancia.

La habitación es grande y está pintada de un color blanco humo. Una mujer rolliza termina de asear la habitación y sale mascullando incoherencias.

—No hay contusiones severas —dijo el traumatólogo.

—Esperemos las pruebas radiológicas —dijo el especialista.

—Trataremos de hacerla reaccionar, aún está en *shock*, por favor, despejen la habitación —dijo otro médico.

Pruebas y más pruebas, dos días y sus noches trayendo y llevándose las esperanzas. Su voz ausente, cautiva sabe Dios dónde.

—Se encuentra en estado de coma —diagnosticó el neurólogo—, sólo nos resta esperar.

Y siguieron esperando. Nadie tenía una respuesta coherente.

Varios días de infructuosa tarea han convencido a los médicos del hospital que nada pueden hacer.

—Es un asunto puramente mental —han dicho. Recomendamos un psiquiatra.

¿Un psiquiatra? —preguntaron en coro los familiares.

El mejor psiquiatra fue requerido.

Y él llegó con su andar pausado, sus manos grandes como las de un escultor o un ceramista, su barba, su cabello alborotado y un olor indefinible, mezcla de madera y heno, en su cuerpo. Entre sus manos traía un libro de tapa azul, que nadie sabía qué contenía. Lo acompañaba una asistente, una chica, linda ella y con una capacidad indudable para escrutar el alma. La ternura que le concedía su embarazo era un elemento decisivo en la tarea que habrían de emprender.

*Sólo yo sé lo que le sucede, desde un inicio lo supe pero me era imposible opinar. Lo único que pude hacer fue acompañarla en esta soledad irreparable.*

*Pero me has engañado, princesa, estaba seguro de que regresarías y que ésta sería una escapada más de las tantas que nos dábamos, en las que creábamos mundos ideales y yo era tu único confidente.*

*¿Adónde te has ido que ni yo puedo seguirte? Siento que camino en círculo y no encuentro la salida que me lleve hacia ti ¿Por qué no quieres responderme?*

*Regresa, princesa, hazme una señal, dime que me reconoces, que no me dejarás nunca, que siempre estaremos unidos por toda la eternidad.*

*¡Qué descabellada idea! La eternidad no existe, aquí se acaba todo, dejemos ya de jugar, volvamos a nuestra vida, allá donde yo era tu único confidente.*

*Tú me enseñaste, princesa, a no dar importancia a las necedades que día a día vivías. ¿Entonces? ¿Por qué esta huida, por qué este negarte a seguir viviendo?*

*Sí, no soy tan torpe para no darme cuenta de lo que está pasando.*

*Ahora veo que tus párpados se mueven. ¿Puedo tener esperanzas? ¿Tratas de decirme algo? ¿Es a mí a quien te diriges o es al hombre de barba que se inclina sobre ti, te toca, ausculta tu cuerpo?.*

El psiquiatra se interesó en el caso, no, en el caso no, esa mujer era algo más que una ficha médica. Lo supo desde el momento en que vio su cuerpo desmadejado entre sábanas y almohadas, cuando creyó percibir una leve sonrisa y muchas, muchas lágrimas asomándose apenas en los resquicios de sus ojos cerrados.

Los familiares le informaron acerca de las circunstancias del accidente. Miró a uno por uno, con aquella su mirada habituada a recomponer vidas. No necesitó hacer muchas preguntas, apenas algo sobre sus gustos, sus aficiones. El resto lo intuyó, hurgando en ese silencio que parecía no tener explicación.

Pasaba largas horas a su lado, acariciaba sus manos y le hablaba palabras inaudibles para el resto, pero que él sabía eran escuchadas por ella.

Sí, ella lo escuchaba, como un leve roce, un aroma, un suave eco. Luego, otra vez la lejanía, y esa voz resonando dentro de ella en una cuenta regresiva y esa rueda insistente reptando en la curva enrarecida del aire.

Desde el primer momento en que él ingresó a la habitación percibió algo en el aleteo en sus párpados cerrados, en sus hombros.

(Parece una mariposa que se ha cansado de volar).

El médico está acostumbrado a estos menesteres, sin embargo, ante esta mujer, su estricta dedicación profesional se ve avasallada por una mezcla de curiosidad y desconcierto que lo impelen a acercarse a ella, a aquel silencio obstinado tras el cual presume se esconden mil y un secretos.

¿De qué o quién estás huyendo?, se pregunta incansable.

Los ojos del médico, tras los lentes, se hacen chiquitos.

Su voz se acerca a ella con cautela procurando rescatar intacta la confianza liberadora. Quiere ir armando trocito a trocito esa vida que, por razones desconocidas, se escurre entre el silencio al que por propia voluntad ha accedido.

¿Tú también te irás?, tropiezan sus pensamientos sin saber de dónde procede la pregunta.

Tenía que admitirlo, había estado al lado de muchos pacientes en similares condiciones, algunos habían regresado del profundo trance, otros habían huido para siempre, pero ella es diferente.

¿Por qué es diferente?, se pregunta y no halla la respuesta.

El psiquiatra y la joven embarazada se turnan día y noche para cuidarla, aplican diversas fórmulas terapéuticas, largas sesiones en las que el médico trata de ingresar en el

alma de esa mujer que, atrapada en su cuerpo, se niega a responder.

Y es que ella está fascinada viviendo una experiencia desconocida. No hay dolor, a veces siente pequeños pinchazos que se introducen en su piel; son las diminutas agujas con las cuales la chica embarazada la estimula, intentando provocar una reacción.

Para ella es la garúa, el agua de la ducha, las manos de él que acomodan su cuerpo, el silbato de un tren, la voz de una mujer que canta, y la rueda girando y girando con un compás melancólico, en cámara lenta.

Ahora se ve allí en lo alto de la rueda, a merced del viento que, calmo, apenas la desliza en un descenso inminente.

Escucha la voz de la chica embarazada que llega hasta ella, bajita. Su voz es cálida y risueña y la presume muy cerca de su oído.

Ella le habla de un bebé, de lo mucho que le costó lograrlo, de sus dudas, de sus estudios; le pregunta por sus hijos, no la presiona, sólo siente su presencia joven y sus manos acariciando su rostro, sus cabellos, ¡qué bien se siente! Cuántas veces anheló estas caricias, cuántas veces se sintió como un perro o un gato ansioso de que le pasen la mano por el lomo.

Desea verla, sus párpados se estremecen ante el esfuerzo y al fin logra abrir los ojos; allí está la chica emergiendo de la densa bruma blanquecina de la habitación. Los ojos de las dos se encuentran un instante, los labios de la mujer se entreabren intentando pronunciar alguna palabra, pero el silencio la atrapa.

Las hojas pesan alrededor de tus pies  
Oyes el estruendo del tren...

—Doctor —dice la chica embarazada—, hace unos momentos abrió los ojos.

—¿Cómo son sus ojos? —pregunta él.

La muchacha se extraña ante la pregunta.

—Tristes, muy tristes.

—Ve a descansar, yo me quedaré con ella —agrega el médico tratando de ocultar el absurdo sentimiento que ha despertado en él esta mujer a la que apenas conoce.

Ausculata su respiración, su pulso. Observa con detenimiento sus párpados y comprueba que duerme. Se sienta en un sillón y desde allí hace acopio de todo su conocimiento.

¡Si por lo menos supiera qué o quién te ha hecho emprender este viaje! —se pregunta.

Este viaje, piensa la mujer, engarzando su pensamiento al de él; este viaje y tus manos y la lluvia, ¿recuerdas?

El médico ha intentado algunas preguntas, algo muy ligero, como quien entra a hurtadillas en un recinto oscuro y toma todas las precauciones para no tropezar.

Ella escucha su voz y se aferra a ella sabiendo que es el último vínculo que los mantendrá cerca. Cuando la nota cansada, él se sienta en el sillón, y no separa su mirada del rostro de ella.

De pronto cree percibir un ligero estremecimiento en sus labios. Se acerca mucho a ella, la llama por su nombre varias veces. Ella entreabre los párpados y desliza su mirada por la habitación; la habitación da hacia un gran jardín, las ventanas están cubiertas por sendas cortinas de un color blanco, que le lastiman los ojos. Luego se detiene en el hombre que muy cerca le murmura algo, puede sentir su cercanía, su inconfundible olor por encima de sus hombros.

—¿Llueve? —pregunta ella, despacito.

—Sí, llueve —responde, emocionado, él—. ¿Te gusta la lluvia?

—Sí es hermosa.

—Y es hermoso escuchar tu voz.

Sin apartar los ojos del rostro de él.

—Y es hermosa tu barba.

El médico sonríe y ella lo imita.

—¿Quieres contarme lo que estabas soñando?

—No puedo. La lluvia tú sabes la lluvia limpia y los charcos de tu pueblo...

Una enfermera que ha observado la escena sale en silencio y comenta algo con dos de los hijos que aguardan en el pasillo. Éstos ingresan a la habitación.

(Al fin se terminó esta historia).

Ellos no habían esperado este súbito despertar de la mujer, por lo que no saben qué actitud tomar. Se colocan uno a cada lado de la cama. Están sonrientes, todo vuelve a la normalidad, ahora ella les contará una historia, inventada por cierto, pero que jurará haberla vivido.

El médico les hace unas señas para permanecer en silencio, pero es tarde: la hija la abraza y le expresa su alegría por su “regreso”.

—En el retrato estabas diferente —le dice la mujer mayor.

—Soy yo, mamá.

—¿En dónde estamos?

—En el hospital, pero ya estás mejor.

—¡Ah! ya recuerdo fue la higuera ¿verdad?

—No mamá, la buganvilla...

Mira al médico.

—Y ahora ¿qué haremos? —le pregunta.

—¿Qué es lo que tú quieres hacer?

—Recoger a los pichones, pero ella no podrá está esperando un bebé.

—Pero, mamá...

—¿Dónde está Sofía?

—En casa —miente la hija para no preocuparla.

Pero ella recuerda la carta o la caída, no sabe, se confunde.

—No. Yo sé que ella ha muerto. También se muere de tristeza.

Sus hijos acarician sus manos que, por un instante, recobran el movimiento. Se deja presionar, presiona.

Han llegado el esposo y el resto de los hijos. Todos están alegres pues creen haberla recuperado.

Ella mueve una de sus manos, los hijos se la estrechan, el esposo coloca la suya sobre las de sus hijos.

El médico se aparta unos pasos.

Tiene conciencia de ser un extraño en aquel cuadro familiar, pero no sabe por qué inexplicable razón algo se rebela en su interior.

Apela a la cordura, debería estar feliz por este aparente regreso de su paciente, pero es que ella no es sólo su paciente, entonces ¿qué más es? ¿Por qué al verla rodeada del esposo y los hijos tiene la insoportable tentación de deshacer esa escena, sin importar que para lograrlo ella tenga que sumirse para siempre en el silencio? Aparta con firmeza ese oscuro pensamiento de su mente, pero no es su mente la que emite ese deseo.

Respondiendo a su inexplicable deseo ella vuelve a hundirse en su letargo.



Ya no más el apuro de sus sueños y de su vida.

Ahora camina por un malecón pasa la mano sobre el barandal de pronto un ave negra y filuda clava sus garras sobre su mano las uñas del ave se extienden para luego encogerse arrancándole pedazos de piel no siente dolor ni miedo su piel es sólo una envoltura transparente el ave la rasga la libera. Mira hacia abajo allí está el mar brillante y sereno tiene deseos de saltar pero el vértigo la obliga a cerrar los ojos.

Los familiares cambian impresiones en el pasillo.

—¡Ha reaccionado!, aún confunde las cosas pero debe ser por efecto de los medicamentos.

—Allí sale el médico, preguntémosle.

—Ahora está dormida —dice él.

—Pero, doctor, ¿se aliviará? ¿Está mejor?

—Aún es muy pronto para decirlo. Les pido que sean muy cuidadosos, por favor.

La expresión del psiquiatra es seria y preocupada.

¿Cómo explicarles el estado en que ella se encuentra?  
¿Cómo decirles que esta mujer está huyendo por lugares inextricables a los que ni la ciencia puede llegar?

A grandes pasos recorre el pasillo y sale en busca de un café. Necesita ordenar sus pensamientos. Sus conocimientos le dan una única certeza: ella sólo volverá si se convence a sí misma de que aún tiene algo que hacer en la vida, de lo contrario continuará su viaje en la búsqueda de aquello que, quizá, aquí no encontró.

La chica embarazada ha ingresado a la habitación.

¡Qué plácida sensación le provoca esta mujer! Piensa en su madre y en la gran necesidad que tuvo de demostrarle su cariño y que ella recibía con tanta indiferencia. A la mujer que yace

allí postrada en la cama, se le nota tan necesitada de afecto. ¿Por qué tienen que ser así las cosas? Quisiera abrazarla pero se contiene, se conforma con estrechar sus manos.

Pasan unas horas.

La chica dormita en el sillón.

Llega la noche.

Los familiares se han retirado. Dos médicos ingresan y controlan los monitores. Uno de ellos se acerca a la mujer y le toma el pulso, ausculta su respiración.

—Será necesario colocarle un respirador artificial.

El otro médico asiente. Se produce un inusitado movimiento en la habitación, las enfermeras instalan el equipo, lo conectan.

Ella siente que su cuerpo está siendo violentado, unas manos extrañas acomodan su cuerpo, ella las rechaza, no quiere que nadie la toque, sólo él con sus manos grandes y protectoras, él, que sabe que esto es sólo un sueño que puede quebrarse al intentar tocarlo.

Regresa el sopor, el sueño, el sueño de siempre.

Su casa vieja, las canciones de su madre, las historias de su padre, los hermanos. Es ir recorriendo paso a paso toda su vida, deteniéndose allí donde hubo más dolor o alegría, siempre en los extremos, luchando por ser coherente sin conseguirlo. Rostros, palabras, actitudes, brochazos dispersos de un gran cuadro en el que ella vaga sin encontrar la salida.

Y los hijos.

(¡Ah los hijos! Y la higuera y los higos, tan dulces en aquel desayuno).

Recuerda los parques de diversiones a los que iba con ellos, la rueda giratoria y el sonido de los goznes igual al de los

parabrisas del auto del profesor. El corazón le latía hasta asfixiarla cuando la rueda giraba y giraba, pero el punto más temible, el que le producía el inefable vértigo era cuando iba deteniéndose, deteniéndose y siempre ella arriba, mirando el piso que la atraía cada vez más.

Luego llegó él a sus sueños, con su andar pausado y sus grandes manos similares a las hojas de la higuera. Sintió que llegaba a la apacible estación de un tren después de un inmenso viaje que había durado muchísimos años y miles de esperas. Y allí, desde antes del siempre, él y su olor a madera, su barba lluviosa y aquella mirada en cuya tibieza quería permanecer para toda la eternidad.

Por momentos sus recuerdos se detienen, se entrecruzan, es ahí donde ella pierde el control y se encuentra a merced de una voluntad ajena. La voluntad ajena es la realidad.

Entonces ella recurre a contarse historias, como si estuviese escribiendo una novela.

¿Diferencia la realidad de la fantasía? ¿Quién podría saberlo! Sólo le queda, entonces, ponerle el mejor vestido a lo vivido, descubrir más colores detrás del arco iris, viajar por lugares imaginados, fabricar rostros, palabras. Inventar la felicidad.

Éste es, no lo duda, el camino hacia la eternidad, aquél que la lluvia le presagió y que ella siente está inscrito en su sangre y en la curva por la que transita su alma.

Se niega a quebrarse de una manera tosca y sin gracia. Siempre pensó que a la eternidad se debe llegar de puntillas, con el máximo asombro en las pupilas y en el corazón.

A veces siente un puño en el centro del pecho que se estrecha hasta dolerle, entonces sabe que debe expresar su pesar y abriendo el conducto que comunica el corazón con los ojos, abre la compuerta y deja que las lágrimas salgan, un poco avergonzadas.

Ella ha visto al psiquiatra y a la chica embarazada.

Sabe con certeza que son una especie de escudo, de aliados que la protegerán contra todo peligro. Sus sensaciones están agudizadas, no sabe por qué mecanismos.

El barco suelta amarras.

Es de noche y el hospital está en silencio. De rato en rato la voz de una mujer se eleva y entona una canción antigua.

Dicen que es una paciente que está con una enfermedad terminal y la única manera de comunicarse es a través de sus canciones. Los médicos han ordenado que se le deje hacerlo. Su final es irreversible y su canto es una despedida. Su voz no molesta, es más bien una especie de letanía armoniosa. Hace varios días que canta.

El psiquiatra regresa.

—¿Cómo ha estado? ¿Ha habido alguna reacción?  
—pregunta en voz muy baja.

—No, doctor; pero tengo la impresión de que la mayor parte del tiempo está despierta, de que esta escuchando o viviendo situaciones ante las cuales, a veces, sonrío y otras, llora.

—Debes irte a descansar, yo me quedaré con ella, trataré de obtener alguna respuesta.

La chica sale.

La mujer que se mostraba tan sosegada minutos antes, se inquieta en la cama, los monitores se alteran, su pulso se acelera.

Él se le acerca y tomando una de sus manos le dice:

—¡Hola!, veo que estás despierta.

Ella levanta un poco la barbilla, va a contestar, entreabre los labios pero los vuelve a cerrar.

—¿Deseas que conversemos?

—No.

Su mano se acurruca en la de él.

—Así está bien. ¿Algo te molesta?

—Sí todos quieren que vuelva.

—Y tú ¿no quieres hacerlo?

—No no.

Él se acerca más a ella.

—¿No? Entonces, ¿estás bien donde te encuentras?

Por toda respuesta ella levanta una mano y la desliza por la barba del médico. Luego cae con blandura sobre las sábanas.

De repente, te das cuenta de que están a tu puerta.

Y el Doctor Extraño cambia continuamente de tamaño...

(Este camino es demasiado largo no encuentro la salida pero sé que tú estás cerca por qué no logro hallar es que ellos no comprenden yo necesito este viaje debo encontrar a Sofía debe estar bajo la lluvia).

La mujer vuelve a sentir el soroche, le duele la cabeza.

Es la altura, piensa, y esta rueda que no se detiene.

Una claridad abrumadora la envuelve, no distingue los contornos de las cosas. La voz de la mujer que canta se eleva hasta perturbarla. La invita a cantar con ella. Ella desea hacerlo, no siente temor, más aún, la embarga un sentimiento dulce, comprensivo. Ella ha experimentado antes esta sensación, allá, en su casa vieja cuando trataba de comprender las canciones melancólicas de su madre o los cuentos inventados por su padre.

Ahora está caminando bajo la lluvia lleva un vestido blanco delgado que al mojarse se le pega al cuerpo ella se mira es una sensación agradable puede percibir todo su

cuerpo está desnuda de pronto ante ella se forma una gran caída de agua es una especie de tobogán amplio muy amplio su inclinación es suave y ella se siente resbalar por él es un juego cerca de ella unas mujeres jóvenes también resbalan y ríen abrazándose y haciendo piruetas todas visten parecido a ella y sus cuerpos se dibujan en toda su belleza sobre el agua quisiera disfrutar igual que ellas pero un temor opresivo la paraliza trata de cogerse del piso pero éste es muy resbaloso más abajo divisa el mar siempre le tuvo miedo al mar con sus grandes brazos acogiendo y sepultando pero aún así lo amaba.

Este mar está calmado y es de un color azul verdoso siempre quiso tener un vestido de este color de pronto siente unas manos grandes y fuertes sujetándola por el talle la tela del vestido es delgadísima puede percibir la presión de esas manos que se adueñan de su piel de su cuerpo se deja aprisionar sin ofrecer resistencia quiere mirar al dueño de esas manos pero no lo logra sólo escucha su risa que juguetea con ella y la conduce con serenidad hasta el mar allí la toma de ambas manos semejante a la forma que utilizan los adultos para enseñar a nadar a los niños la desliza con calma sobre al agua ella se siente ingrávida ve su falda flotando a su alrededor siente vergüenza pues su vestido se ha vuelto transparente y su cuerpo se muestra en una total desnudez pero es sólo unos instantes luego goza observándose ya no hay vergüenza las manos la van soltando poco a poco ahora sólo se tocan los dedos pero sigue flotando es una danza húmeda y placentera ambos entrecruzan los dedos para luego separarse y volverse a juntar ha vuelto a buscar su rostro pero no lo ve sólo sabe que alguien está allí cuidándola y el vértigo invitándola al abandono

Se da cuenta de que tiene los ojos cerrados, ¿entrará el mar por ellos? Los abre.

Ahora ve al dueño de esas manos acariciando las yemas de sus dedos.

—¡Hola!, dormilona —le dice sonriente.

La mujer observa las sábanas y el cobertor que cubre su cuerpo. La respiración es irregular, se esfuerza al hablar.

—¿Y el ves ti do?

—Está colgado en el armario. Hace mucho frío y debes abrigarte para no coger un resfriado.

Él también habla con lentitud, alargando las palabras, siguiendo el ritmo de la respiración de ella.

—¿Por qué estoy acos ta da?

—Estás un poquito enferma, ¿lo recuerdas?

—Yo no estoy enferma —dice con ímpetu.

Luego regresa al hablar entrecortado.

—Pre gún ta le a la lluvia ella nos da rá una respues ta ella nun ca se equi vo ca es tá lloviendo ¿no?

—Sí, y tú sabes que aquí, es muy raro que llueva. Pero ella sabe que la amas y por eso...

—Por e so ha ve nido a a com pa ñar me igual que tú los otros se han ido ¿tú tam bién te i rás?

—No, no me iré.

—¿Esta rás con migo por to da la e ter ni dad?

—Si tú quieres...

—Lo he mos prome tido ¿re cuerdas?

El médico no sale de su asombro.

Todos sus pacientes en similares condiciones vivían fantasías que los compensaban de carencias reales, pero ni uno

de ellos lo había involucrado en sus historias. Él había logrado, siempre, mantenerse a una distancia prudente desde la cual podía observar y ayudar al reacomodo de esas voluntades huidizas. Pero ahora algo sin nombre lo arrastra hacia el camino que transita esta mujer.

—¿Sabes quién soy? ¿Conoces mi nombre?

—¿Tu nombre? ¿tu nombre? claro que lo sé cómo podría olvidarlo pero qué importancia nuestros nombres ¿por qué me haces estas preguntas?

El médico retrocede unos pasos. Ella extiende una mano hacia él. Él la recibe tratando de ser lo más objetivo posible. Pero es en vano, percibe el fluir de su sangre, su ritmo se acopla al ritmo de ella. Mira hacia el monitor y observa cómo se altera la gráfica que dibuja. Se separa de ella, ahora se siente invadido de un temor real.

(No, esto no es posible, se lastima pensando, yo no soy parte de tu historia, pero ¿por qué siento haber compartido contigo todos los instantes que mencionas? Yo sólo soy el médico que trata de aliviarte, no caeré en esta confusión, no...).

Ella sonríe con tristeza y él reconoce esa sonrisa. Cada palabra que ella pronuncia lo enlaza a una circunstancia que cree haber vivido. Por breves instantes, que él desecha, se siente aquel hombre al que ella alude con tanta certidumbre.

En ese momento, una mujer delgada y triste trae unas vistosas flores, las coloca en el jarrón. Con prudencia y simpatía mira a la mujer que permanece con los ojos abiertos y que sigue el curso de sus manos. Sin pronunciar palabra, acaricia sus mejillas, se le nota muy cansada. Sale.

El médico se acerca hasta ella, le toma las manos, casi la roza con su barba, e ingresa su mirada en esos ojos tras los cuales se debate un conflicto irreparable. Se siente impotente. Ella se ahonda en aquella mirada.



Tratando de retener ese momento, él saca del jarrón una flor y la coloca entre las manos de la mujer.

—Pa re ce el cuer po de Sofía —exclama—. So fía es mi ga ta ¿lo sa bes no?

Unas lágrimas pequeñas resbalan por sus mejillas.

¿Cómo hacer para llegar hasta ti sin perturbarte?, piensa el médico.

Los párpados húmedos de la mujer vuelven a cerrarse y otra vez la laxitud tornándola leve, llevándola por senderos cautivantes.

Se está pensando.

Es joven y conversa con un grupo de compañeros de la universidad. Comentan algo sobre un examen que acaban de dar. Ninguno ha acertado en las respuestas, sin embargo ríen y deciden pedir una nueva prueba. Buscan al profesor que aún permanece en el aula, ordenando los exámenes. El profesor es un hombre de aspecto triste y melancólico, sus movimientos son pausados al igual que su voz.

Los recibe y después de regañarlos, se deja convencer.

—Mañana a las 8 a.m. en punto los espero en esta misma aula.

—¿Te has dado cuenta lo hermosa que es la barba del profesor? —ella se dirige a una compañera—, así será el hombre de mis sueños dentro de algunos años.

—¿Algunos? Por favor, despierta. Tiene más de cincuenta, es un viejo. Además, ¿cómo sabes cómo serán tus sueños dentro de tanto tiempo?

—Mira, cierra los ojos. ¿No has sentido su olor? Huele a tierra húmeda, a cañas... ¿No te puedes imaginar cómo seremos nosotras cuando tengamos su edad?

—No quiero ni pensarlo. Detesto a los viejos y sus chocheras. Oye, ya déjate de tonterías, me estás cansando con esa manía que tienes de fantasear. ¿Por qué no escribes una novela? Vamos, vamos a la cafetería con los demás.

Atraviesan el gran jardín de la universidad. Los amigos ya se encuentran instalados alrededor de una mesa. En la cabecera, una chica rubia y espigada habla sin cesar. Tiene los ojos azules y a ella le provocan cierto miedo. Habla del profesor.

—Dicen que tenía una hija y que se murió, por eso es tan huraño.

—La historia no es tan sencilla, hubo alguien que la hizo morir —agrega un muchacho de gruesos lentes.

—Nadie hace morir a nadie —replica con voz potente la rubia de ojos azules.

(Torpe, también se muere de tristeza).

Ahora se ve en la casa de campo del profesor.

Él está en el jardín jugueteando con un gran perro zurdo que cabriolea en zig zag a su alrededor. El hombre la descubre y se acerca.

—¿Quieres que recojamos algunos higos?

—Sí, la higuera ya no resiste el peso de los higos; tomemos café con higos.

—Nunca se me hubiese ocurrido tomar café con higos —exclama él.

—Es igual que la vida, una mezcla de dulzor y amargura. Sólo hay que saber el punto exacto en que se combinan. Ahora nosotros lo estamos descubriendo.

Él la abraza y juntos ingresan a la casa.

(La chica del retrato en la pared los mira indulgente. Sus manos se extienden hacia ellos).

El olor dulce de los higos invade la casa.

Se acercan el mínimo trecho que los separa se estira hasta parecer que caminan en el mismo lugar no hay angustia ni miedo en ellos en la expresión de sus rostros se adivina una especie de gozosa complacencia Son dos viajeros que al fin después de un fatigoso viaje han llegado a su destino.

El olor dulce de los higos invade la casa.

Una transparente luminosidad se instala en la casa.

La luz los rodea, luego inicia un movimiento circular sobre su eje y al fin sale despedida para instalarse bajo el umbral de la puerta que da a la salita.

Poco a poco el espiral se calma, y en el centro pueden ver a la chica del retrato con los brazos extendidos, su vestido es blanco y vaporoso.

El hombre la mira, duda, da unos pasos hacia ella.

La mujer permanece en su lugar, pasea su mirada por la habitación.

Busca el vaivén de las ramas de la higuera, pero ésta ya no está más.

La blancura persiste.

La voz de la mujer que canta se va haciendo finita cual si fuera un hilo de seda que se estira y estira en una inminente ruptura.

Desde el rincón más oculto de su cuerpo oye una voz conocida que la reclama, "*princesa...*"

Un cansancio abrumador la aletarga. Su cuerpo ha dejado de pertenecerle y es su alma la que siente aquel doloroso cansancio que la atraviesa.

Vuelve la cabeza. Mira de un lado para otro.

Todo el círculo que bordea su giro se llena de gente, objetos, miradas, manos, retazos de su vida que creyó olvidados, allí, tan cerca que podría tocarlos. Una película que duró tanta vida y que sin embargo ahora está allí, intacta, completa. Pero, entonces, ¿cómo puede verla si es tan extensa y el tiempo es tan breve?

¿Será que estoy fuera del tiempo?, logra pensar.

Recuerda sus juegos con el profesor. Sí, sólo era un juego, pero ¿y esto que está viviendo?

Trata de ordenar las secuencias como si fueran las de una película, pero el gozo y el dolor se entremezclan, no encuentra el inicio. ¿Y el final? ¿Será éste?

*“Princesa...”*

Es el momento, Cymbaline

Te lo ruego, despiértame.

El silbato urgente de un tren llegando a la estación la estación envuelta en copos de neblina oscuras siluetas deslizándose sobre el pavimento irregular le duele el silencio en sus oídos debe abordar el tren pero necesita despedirse busca a sus seres queridos a sus amigos pero no los encuentra a lo lejos alguien le hace señas con ambas manos son ellos piensa pero no no son ellos se reconoce es ella misma llamándose.

*“Princesa...”*

Está sola en la habitación.

Se incorpora en la cama con dificultad.

A través del vidrio de la ventana logra ver, cada vez más difusa y lenta, la gran rueda giratoria y ella en lo alto. Siente su ligero vaivén, metido en el centro de su pecho.

Es necesario que se detenga, piensa.

Observa los cables que sujetan la rueda y que ahora se extienden hasta el respirador.

Vacila sólo unos instantes.

Inhala.

Su corazón se ensancha.

Se estira, cierra los ojos y de un tirón los arranca.

*“Princesa...”*

A lo lejos, las siluetas de la chica del retrato y de su padre se desvanecen.

El viento agita con furia las cortinas, para luego, súbitamente, aquietarlas.

Es el momento, Cymbaline  
Te lo ruego, despiértame.

Un gran revuelo se produce en la habitación.

Médicos y enfermeras no pueden dar crédito a lo que están viendo.

La auscultan.

Reconectan los cables.

Todo es en vano.

La chica embarazada llora sin consuelo.

Ha cesado el canto de la mujer, en la habitación de enfrente.

El sonido de la máquina se hace una línea recta.

No muy lejos, en la semipenumbra de su habitación, un hombre cierra un libro de tapa azul que llegó a sus manos no sabe cómo, con una historia extraña que ha logrado confundirlo.

Llueve.

*A la memoria de mis padres*





Últimos títulos:

**A través del agua**  
Dante Herrera Gálvez

**Crónica de plástico**  
Rodrigo Moreno del Valle

**Incienso y retama**  
Raquel Soto de los Reyes

**De vuelta**  
Micaela Chirif

**Las ciudades aparentes**  
Jaime Rodríguez Zavaleta

**El goce de la locura**  
Omar Benel

**Silogismo médico y otros relatos**  
Ketty Arias Rojas

**Tendencia al Nirvana**  
Jorge Luis Chamorro

**Cómo es posible tanto desierto**  
Luz María Correa

**La noche Insomne**  
Carolina Denegri Icaza

**Máquina fantasma**  
Renato Cisneros

**Agua en el vacío**  
Doris Inés Puente

**Rompecabezas**  
Hernán Montalbán Zegarra

**Naturaleza silvestre**  
Ana María Pérez

**Habitaciones**  
Ricardo Sumalavia

**Cuatromuerte**  
Carlos Chang Cheng



El delirio de un presagio corroe la historia de esta singular novela. Una mujer cae en el pozo de un sueño —que amenaza ser eterno— y desata un tejido de voces y miradas que tocan apenas la realidad vivida; que comprometen, más bien, la vida por venir. Con un lenguaje múltiple y neblinoso, proveniente de los laberintos del subconsciente e intensificado gracias a su sentido poético, la lectura del libro ofrece un camino de enjundia y perturbación. Su desenlace liberador nos revela que la vida puede ser una fruta desprendida del árbol de los sueños y que la literatura, como instrumento, bien puede dar peras de un olmo. Lo sabe bien Otilia Navarrete, autora de dos poemarios e importante presencia cultural de nuestro medio.

JORGE ESLAVA